

La Biblia que leyó Jesús

Phillip Yancey

La Biblia
que leyó
Jesús

La Biblia
que leyó
Jesús

Phillip Yancey

Vida

DEDICADOS A LA EXCELENCIA

La misión de *EDITORIAL VIDA* es proporcionar los recursos necesarios a fin de alcanzar a las personas para Jesucristo y ayudarlas a crecer en su fe.

© 2003 EDITORIAL VIDA
Miami, Florida 33122

Publicado en inglés con el título:
The Bible Jesus Read
© 1999 por Philip D. Yancey

Traducción: *Rafael Cruz*
Edición: *Rojas & Rojas Editores, Inc.*
Diseño de cubierta: *Pixelium Digital Imaging Inc.*
Diseño interior: *Rojas & Rojas Editores, Inc.*

Reservados todos los derechos.

ISBN: 0-8297-3690-5

Categoría: Biblia/ Antiguo Testamento

Impreso en Estados Unidos de América
Printed in the United States of America

03 04 05 06 07 08 ♦ 07 06 05 04 03 02 01



*A Buck Hatch,
que fue el primero en abrirme
los ojos a los encantos y misterios
del Antiguo Testamento.*

CONTENIDO

<i>Prefacio</i>	9
1. ¿Vale la pena el Antiguo Testamento?	17
2. Job: Ver en la oscuridad	47
3. Deuteronomio: Un tanto agri dulce	77
4. Salmos: Espiritualidad en cada tono	109
5. Eclesiastés: El final de la sabiduría	143
6. Los Profetas: Dios responde	171
7. Ecos adelantados de una respuesta final	199

PREFACIO

Necesito disculparme por lo que no encontrará en este libro. Aunque estoy escribiendo sobre el Antiguo Testamento, la Biblia que Jesús leía, no me siento capacitado ni estoy dispuesto a profundizar en materias como el autor, la fecha en que fueron escritas, ni en ideas críticas sobre literatura o forma. Leo la Biblia como cualquier otro lector, interactuando con el contenido, tratando de comprender el propósito original del autor. Como me gana la vida como escritor, también miro «detrás de la cortina» para especular por qué el autor usó cierta ilustración, escogió una metáfora poco común o comenzó aquí y no allá.

Después de un capítulo en que introduzco el Antiguo Testamento como un todo, he elegido una muestra de cada una de sus secciones principales: historia, profetas, poesía y literatura de sabiduría. ¿Por qué estos libros en particular? Oswald Chambers dijo una vez que los Salmos nos enseñan cómo orar; Job nos enseña cómo sufrir; el Cantar de los Cantares de Salomón nos enseña cómo amar; los Proverbios nos enseñan cómo vivir; y Eclesiastés nos enseña cómo disfrutar. ¡Desearía tener una confianza tan clara sobre lo que espero de la Biblia! Creo que hice mis selecciones —Job, Deuteronomio, Salmos, Eclesiastés y los Profetas— debido a mis propias dudas y luchas, no porque espero que esos libros me enseñen los secretos de la vida. Esos libros en particular han sido compañeros en mi trayectoria. En ellos descubro quién soy, y por esa razón he escrito sobre ellos de una manera personal y subjetiva, y no analítica.

Comienzo con Job porque he tomado mucho tiempo en mis propias obras explorando las preguntas de Job. Muchos expertos

creen que es la historia más antigua documentada en la Biblia, un brillante drama aun anterior a Abraham. Job reduce la relación con Dios a sus fundamentos esenciales: un hombre solo, desnudo, que ajusta cuentas con su Dios. En un modelo que se repite a través del Antiguo Testamento, Dios pone todo lo que va en contra suya a favor de la libertad humana, y el mero hecho de que la Biblia incluye a Job, con sus poderosos argumentos en contra de la injusticia de Dios, recalca ese modelo.

Elegí Deuteronomio porque me encanta su tono de realismo melancólico. Mientras los demás hebreos estaban ansiosos por cruzar un río y entrar a la Tierra Prometida, el anciano Moisés tomó el tiempo para reflexionar sobre las duras lecciones que habían aprendido y las aun más duras que pronto enfrentarían. El hecho de que ahora nos referimos a «cruzar el Jordán» como una imagen de triunfo espiritual indica que no hemos comprendido el mensaje central de este extraordinario libro. Escribí una versión diferente de este capítulo para un libro complementario de la película animada *El Príncipe de Egipto*, de Dreamworks, que presenta la historia de Moisés y el Éxodo. (En algunos casos seguí el libreto, y añadí detalles ficticios a la historia bíblica.) Los lectores judíos de mi manuscrito estaban escandalizados. ¿Por qué este pesimismo, este fatalismo, este antisemitismo implícito en una obra que celebra el grandioso milagro del Éxodo? En el margen, junto a los pasajes más fuertes, un lector de pruebas judío escribió: «¿De dónde salió esto?» Señalé que todas las citas eran tomadas directamente de Deuteronomio, parte de la Tora sagrada.

Siempre he batallado para sobrepasar las incomprensibles inconsistencias de los Salmos, y la mejor manera que conozco de batallar es escribir acerca de lo que me está molestando. A través de ese proceso, los Salmos pasaron de mi lista de libros «menos favoritos» a mi lista de «más favoritos». En su coro de voces escuchamos toda entonación de lo que pueda implicar llevarse bien con Dios.

¿Cómo es posible que hayan incluido a Eclesiastés en la Biblia? Me he preguntado eso muchas veces, especialmente en épocas en las que me identifico íntimamente con el punto de vista cínico de su mundano autor. Y sobre los Profetas, desde mi niñez me he estado «recobrando» del abuso de homilética de esos libros misteriosos. Escribo sobre ellos porque los quiero comprender.



Lamentablemente, evitaré discutir muchas de las dificultades y tropiezos que las personas encuentran en el Antiguo Testamento. Por ejemplo, contiene como seiscientos pasajes de violencia explícita, muchos de ellos relacionados directamente con Dios mismo. ¿Cómo podemos compaginar eso con el pacifismo que predicó Jesús, el Hijo de Dios? Desearía tomar el tiempo para tratar esos asuntos, pero eso resultaría en un libro muy diferente. Este no es un libro de argumentos ni de disculpas, sino uno de auto-descubrimiento. Además, muchos autores mucho más capacitados han escrito sobre estos asuntos con gran detalle.

De todos modos, debo hacer dos observaciones. La primera es que encuentro que el Antiguo Testamento es, por encima de todo, *realista*. Cuando veo obras de teatro como *Macbeth* o *El Rey Lear*, o película como *El Padrino* o *Al rescate del Soldado Ryan*, encuentro un mundo de maldad, violencia y venganza. Me siento conmovido por esas experiencias porque reconozco el mundo en que vivo, tan violento en los campos de juego de Chicago como en los campos de batalla de Europa y Asia. Los jóvenes se disparan unos a otros en las escuelas, los terroristas explotan aviones y edificios, los policías golpean a prisioneros esposados.

El Antiguo Testamento describe el mundo como es, sin omitir nada. En sus páginas encontrará historias apasionadas de amor y odio, escalofriantes historias de violaciones y desmembramientos,

relatos realistas de tráfico de esclavos, historias sinceras del alto honor y la cruel traición de la guerra. Nada es pulcro y ordenado. Mocosos mimados como Salomón y Sansón reciben dones sobrenaturales; un hombre verdaderamente bueno como Job sufre una catástrofe. Al encontrar estos trastornos, quizás usted los rechace o se aparte del Dios que participó en ello. ¡La maravillosa cualidad del Antiguo Testamento es que también contiene respuestas a esas interrogantes! Dios anticipa nuestras objeciones y las incluye en sus Sagradas Escrituras.

Kathleen Norris nos da una perspectiva razonable sobre este asunto en su libro *Amazing Grace* [Maravillosa gracia]:

Muchas personas sienten en estos días un vacío en sus vidas que se expresa como un deseo intenso por «algo más», un hogar espiritual, una comunidad de fe. Pero cuando tratan de leer la Biblia terminan tirándola al otro lado de la habitación. A mí esto me parece alentador, un buen lugar donde comenzar, una señal de verdadero encuentro con el Dios que revelan las Escrituras. A otros se les hace fácil descartar la Biblia como negativa, vengativa, violenta. Solamente espero que también rechacen por la misma razón la violencia como entretenimiento en las películas y en la televisión, y que eleven una oración cada vez que leen un periódico o ven las noticias por televisión. En el contexto de la vida real, la Biblia parece ser refrescantemente completa, un reflejo franco de la humanidad en relación con lo sagrado y con lo profano. No puedo aprender lo suficiente sobre ella, pero tengo que confiar en lo poco que sé, y proceder, en fe, a buscar allí a Dios.

Y la segunda es que detecto en el Antiguo Testamento un movimiento gradual pero seguro hacia la gracia. Los hebreos vivían en una época desenfrenada y barbárica. Sus leyes, que nos pueden pare-

cer severas, representan una gran moderación comparadas con las leyes de sus vecinos. Establecieron reglas básicas de guerra y consagraron en sus leyes el respeto a los pobres y el cuidado del medio ambiente. Establecieron límites sobre la venganza y construyeron ciudades de refugio. Mientras volvemos atrás a una era de venganzas sangrientas, esclavitud, poligamia y contratos de matrimonio con la esposa de un hermano, debemos recordar que Dios tenía que trabajar con la condición moral de la gente en la etapa en que se encontraban. En las escrituras de ese período se encuentran las semillas, pero solo las semillas, de la gracia de Dios. «Estas son las Escrituras que dan testimonio en mi favor», les dijo Jesús a los lectores de la Tora de su época, y añadió intencionadamente: «Sin embargo, ustedes no quieren venir a mí para tener esa vida».

«Como las niñas comúnmente hacen con los niños, Dios acostumbra, hasta cierto punto, a “balbucear” cuando habla con nosotros», dijo Juan Calvino. Especialmente en el Antiguo Testamento, Dios «balbuceó». Habló en un idioma que pudieran comprender, Dios gradualmente movió a su pueblo hacia un camino diferente. Tomó la posición del oprimido y prometió un Siervo Sufriente que los redimiría, no como a los perpetradores, sino como a las víctimas de la violencia. Por cierto tiempo permitió una conducta que él desaprobaba, «por la dureza de su corazón». Mientras tanto, aunque algunas veces en zigzag, los largos vectores de la historia señalaban de una manera constante hacia su Hijo, Jesús, la última revelación de Dios en forma humana. En Jesús Dios ya no balbuceaba; la Palabra habló claramente.

Quisiera explorar estas materias más a fondo, pero no aquí. Este no es un libro de respuestas sino de preguntas que traigo al Antiguo Testamento, un conjunto de escrituras tan desconcertantes, exasperantes, y que extrañamente satisfacen como la vida misma.

En nuestra época, dice un historiador de la Iglesia, los liberales sociales han tratado de recobrar los Evangelios; los de Pentecostés, el libro de los Hechos; y los evangélicos, las Epístolas. Quizás debamos

de unirnos ecuménicamente para recobrar los libros bíblicos que precedieron a todos esos otros. Qué fácilmente nos olvidamos que las amplias declaraciones de la Biblia sobre la inspiración divina («Toda la Escritura es inspirada por Dios y útil para enseñar, para reprender, para corregir y para instruir en la justicia, a fin de que el siervo de Dios esté enteramente capacitado para toda buena obra» 2 Timoteo 3:16-17) fueron escritas acerca del Antiguo Testamento, la única Biblia que esos autores tenían.



Una advertencia: puede ser peligroso involucrarse con la Biblia. Se acerca uno a ella con una serie de preguntas, y cuando la descubre se encuentra con que las preguntas se vuelven hacia uno. El rey David se vio arrastrado en una historia que le contó el profeta Natán y saltó a sus pies indignado, solamente para descubrir que la espinosa historia se refería a él. Encuentro algo similar en acción cada vez que leo el Antiguo Testamento. Me hace retroceder a lo que realmente creo. Me veo forzado a reexaminarlo. Las palabras de Thomas Merton sobre la Biblia en general tienen que ver con el Antiguo Testamento en particular:

En síntesis, no hay nada agradable acerca de la Biblia, hasta que logramos acostumbrarnos tanto a ella que se nos hace agradable.... ¿Hemos dejado de cuestionar el libro y de ser cuestionado por él? ¿Hemos dejado de luchar contra él? Entonces quizás nuestra lectura ya no es seria.

Para la mayoría de las personas, comprender la Biblia es, y debe ser, una lucha: no solamente encontrar un significado que se puede buscar en libros de referencia, sino enfrentarse personalmente con el severo escándalo y la contradicción de la Biblia misma....

No estemos tan seguros de que conocemos la Biblia solamente porque hemos aprendido a no asombrarnos de ella, porque aprendimos a no tener problemas con ella.

—*Opening the Bible* [Al abrir la Biblia]

Después del tiempo necesario para explorar el Antiguo Testamento, puedo de veras decir que me encuentro más asombrado, no menos.

—Philip Yancey

¿Vale la pena el Antiguo Testamento?

La fe no es aferrarse a algo sagrado sino una peregrinación continua del corazón. Un anhelo audaz, canciones ardientes, pensamientos atrevidos, un impulso irresistible del corazón, usurpación de la mente: estos todos son un empuje hacia [amar a Aquel] que toca nuestro corazón como una campana.

—ABRAHAM HESCHEL

Mi hermano, que asistió a una Escuela Bíblica durante una fase de su vida en que se creía que lo sabía todo, disfrutaba con escandalizar a grupos de creyentes citando su «versículo favorito». Después de escuchar a otros citar frases piadosas de Proverbios, Romanos o Efesios, se ponía de pie, y con una cara seria recitaba muy rápidamente este versículo:

En la cámara de los utensilios al occidente, cuatro al camino, y dos en la cámara. 1 Crónicas 26:18 RVR60.

Los demás estudiantes hacían muecas y se preguntaban qué profunda percepción espiritual no habían captado. ¿Quizás estaba hablando en otro idioma?

Si mi hermano se sentía particularmente de mal humor ese día les citaba otro versículo:

Hija de Babilonia ... ¡Dichoso el que agarre a tus pequeños y los estrelle contra las rocas! Salmos 137:9.

En su descaro, mi hermano, muy ingeniosamente, había identificado las dos barreras principales en cuanto a leer el Antiguo Testamento: no siempre tiene sentido, y el sentido que tiene molesta a los oídos modernos. Por estas y otras razones, el Antiguo Testamento, tres cuartas partes de la Biblia, a menudo no se lee.

Como resultado, el conocimiento del Antiguo Testamento se está perdiendo rápidamente entre los cristianos, y prácticamente ha desaparecido en la cultura popular. En su programa de comedia, Jay Leno, puso a prueba el conocimiento de la Biblia de su público pidiéndoles que citaran uno de los Diez Mandamientos. Alguien levantó la mano: «Dios dice: “Ayúdame que yo te ayudaré”». Todo el mundo se rió, pero nadie pudo hacerlo mejor. Las encuestas nos dicen que el ochenta por ciento de los estadounidenses afirma creer en los Diez Mandamientos, pero muy pocos pueden citar ni siquiera cuatro de ellos. La mitad de los estadounidenses no sabe que Génesis es el primer libro de la Biblia. Y el catorce por ciento identifica a Juana de Arco como la esposa de Noé.

Más sorprendentemente, un profesor de Wheaton College, Gary Burge, llegó a la conclusión de que la ignorancia sobre el Antiguo Testamento se extiende también a la Iglesia. Por varios años, Burge ha estado examinando a los nuevos estudiantes de su escuela, una prestigiosa institución evangélica. Su encuesta indica que estudiantes que han asistido a la Escuela Dominical toda su vida, que han visto innumerables episodios de *VeggieTales* [«Historias de vegetales», una serie bíblica animada], y han escuchado un sinnúmero de sermones no pueden identificar hechos fundamentales sobre el Antiguo Testamento.

La experiencia de Barry Taylor, anteriormente músico de rock, y ahora pastor, sugiere una razón. Me dijo: «Al principio de la década del 1970 mi mejor amigo se volvió un fanático de Jesús. Pensé que estaba loco, así que comencé a escudriñar la Biblia para encontrar razonamientos para rebatirlo. Yo no podía comprender, por más que trataba, por qué Dios se preocupaba por el ala doblada de una palo-

ma, ni por qué había dado la orden de matar a cuarenta mil amalecitas. ¿Y quiénes eran los amalecitas? Afortunadamente, continué leyendo con dificultad a través de los libros difíciles. Cuando llegué al Nuevo Testamento, no pude encontrar la forma de evadir a Jesús, así que yo también me convertí en un fanático de Jesús».

Me alegro que Barry Taylor encontró a Jesús, y reconozco que formula muy buenas preguntas a través de ese proceso. ¿Por qué la Biblia dedica tanto tiempo a templos, sacerdotes y reglas acerca de sacrificios que ya ni siquiera existen? ¿Por qué Dios le da importancia a los sacrificios de animales con defectos —ovejas cojas y palomas con alas dobladas, o a un cabrito cocido en la leche de su madre— y sin embargo, aparentemente no se la da a personas como los amalecitas? ¿Cómo puede uno entender el extraño Antiguo Testamento y cómo se aplica a nuestras vidas hoy día? En resumen, ¿vale la pena el esfuerzo de leer y entender el Antiguo Testamento?

He escuchado de misioneros que estuvieron en lugares como África y Afganistán que las personas allí responden inmediatamente al Antiguo Testamento, ya que sus historias de disputas sobre tierras, derechos de agua, enemistades entre tribus y matrimonios concertados se relacionan directamente con la forma en que ellos viven hoy en día. Pero esas costumbres están muy distantes de una persona sofisticada de pensamiento griego como el apóstol Pablo, y mucho más distantes de un habitante de una zona residencial en las afueras de una ciudad como Tampa, Florida. Nosotros que en países desarrollados tomamos el Antiguo Testamento y comenzamos a leerlo podemos sentirnos aburridos, confusos, o aun indignados por la violencia que se presenta allí. Nos identificamos con Jesús, creemos que entendemos al apóstol Pablo, pero ¿y esos bárbaros que vivían en el Medio Oriente hace varios miles de años? ¿Cómo entenderlos?

La mayoría de las personas resuelven este dilema evitando completamente el Antiguo Testamento. O quizás peor, lo minan para encontrar una pepita de verdad que se pueda extraer y poner a la luz, como un diamante que se saca de una veta de carbón. Sin embargo,

esta técnica puede resultar contraproducente. Recuerde los versículos preferidos de mi hermano.

Puedo pensar en una «ventaja» irónica de ser ignorante del Antiguo Testamento. «El hombre de hoy en día ... debe leer las Escrituras como si fueran algo totalmente desconocido, como si no hubieran sido puestas delante de él ya preparadas», escribió el experto judío Martin Buber. El deseo de Buber se le ha cumplido: ¡la mayoría de la gente de hoy en día *lee* el Antiguo Testamento como algo totalmente desconocido!

¿Por qué preocuparnos?

Este libro relata cómo dejé de evitarlo y comencé a leer, y después a amar, el Antiguo Testamento. Confieso que comencé con motivos innobles: lo leí porque me pagaron por leerlo, como parte de mi misión como editor para producir *The Student Bible* [La Biblia del estudiante]. Sin embargo, mucho después de que *The Student Bible* había sido publicada y distribuida en los estantes de las librerías, continué regresando al Antiguo Testamento.

Esta experiencia de lectura tiene paralelo con la experiencia que tuve con William Shakespeare. En un momento de idealismo, me propuse un primero de enero leer las treinta y ocho obras de Shakespeare en un año. Debido a mis viajes, a una mudanza al otro extremo del país y a otras interrupciones, tuve que extender el plazo fijado. Sin embargo, me sorprendió que cumplir esa tarea parecía más un entretenimiento que un trabajo. Al principio tenía que buscar el significado de las palabras arcaicas, concentrarme en identificar a todos los personajes y adaptarme a la absoluta dificultad de leer obras de teatro. Encontré, sin embargo, que mientras continuaba leyendo y me iba acostumbrando al ritmo y al idioma, esas distracciones se desvanecieron y me encontré absorto en la obra. Esperaba ansiosamente las noches reservadas para Shakespeare.

Deseaba aprender acerca del mundo de Shakespeare y las personas que lo habitaban. Encontré, sin embargo, que Shakespeare principalmente me enseñó sobre *mi* mundo. Él perdura como dramaturgo por su don de penetrar las profundidades ocultas de la humanidad, una habilidad que crea un interés especial en lugares tan diferentes como los Estados Unidos, China y Perú varios siglos después de su muerte. Nos encontramos a nosotros mismos en sus obras.

Fui precisamente a través del mismo proceso en que me enfrenté al Antiguo Testamento. De una resistencia inicial, pasé a sentir que *debía* leer las tres cuartas partes ignoradas de la Biblia. A medida que me esforzaba por atravesar algunas barreras (muy parecido a aprender a leer a Shakespeare), comencé a sentir *necesidad* de leer, por lo que me estaba enseñando. Finalmente me encontré *deseando* leer esos treinta y nueve libros que estaban satisfaciendo un hambre en mí como nada lo había hecho, ni siquiera, debo decirlo, el Nuevo Testamento. Me enseñaron sobre la vida con Dios: no como debería ser, sino como en realidad es.

Reconozco que las recompensas que ofrece el Antiguo Testamento no se obtienen fácilmente. Aprender a sentirse a gusto en sus páginas tomará tiempo y esfuerzo. Todos los logros, tales como escalar montañas, dominar la guitarra y competir en un triatlón, requieren un proceso similar de duro esfuerzo; perseveramos porque creemos que nos traerá recompensas.

Un lector del Antiguo Testamento confronta obstáculos que no están presentes en otros libros. Por ejemplo, al principio me molestó su desorden. El Antiguo Testamento no se lee como una novela cohesiva; consiste de poesía, historia, sermones y relatos cortos escritos por varios autores y mezclados. En su época, nadie tenía el Antiguo Testamento como un solo libro. Cada libro tenía su propio manuscrito, y un libro extenso como Jeremías ocupaba un manuscrito como de siete a diez metros de largo. El judío que entraba a una sinagoga veía montones de manuscritos, no un solo libro, y,

consciente de las diferencias, haría su selección. (En realidad, en ciertas fiestas solemnes a los judíos solo se les permitía leer Job, Jeremías y Lamentaciones para mantenerlos debidamente afligidos; los otros libros podían proporcionarles demasiado placer.)

Sin embargo, me parece extraordinario que esta colección diversa de manuscritos escritos a través de un período de miles de años por varias docenas de autores posea tanta unidad como la que tiene. Es como si un libro se hubiera comenzado a escribir quinientos años antes de Colón y se acabara de terminar ahora. La sorprendente unidad de la Biblia es una poderosa señal de que Dios dirigió su redacción. Utilizando diferentes autores y situaciones culturales, Dios desarrolló un documento completo de lo que él quiere que sepamos; de una manera extraordinaria, todas las partes encajan de tal forma que emerge una sola historia.

Mientras más perseveraba, más pasajes comenzaba a comprender. Y mientras más comprendía, más me encontraba a mí mismo en esos pasajes. Aun en una cultura tan secular como la de los Estados Unidos, los éxitos de librería como *Care for the Soul* [Cuidado del alma] de Thomas Moore y *The Cloister Walk* [El camino monástico] de Kathleen Norris revelan una profunda hambre espiritual. El Antiguo Testamento habla de esa hambre como ningún otro libro. No nos da una lección de teología, con conceptos abstractos organizados cuidadosamente en un orden lógico. Justamente lo opuesto: nos da un curso avanzado de la vida con Dios expresado en un estilo personal y al mismo tiempo apasionado.

Ninguno de los dos testamentos es suficiente

Los cristianos de todas las denominaciones creemos algo en común: creemos que el Antiguo Testamento no es suficiente. Jesús el Mesías vino a presentar un «Nuevo Pacto», o Nuevo Testamento, y siguiendo al apóstol Pablo vemos el período del Antiguo Testamento como

un tiempo de preparación. Estoy de acuerdo sin duda alguna. Sin embargo, estoy cada día más convencido de que el Nuevo Testamento tampoco es suficiente. Por sí solo, no demuestra ser suficiente para comprender a Dios en nuestro mundo.

Cuando Thomas Cahill escribió el libro *The Gifts of the Jews* [Los dones de los judíos], eligió el subtítulo «Cómo una tribu de nómadas del desierto cambió la manera en que todo el mundo piensa y siente». Él está absolutamente en lo cierto. La civilización occidental se desarrolla tan directamente de los fundamentos establecidos en la época del Antiguo Testamento que no tendría sentido de otra forma. Como Cahill indica, la creencia judía en el monoteísmo nos dio un Gran Todo, un universo unificado que, como producto de un Creador, puede estudiarse y manipularse científicamente. Irónicamente, nuestro mundo moderno tecnológico proviene de esa tribu de nómadas del desierto.

Los judíos también nos dieron lo que Cahill llama la Conciencia del Occidente, la creencia de que Dios no se expresa principalmente a través de una manifestación externa, sino más bien a través de la «voz tranquila y débil» de la conciencia. Como es un Dios de amor y compasión, se ocupa de todas sus criaturas, especialmente los seres humanos creados «en su propia imagen», y nos pide que hagamos lo mismo. Toda persona en la tierra tiene una dignidad humana intrínseca. Siguiendo a ese Dios, los judíos nos dieron un modelo para los grandes movimientos de liberación en la historia moderna, y para leyes justas que protejan a los débiles, a las minorías y a los oprimidos.

Según Cahill, sin los judíos,

... nunca habiéramos conocido el movimiento abolicionista, el movimiento de reformas de prisiones, el movimiento en contra de las guerras, el movimiento laboral, el movimiento de los derechos humanos, los movimientos para proteger los derechos humanos de los indígenas y los desposeídos, el movimiento en contra de la separación de las

razas en Sudáfrica, el movimiento Solidaridad en Polonia, los movimientos a favor de la libre expresión y la democracia en países del Lejano Oriente como Corea del Sur, Filipinas y aun China.

Son tantos los conceptos y palabras que usamos diariamente que se derivan del Antiguo Testamento —nuevo, individual, persona, historia, libertad, espíritu, justicia, tiempo, fe, peregrinaje, revolución— que nos es difícil imaginar el mundo y nuestra posición en él sin tomar en cuenta la herencia judía. Un personaje cómico en una de las obras de Molière de pronto descubre: «¡Estoy hablando en prosa! ¡Estoy hablando en prosa!» En forma similar, nuestras raíces son tan profundas en el pensamiento del Antiguo Testamento que en muchos sentidos —derechos humanos, gobierno, trato con los vecinos, nuestro entendimiento de Dios— ya estamos hablando y pensando como el Antiguo Testamento.

Absolutamente, no podemos comprender el Nuevo Testamento sin considerar el Antiguo. La prueba es sencilla: trate de entender Hebreos, Judas o Apocalipsis sin hacer referencia a alusiones o conceptos del Antiguo Testamento. No se puede hacer (lo cual puede explicar por qué muchos cristianos evitan esos libros también). Los Evangelios se pueden leer como historias por sí solas, pero un lector que no está familiarizado con el Antiguo Testamento perderá muchas capas de riquezas que hay en ellos. Pablo constantemente se refería al Antiguo Testamento. Sin excepción, todos los autores del Nuevo Testamento escribieron acerca de la nueva obra de Dios en la tierra mientras miraban a través del prisma de la anterior o «antigua» obra.

Un filósofo chino insistió en montar su mula de espaldas para no distraerse mirando adónde iba y en lugar de ello pudiera reflexionar sobre dónde había estado. La Biblia funciona más o menos de la misma manera. Las Epístolas alumbran retrospectivamente los acontecimientos de los Evangelios, para que podamos comprenderlos de una

nueva manera. Las Epístolas y los Evangelios alumbran retrospectivamente el Antiguo Testamento.

Por siglos la frase «como predijeron los profetas» fue una de las más poderosas influencias sobre las personas que venían a la fe. Justino Mártir atribuía su conversión a la impresión que le hizo la precisión de las predicciones del Antiguo Testamento. El brillante matemático francés Blaise Pascal también mencionaba las profecías cumplidas como uno de los factores más importantes de su fe. Hoy en día pocos cristianos leen a los profetas, excepto como si fuera una tabla de espiritismo, en busca de alguna pista sobre el futuro. Hemos perdido el profundo sentido de unidad entre los dos testamentos que tenían los reformadores.

Comprender nuestra civilización y comprender la Biblia pueden ser razones importantes para leer el Antiguo Testamento, pero el título de este libro nos indica quizás la razón más importante: es la Biblia que Jesús leía. Él encontró en sus pasajes todo dato importante sobre sí mismo y sobre su misión. Citó de ella para resolver controversias con oponentes como los fariseos, los saduceos y Satanás mismo. Las imágenes como el Cordero de Dios, el pastor, la señal de Jonás y la piedra que desecharon los edificadores, que Jesús utilizó para definirse vinieron directamente de las páginas del Antiguo Testamento.

Una vez, un gobierno trató de amputar el Antiguo Testamento de las Escrituras cristianas. Los nazis en Alemania prohibieron el estudio de este «libro judío», y el estudio del Antiguo Testamento desapareció de los seminarios y de las revistas alemanas. En 1940, en la cumbre del poderío nazi, Dietrich Bonhoeffer desafiantemente publicó un libro sobre los Salmos y lo multaron. En cartas de apelación dio razones convincentes de que estaba explicando el libro de oraciones del mismo Jesucristo. Jesús citó a menudo el Antiguo Testamento, señaló Bonhoeffer, y nunca de ningún otro libro, aunque el canon hebreo no se había cerrado oficialmente. Además, mucho del Antiguo Testamento se refiere a Jesús de una manera explícita o implícita.

Cuando leemos el Antiguo Testamento, leemos la Biblia que Jesús leía y utilizaba. Estas son las oraciones que Jesús oraba, los poemas que memorizaba, los cánticos que cantaba, los relatos que escuchaba antes de dormir cuando era niño, las profecías que meditaba. Veneraba toda «jota y tilde» de las Escrituras hebreas. Mientras más comprendemos el Antiguo Testamento, más comprendemos a Jesús. Martín Lutero dijo: «El Antiguo Testamento es una carta testamentaria de Cristo, que hizo que se abriera después de su muerte y se leyera y se proclamara en todas partes a través del Evangelio».

En un pasaje conmovedor de su Evangelio, Lucas cuenta que Jesús apareció espontáneamente junto a dos discípulos en el camino a Emaús. Aunque los rumores sobre la Resurrección se estaban esparciendo rápidamente, era obvio que estos dos no creían todavía, como Jesús lo pudo notar al mirar sus ojos abatidos. Como en una broma, Jesús hizo que repitieran lo que le había pasado a aquel hombre Jesús (ellos no lo habían reconocido todavía) en los últimos días. Entonces los reprendió.

«—¡Qué torpes son ustedes —les dijo—, y qué tardos de corazón para creer todo lo que han dicho los profetas! ¿Acaso no tenía que sufrir el Cristo estas cosas antes de entrar en su gloria?» Entonces, comenzando por Moisés y por todos los profetas, les explicó lo que se refería a él en todas las Escrituras.

Hoy en día necesitamos una experiencia en reversa del «camino a Emaús». Los discípulos conocían a Moisés y a los Profetas pero no podían concebir cómo se relacionaban con Jesús el Cristo. La Iglesia moderna conoce a Jesús el Cristo pero está perdiendo rápidamente toda noción de Moisés y los Profetas.

En otro lugar, Jesús contó una historia de dos hombres que construyeron casas que, al parecer, lucían iguales. La verdadera diferencia entre ellas se hizo ver cuando llegó una tormenta. Una casa no se

cayó, aunque cayeron las lluvias, crecieron los ríos y los vientos la azotaron, porque estaba cimentada sobre la roca. La segunda casa, insensatamente construida sobre la arena, se derrumbó, y grande fue su ruina. En teología al igual que en la construcción, los cimientos son importantes.

Rápido, ¿cómo es Dios?

Según Elaine Storkey, esta pregunta, «Rápido, ¿cómo es Dios?», la hizo una niña de cinco años de edad que corrió hacia su hermano recién nacido en la habitación del hospital. Pensaba que, habiendo acabado de llegar del cielo, pudiera tener alguna información confidencial. Desdichadamente, el niño solamente gorjeó y movió los ojos.

El Antiguo Testamento nos da una respuesta a la pregunta de la niña, una respuesta diferente a la que podamos obtener del Nuevo Testamento por sí solo. Aunque Jesús es «la imagen del Dios invisible», rechazó muchas de las prerrogativas de Dios para volverse hombre. El ya fallecido profesor Langdon Gilkey acostumbraba a decir que si el cristianismo evangélico tiene una herejía es la de descuidar a Dios el Padre, el Creador, el Protector, el Soberano de toda la historia humana y toda comunidad humana, a favor de Jesús el Hijo, que se relaciona más con las almas de los individuos y su destino.

Si solo tuviéramos los Evangelios, podríamos imaginar a un Dios que parece limitado, demasiado humano y más bien débil; después de todo, Jesús terminó colgado en una cruz. Los judíos se oponían tanto a Jesús porque, a pesar de sus audaces afirmaciones, no correspondía al concepto que tenían de cómo era Dios; lo rechazaron porque no estaba a la altura de Dios. El Apocalipsis nos da una percepción diferente de Jesús: una luz brillante, majestuoso en gloria, con poder ilimitado; y el Antiguo Testamento también da otra imagen de Dios. Como los discípulos originales de Jesús, necesitamos esa

luz de fondo para poder apreciar cuánto *amor* expresó la Encarnación; a cuánto Dios renunció por nosotros.

Sin el Antiguo Testamento, siempre tendremos una visión empobrecida de Dios. Dios no es una construcción filosófica, sino una Persona que actúa en la historia: fue el que creó a Adán, el que le dio la promesa a Noé, el que llamó a Abraham y se presentó por nombre a Moisés, el que se dignó a vivir en una *tienda* en el desierto para vivir cerca de su pueblo. Desde Génesis 1 en adelante, Dios ha deseado ser conocido, y el Antiguo Testamento es nuestra más completa revelación de cómo es Dios.

John Updike ha dicho que «nuestros cerebros ya no están condicionados para reverencia y temor reverencial». Las mismas palabras parecen anticuadas, y al grado que lo son, a ese grado nos hemos apartado de la imagen de Dios revelada en el Antiguo Testamento. No podemos ponerlo en una caja ni justificarlo. Dios parece otro, desenfrenado y misterioso, no un Dios que podemos comprender fácilmente. Nadie le dice lo que debe hacer (el tópico principal del discurso devastador de Dios a Job).

Confieso que el Antiguo Testamento presenta algunos problemas que preferiría eludir. A través de este libro lucharé con la revelación de Dios que encuentro allí. «Por tanto, considera la bondad y la severidad de Dios», le escribió Pablo a los cristianos en Roma. Preferiría considerar solamente la bondad de Dios, pero al hacer eso estaría construyendo mi propia imagen de Dios en vez de depender de la autorrevelación de Dios. No me atrevo a hablar por Dios sin escuchar a Dios hablar por sí mismo.

Hace una gran diferencia la manera en que imaginamos a Dios. ¿Es Dios como un relojero distante que le da cuerda al universo y se echa hacia atrás para observarlo hasta que se pare solo? ¿O es Dios un padre afectuoso que no solamente sostiene el universo en sus manos sino también a hombres y mujeres individualmente? No puedo concebir un proyecto más importante que restaurar una idea apropiada de cómo es Dios.

Inevitablemente, traspasamos a Dios sentimientos y reacciones que provienen de nuestros padres humanos. George Bernard Shaw tenía dificultad con Dios porque su padre había sido un sinvergüenza, un padre ausente al que solamente le importaba el juego y la bebida. De igual forma, C. S. Lewis luchaba por sobrepasar la impresión que le dejó su propio padre, un hombre duro que les citaba a Cicerón a sus hijos cuando los regañaba. Cuando su madre falleció, decía Lewis, se sentía como si la Atlántida se hubiera separado y lo hubiera dejado desamparado en una pequeña isla. Después de estudiar en una escuela pública, dirigida por un cruel director que más tarde fue declarado demente e internado en un manicomio, Lewis tuvo que sobreponerse al impacto de esos hombres para encontrar la manera de amar a Dios.

El Antiguo Testamento representa a Dios como un padre, sí, pero una clase de padre diferente que el que encontraron Shaw y Lewis. Presenta a Dios como un león pero también como un cordero, como un águila pero también como una gallina madre, como rey pero también como siervo, como juez pero también como pastor. Cuando pensamos que ya conocemos bien a Dios, el Antiguo Testamento presenta una imagen totalmente nueva de él: como silbador, barbero, viñador.

Como un toque de tambor que nunca se detiene, en las páginas del Antiguo Testamento escuchamos el mensaje constante de que este mundo gira alrededor de Dios y no de nosotros. Los hebreos tenían incesantes recuerdos incorporados en su cultura. Ellos dedicaban su primogénito del ganado y de sus hijos a Dios, llevaban parte de la ley en sus frentes y en sus muñecas, ponían recuerdos visibles en sus puertas, decían la palabra «bendito» cien veces al día, aun usaban peinados característicos y se cosían borlas en sus vestimentas. Un judío devoto no podía pasar una hora, y mucho menos un día entero, sin encontrar algún recuerdo de que vivía en el mundo de Dios. Incluso el calendario hebreo marcaba el tiempo por eventos como la Pascua y el Día de Expiación, no solamente por el ciclo de la cosecha

y la luna. El mundo, creían ellos, es propiedad de Dios. Y la vida humana es «sagrada», lo cual sencillamente significa que le pertenece a Dios y que este puede hacer con ella lo que desee.

Esta noción del Antiguo Testamento suena bien antiestadounidense. ¿No nos garantizaron los documentos fundadores de los Estados Unidos el derecho a la vida, a la libertad y a la búsqueda de la felicidad? Nos rebelamos contra cualquier interferencia en nuestros derechos personales y contra cualquiera que trate de poner límites que puedan invadir nuestro espacio personal. En nuestro medio ambiente secularizado e industrializado, podemos pasar toda una semana, no solo un día, sin encontrar algo que nos recuerde que este es el mundo de Dios.

Recuerdo haber escuchado un mensaje en la capilla de la Universidad de Wheaton durante la década del 1970, cuando el concepto de la muerte de Dios estaba en su apogeo. El profesor Robert Webber decidió hablar sobre el tercer mandamiento: «No pronuncies el nombre del SEÑOR tu Dios a la ligera». Normalmente interpretamos ese mandamiento en un sentido limitado de prohibir blasfemias, dijo Webber, y entonces procedió a ampliar su significado a «no vivas nunca como si Dios no existiera». O, dicho de una manera positiva, «siempre vive consciente de la existencia de Dios». Mientras más estudio el mandamiento en su ambiente del Antiguo Testamento, más estoy de acuerdo con Webber. Cualquier clave para vivir en tal conciencia debe buscarse en ese gran legado judío que es el Antiguo Testamento.

No estoy proponiendo que regresemos a los rizos en el cabello, a las filacterias y a una dieta que excluya cerdo y langosta. Sin embargo, creo que tenemos mucho que aprender de un pueblo cuya vida diaria estaba centrada en Dios. Cuando recordamos el pacto entre Dios y los antiguos hebreos, lo que sobresale es su severidad, las aparentes arbitrariedades de algunas de sus leyes. No veo tal reacción entre los hebreos. Pocos de ellos suplicaron a Dios que aligerara las restricciones alimentarias o eliminara algunas de sus obligaciones religiosas. Al

contrario, parecían estar *aliviados* al pensar que su Dios, contrario a los dioses paganos a su alrededor, había optado por definir la relación que deseaba tener con ellos.

Como el erudito puritano Perry Miller ha dicho, cuando uno tiene un pacto con Dios, ya no tiene una Deidad inefable, distante o inaccesible; uno tiene un Dios con el que se puede contar. Los hebreos y Dios habían entrado a vivir juntos cierta historia y todo en su vida era eco de esa historia. Fue una historia de amor desde el principio. Dios los eligió no porque eran más numerosos y poderosos que otras tribus; al contrario. Tampoco los eligió por su superioridad moral. Los eligió porque los amaba.

Como cualquiera que está locamente enamorado, Dios añoraba ser correspondido. Todos los mandamientos que dio a los hebreos emanaban del primer mandamiento: «Ama al SEÑOR tu Dios con todo tu corazón y toda tu alma y todas tus fuerzas». Desde luego, los hebreos no cumplieron ese mandamiento, pero la razón de que los cristianos hoy en día llamen «Antiguo» Testamento a tres cuartas partes de la Biblia es que ni siquiera ese terrible fracaso pudo cancelar el amor de Dios. Dios encontró una nueva forma, un nuevo pacto o testamento de su amor.

Sören Kierkegaard le ofrece dos sugerencias al lector que se enfrenta a las partes difíciles de la Biblia. La primera es que la lea como una carta de amor. A medida que lucha con el idioma, la cultura y otras barreras, véalo como el esfuerzo necesario para llegar al mensaje principal y crucial de alguien que lo ama. Y la segunda es que actúe sobre lo que usted entiende. Kierkegaard descarta la objeción de que «hay demasiados pasajes poco conocidos en las Sagradas Escrituras, libros completos que son casi acertijos» con la respuesta de que ¡solamente aceptaría esa objeción de alguien que hubiera obedecido completamente los pasajes que son tan fáciles de entender!

¿Es Dios verdaderamente bueno?

Por miles de años los judíos han orado esta oración: «Denle gracias, alaben su nombre. Porque el SEÑOR es bueno y su gran amor es eterno». Es una buena oración para reflexionar, porque hoy día dudamos precisamente de esas dos cosas. ¿Es el Señor bueno? ¿Es su amor eterno? Observando la historia o los encabezados del periódico de cualquier día, una persona razonable puede cuestionar esas audaces afirmaciones. También por esta razón, el Antiguo Testamento merece nuestra atención, porque los judíos dudaban grandemente de la misma oración que oraban. Como correspondía a una relación íntima, llevaron esas dudas al otro partícipe, a Dios mismo, y obtuvieron una respuesta directa.

Aprendemos del Antiguo Testamento cómo Dios obra, que no es en absoluto como podamos imaginar. Dios se mueve de una manera lenta, impredecible, paradójica. Los primeros once capítulos de Génesis describen una serie de fracasos humanos que pusieron en tela de juicio el proyecto mismo de la creación. Como un remedio a esos fracasos, Dios anuncia un plan en Génesis 12: enfrentar el problema general de la humanidad estableciendo una familia en particular, una tribu llamada los hebreos (más tarde llamados los judíos). A través de ellos, la matriz para la Encarnación, Dios provocaría la restauración de la tierra a su diseño original.

Anunciado ese plan, Dios procede de una manera muy misteriosa. Para fundar su tribu, elige a un pagano de la región que ahora es Irak y lo hace pasar a través de una serie de pruebas, en muchas de las cuales falla. En Egipto, por ejemplo, Abraham manifiesta una moralidad inferior a la de los adoradores del sol.

Después de prometerle crear un pueblo tan numeroso como las estrellas del cielo y como la arena del mar, Dios prosigue a dirigir una clínica de infertilidad. Abraham y Sara esperan hasta tener más de noventa años para ver a su primer hijo; su nuera Rebeca demuestra ser estéril por un tiempo; su hijo Jacob debe esperar catorce años por la

esposa de sus sueños, solamente para descubrir que ella también era estéril. Tres generaciones continuas de mujeres estériles no parece ser una forma muy eficiente de poblar una gran nación.

Después de hacer promesas similares de entregarles la posesión de una gran tierra (Abraham solamente poseía una tumba en Canaán), Dios prepara una desviación para los israelitas hacia Egipto, donde decayeron por *cuatro siglos* hasta que Moisés llega para guiarlos a la Tierra Prometida, un terrible trayecto que toma cuarenta años en lugar de las dos semanas que esperaban. Evidentemente, Dios opera con un cronograma diferente al que usan los impacientes seres humanos.

Las sorpresas continúan hasta el período del Nuevo Testamento, ya que ninguno de los ostentosos judíos eruditos reconoce a Jesús de Nazaret como el Mesías anunciado en los Salmos y los Profetas. Por cierto, eso continúa hoy en día, cuando profetas autodesignados identifican con seguridad a una serie de tiranos y líderes mundiales como el Anticristo, para luego ver a Hitler, Stalin, Kissinger y Hussein desvanecerse.

Los cristianos de hoy encuentran muchas promesas no cumplidas. La pobreza mundial y la población continúan creciendo rápidamente, y como un porcentaje de la población, el cristianismo escasamente se mantiene. El planeta se tambalea hacia la autodestrucción. Esperamos, y continuamos esperando, los días de gloria prometidos en los Profetas y en Apocalipsis. De Abraham, José, Moisés y David por lo menos obtenemos el conocimiento de que Dios opera en maneras que no podemos predecir o incluso desear. A veces la historia de Dios parece estar operando en un nivel totalmente diferente al nuestro.

El Antiguo Testamento nos da indicaciones de la clase de historia que Dios está escribiendo. Éxodo identifica los nombres de las dos parteras hebreas que ayudaron a salvar la vida de Moisés, pero no se preocupa de documentar el nombre del faraón que regía Egipto (una omisión que ha desconcertado a los expertos desde entonces). Prime-

ro de Reyes dedica ocho versículos al rey Omrí, aunque los historiadores seculares lo consideran uno de los reyes más poderosos de Israel. En su propia historia, Dios al parecer no se impresiona por el tamaño ni por el poder ni por las riquezas. La fe es lo que desea, y los héroes que surgen son héroes de fe, no de fortaleza o riqueza.

Por lo tanto, la historia de Dios se enfoca en aquellos que se mantienen fieles a él sin tener en cuenta cómo las cosas resulten. Cuando Nabucodonosor, uno de los muchos tiranos que persiguieron a los judíos, amenazó a tres jóvenes con torturarlos con fuego, estos respondieron:

Si se nos arroja al horno en llamas, el Dios al que servimos puede librarnos del horno y de las manos de Su Majestad. Pero aun si nuestro Dios no lo hace así, sepa usted que no honraremos a sus dioses ni adoraremos a su estatua.

Los imperios se levantan y caen, líderes poderosos se elevan al poder y después los derrocan. El mismo Nabucodonosor que echó a aquellos tres jóvenes a un horno en llamas terminó demente, pastando hierba en el campo como una vaca. La sucesión de imperios que siguieron al suyo —Persia, Grecia, Roma—, tan poderosos en sus días, terminaron en el cesto de la basura de la historia mientras que el pueblo de Dios, los judíos, sobrevivieron pogromos asesinos. Lenta y meticulosamente, Dios escribe su historia en la tierra a través de las acciones de sus fieles seguidores, uno por uno.

De su dolorosa historia, los judíos expresan la más sorprendente lección de todas: uno no puede equivocarse personalizando a Dios. Dios no es una fuerza borrosa que vive en algún lugar del cielo, ni una abstracción como proponían los griegos, ni un sobrehumano sensual como los que adoraban los romanos, y definitivamente no es el relojero ausente de los deístas. Dios es *personal*. Él entra en las vidas de las personas, se involucra con las familias, se aparece en lugares

imprevistos, elige líderes poco probables, le pide a personas que justifiquen su conducta. Más que todo, Dios ama.

Como el gran teólogo judío Abraham Heschel dijo en *Los Profetas*,

Para el profeta, Dios no se revela en un absoluto abstracto, sino en una relación personal e íntima con el mundo. No ordena sencillamente y espera obediencia; también se conmueve y se afecta con lo que sucede en el mundo, y reacciona como corresponde. Los acontecimientos y las acciones de los hombres despiertan en él regocijo o dolor, placer o ira.... Las acciones de los hombres pueden conmoverlo, afectarlo, afligirlo o, por otra parte, alegrarlo y complacerlo.

... el Dios de Israel es un Dios que ama al hombre, es conocido por el hombre y se ocupa del hombre. No solo rige el mundo en la majestad de su poder y sabiduría, sino que reacciona íntimamente a los acontecimientos de la historia.

Más que cualquier otra imagen verbal, Dios elige «hijos» y «amantes» para describir nuestra relación con él como íntima y personal. El Antiguo Testamento abunda en imágenes de esposo y novia. Dios corteja a su pueblo y los adora como un amante adora a su amada. Cuando no le hacen caso, se siente dolido, rechazado, como un amante abandonado. Cambiando de metáforas según la generación, también declara que somos hijos de Dios. En otras palabras, la mejor manera de comprender cómo nos considera Dios es pensar en las personas que significan más para nosotros: nuestro propio hijo, la persona que amamos.

Piense en un padre amoroso con una cámara de video que anima a su hija de un año de edad a que se suelte de la mesa de la sala y camine tres pasos hacia él. «Ven, preciosa, ¡tú puedes hacerlo! Suéltate. Papá está aquí. Ven». Piense en una adolescente flechada por el

amor, con el teléfono permanentemente pegado al oído y repasando cada segundo de su vida con un joven también lo suficiente enamorado como para estar interesado en lo que ella dice. Piense en esas dos escenas e imagínese a Dios en un extremo y a usted en el otro. Ese es el mensaje del Antiguo Testamento.

Los que acompañan a Dios

Usted aprende mucho de una persona por los amigos que elige, y nada acerca de Dios es más sorprendente que su selección de compañeros, objetos escogido de su intimidad. Abraham fue un alcahuete de su esposa, Jacob engañó a su hermano, Moisés asesinó, David asesinó y cometió adulterio, y sin embargo todos terminaron en la lista de favoritos de Dios. Jacob obtuvo su nuevo nombre, Israel (luchador con Dios), después de haber pasado toda una noche luchando con Dios, y desde entonces el nombre del pueblo de Dios ha recordado esa batalla. El pueblo de Dios es, literalmente, hijo de la lucha.*

Dios soluciona el problema con los que se quejan fuertemente como Job, Jeremías y Jonás. Entabla largas discusiones con Abraham y Moisés, ¡y algunas veces les permite ganar! Obviamente, Dios prefiere un desacuerdo franco que una sumisión insincera. Él toma en serio a los seres humanos, conduce diálogos con ellos, los incluye en sus planes, los escucha.

*Thomas F. Torrance (*The Mediation of Christ*) [La mediación de Cristo] especula que el antisemitismo puede tener su origen aquí. El conflicto de Israel con Dios, su relación de amor y odio, refleja la de nosotros mismos. En vez de enfocar nuestro resentimiento contra Dios, lo enfocamos contra los judíos, el pueblo escogido de Dios: «Mientras que nuestra verdadera batalla es con la luz inquisitiva de la revelación divina reflejada por Israel, es contra Israel mismo que desahogamos nuestro resentimiento. Aquí tenemos, yo creo, la raíz del antisemitismo. Pero dondequiera y cuandoquiera que se despierta el antisemitismo es una clara indicación de que las personas están participando en un conflicto con Dios y con la misma clase de conflicto que dejó su huella sobre Israel. Ningún otro pueblo ha participado con Dios en la misma profundidad o intensidad sobre la contradicción entre el hombre y Dios que Israel».

Si la más impresionante lección sobre Dios en el Antiguo Testamento es que él es personal e íntimo, su más impresionante lección sobre los seres humanos es que le importamos. Las cosas que decimos, cómo nos comportamos, incluso lo que pensamos y sentimos, tienen un enorme efecto sobre Dios. Es más, tienen implicaciones cósmicas.

A los que vivimos en una época que ha visto nuestro planeta desde la perspectiva de una nave espacial como una pequeña esfera azul y verde suspendida en la inmensidad inconcebible del universo, nos cuesta trabajo creer que somos de importancia. Irónicamente, nuestros más avanzados logros tecnológicos, como el telescopio de Hubble, fueron los que revelaron nuestra pequeñez cósmica. Ernst Becker dice que llevamos en nuestro pecho «el dolor de la particularidad cósmica», y nos preguntamos cómo podemos ser un valor de primer orden en el universo.

El chico malo del baloncesto Dennis Rodman expresa el punto de vista moderno: «Si hay un ser supremo, él o ella tiene mucho más de qué preocuparse que mis estúpidos problemas». En realidad, mucho del Antiguo Testamento está dedicado a superar esa misma objeción entre los antiguos hebreos.

Cuando contemplo tus cielos, obra de tus dedos,
la luna y las estrellas que allí fijaste,
me pregunto: ¿Qué es el hombre, para que en él pienses?
¿Qué es el ser humano, para que lo tomes en cuenta?

Los relatos de la creación mesopotámicos presentan a los seres humanos como algo casi incidental en la creación, como seres inferiores hechos para servir a capricho de los dioses y satisfacer sus necesidades personales. En contraste, Génesis pone al hombre y la mujer en la cima de la creación e invierte en ellos la libertad y el poder para determinar, y arruinar, todo lo demás. Según Cicerón, «los dioses prestan atención a los asuntos importantes; descuidan los que no tie-

nen importancia». El Antiguo Testamento está en desacuerdo, y al contrario, presenta a un Dios que «se deleita en su pueblo». El mismo Salmo 8, que comienza con preguntar por qué Dios toma en cuenta a los humanos, añade:

Pues lo hiciste poco menos que un dios,
y lo coronaste de gloria y de honra;

lo entronizaste sobre la obra de tus manos,
¡todo lo sometiste a su dominio!...

David y los otros salmistas parecen estar anonadados por la idea de que un Dios «en lo alto» del cielo pudiera preocuparse por lo que ocurre en este planeta insignificante, pero cada vez que lo hace Dios se lo demuestra en forma irrefutable. El mensaje de que nuestras acciones importan prácticamente definen el Antiguo Testamento. Afectamos a Dios profundamente. Un versículo de Sofonías lo expresa bien:

Porque el SEÑOR tu Dios está en medio de ti como guerrero victorioso. Se deleitará en ti con gozo, te renovará con su amor, *se alegrará por ti* con cantos.

Los científicos hoy en día, y aun los agnósticos, a regañadientes reconocen un «principio antrópico», ya que el universo está tan delicadamente afinado que parece haber sido diseñado para sustentar la vida humana. El Antiguo Testamento ilustra mucho más que un principio antrópico en acción. Dios invierte el curso de todas las religiones que, hasta entonces, concebían a los dioses como seres sobrenaturales cuyas acciones llegan a afectar la vida en la tierra. Un dios llora y llueve en la tierra; un dios se pone furioso y un relámpago cae. El Antiguo Testamento expresa, y en ningún lugar más claramente que en Job, justamente lo opuesto. Una mujer desesperada ora, y

Dios envía un profeta; un anciano desalentado rehúsa maldecir a Dios, y el impacto retumba a través del cosmos.

Por esa razón, se puede decir realmente que los judíos inventaron la historia. Para ellos la historia no repetía sencillamente ciclos de la eternidad; las acciones de los humanos en la tierra importaban, y esas mismas respuestas crearon la historia. El Señor Soberano de la historia le permite a la gente ejercer una influencia sobre él, al igual que él ejerce una influencia sobre ellos. El filósofo Glenn Tinder hace una distinción entre el destino y la suerte. Los judíos nos dieron un sentido de destino que es un sentido de propósito: no existimos en un mundo sin sentido, ni actuamos impulsados por un capricho de algún dios, sino que existimos para alcanzar un propósito significativo dispuesto para nosotros por un Dios personal.

Visite un museo que contenga artefactos de los vecinos de Israel, y usted puede ver el cambio. En Egipto o en Siria puede ver los dioses Osiris, Lil o Astarte. Un judío no puede señalar una imagen, porque las imágenes de Dios siempre han estado prohibidas. Todo lo que puede hacer es repetir la historia judía, la historia de una relación: nuestro Dios habló a Abraham, llamó a Moisés, nos sacó de Egipto. «Dios», dice Jack Miles, «es como un novelista que ... solamente puede contar su propia historia a través de sus personajes».

Finalmente, llegué a amar el Antiguo Testamento porque me permite tomar parte en una historia. A medida que conocí los personajes que buscaron en sus diferentes maneras «llevarse bien con Dios», me encontré en ellos. En diferentes momentos me he identificado con Job, con Jacob, con el Maestro de Eclesiastés, con el salmista en su fluctuante humor. A través de sus vidas con Dios descubrí la mía.

Por algún tiempo he estado preguntando a mis amigos: «¿Qué es tener una relación con Dios? ¿Cómo funciona? Imagínesse las diferentes respuestas a esa pregunta que obtendría de Abraham, Enoc, Jeremías, Isaías, Moisés, Jacob, David, Jonás y Job. Cada uno de ellos tuvo experiencias radicalmente diferentes con Dios, y yo puedo penetrar

en sus encuentros y aprender de ellos. La vida con Dios es una cuestión individual, y las fórmulas generales no se aplican fácilmente.

Kathleen Norris habla de sus experiencias como invitada en un monasterio benedictino, donde los monjes cantaban los salmos diariamente, los ciento cincuenta salmos en un mes. Al principio Kathleen se sentía desconcertada y sacudida por la disonancia de los salmos, algunos de los cuales expresaban consuelo piadoso mientras otros clamaban contra la ausencia o la injusticia de Dios. Al pasar el tiempo, sin embargo, a medida que comenzó a conocer a algunos de los monjes y a otros invitados que cantaban los salmos, se dio cuenta que *alguien* en el claustro se estaba identificando con las palabras de cada salmo. Cada uno reflejaba alguna faceta de la vida con Dios, y los que tenían ojos para ver y oídos para oír percibían el mensaje que necesitaban.

El cristianismo contemporáneo, desde mi punto de vista, con su estrecho enfoque en las Epístolas, ha descuidado esta verdad. Habiendo crecido en iglesias evangélicas, obtuve mis ideas de la vida cristiana exclusivamente de Pablo quien, yo sugeriría, no es de ninguna manera un cristiano «típico». Pablo tuvo una experiencia de conversión milagrosa, una historia de milagros e intervenciones sobrenaturales, y fuera de Romanos 7, gracias a Dios por ese capítulo, aparentemente le fue fácil vivir los altos ideales de la vida cristiana, o al menos le fue más fácil que a mí. Una vez que Pablo entendía algo intelectualmente, sus emociones generalmente se alineaban con ello. Tratar de imitar a Pablo (lo cual él nos alentaba a hacer) es, en mi experiencia, no más sencillo que imitar a Jesús.

En el Antiguo Testamento descubrí un tapiz de abundantes encuentros con Dios que añaden un importante fondo al ejemplo de Pablo. En los Salmos, por ejemplo, encontré una desorientación, confusión, ira, desesperación y angustia tales que nunca había escuchado discutir en mi iglesia. Queríamos movernos muy rápidamente a una experiencia «más alta» de victoria espiritual. Sorprendentemen-

te, aprendí que esos salmos «problemáticos» ¡eran los que el Nuevo Testamento, y Jesús en especial, citaban más a menudo!

He luchado por largo tiempo con los ideales imposibles del Sermón del Monte y el tono seguro de sí mismo de «Dios lo dijo, así que hazlo» de las Epístolas. Encontré un enfoque extraordinariamente diferente en libros como Proverbios y Eclesiastés. Usan un enfoque moderado de «promedio de oro»: gane dinero pero no demasiado; diviértase sin volverse hedonista. Es más, estos son los principios que los padres han usado siempre para educar a sus hijos; no concibo criar a un niño de tres años con los principios del Sermón del Monte.

No es mi intención crear una marcada distinción entre el Nuevo Testamento y el Antiguo. Al contrario. Sería un error leer el Antiguo Testamento solamente para buscar un contraste con el Nuevo o para ampliar nuestro entendimiento del Nuevo. Tiene una realidad por sí mismo. El Antiguo Testamento no es, como un teólogo sugirió, «leer la correspondencia de otra persona»; es también nuestra correspondencia. Las personas que aparecen en él eran personas reales que estaban aprendiendo a llevarse bien con el mismo Dios que yo adoro. Necesito aprender de su experiencia a la vez que trato de incorporar el maravilloso nuevo mensaje que Jesús trajo y Pablo y otros desarrollaron.

Diario espiritual

Mientras estaba en el proceso de escribir este capítulo, ocurrió algo triste: mi suegro falleció. Hunter Norwood vivió una vida plena y abundante de ochenta años. Viajó a Sudamérica como misionero en 1942, construyó una casa en la selva con sus propias manos, fundó una iglesia y un instituto bíblico, y más tarde regresó a los Estados Unidos para dirigir una organización misionera. A través de los años, él y su esposa criaron a seis hijas encantadoras, con una de las cuales me casé.

Hunter era un maestro de la Biblia *por excelencia*, y aun después

de retirarse, buscaba maneras de enseñar la Biblia. Enseñó cursos por extensión para el Instituto Bíblico Moody. Conducía durante cuarenta y cinco minutos cada domingo para enseñar la Biblia en una clase de una iglesia presbiteriana. Cuando su salud comenzó a debilitarse, se sentaba frente a la clase en una silla de ruedas, y hablaba por un micrófono casi en un susurro. Hace unos años lo contraté para que me ayudara con algunas revisiones de *The Student Bible* porque yo sabía que no podía confiar en nadie mejor que él para hacer investigación bíblica.

Finalmente, a causa del cáncer y de una enfermedad degenerativa de los nervios, llegó el momento en que Hunter Norwood ya no podía enseñar la Biblia. Todavía la estudiaba fielmente a diario y oraba por todas las personas a las que había ministrado a través de los años que mantenía en una lista. Creía con todo el corazón en la Vida Cristiana Victoriosa y consideraba Romanos como su libro favorito, su guía en su relación con Dios. A medida que la enfermedad progresaba, sin embargo, comenzó a cuestionar algunos aspectos de la Vida Cristiana Victoriosa. No era para menos, considerando su condición. Tenía un catéter instalado. Perdió el control de sus intestinos. Sus encías se encogieron tanto que no podía sostener su dentadura postiza, y los visitantes tenían que pedirle que repitiera lo que decía. Sus manos temblaban, y a menudo se le caían las cosas. Es difícil mantener un espíritu de regocijo y victoria cuando el cuerpo se rebela contra uno, cuando uno tiene que pedir ayuda para tomar un vaso de agua o limpiarse la nariz.

Durante los dos últimos años de su vida, el mundo de Hunter se encogió al tamaño de una habitación, después al tamaño de la cama de un hospital, de donde raramente se levantaba. Allí, hasta el día en que ya no pudo sostener una pluma, siguió escribiendo su diario de su lucha con Dios. Estoy sosteniendo en mis piernas ese diario, un cuaderno, mientras escribo. Comenzando por atrás, encuentro listas de las personas por las que oraba fielmente, diecisiete páginas de listas: su familia extendida (ahí estaba mi propio nombre, junto al de mi

esposa), los indios en Sudamérica, los estudiantes de sus muchas clases de Biblia, los misioneros que solía dirigir, su iglesia, viudas, sus vecinos. Manchas de café, de comida, de lágrimas, marcan las páginas.

Si comienzo el cuaderno por el principio, encuentro el diario de Hunter Norwood de su interrelación con Dios. Continúa por diecinueve páginas, y puedo observar la evolución de su enfermedad en el deterioro de su manera de escribir en cada página. Más que todo, cita algún versículo de la Biblia o hace breves comentarios sobre el mismo. Algunas veces escribe sobre su condición física: un dolor de espalda, las piernas que no funcionaban, pérdida de fuerza, deshidratación. La última anotación, casi ilegible, tiene fecha de agosto 7, casi exactamente un año antes de que falleciera. Ese último año no pudo escribir nada.

Lo que me impresiona del diario es esto: de los cientos de anotaciones solamente puedo encontrar nueve que se refieren a versículos en el Nuevo Testamento. Veo anotaciones como estas:

Salmo 28. ¡Padre ayúdame! Me siento deprimido, triste, temeroso.

2 Reyes 11-14. Pocos parecen ser fieles a Dios, ¡pero él tiene compasión y misericordia!

Salmo 53:5. Allí estaban sobrecogidos de miedo, cuando no hay nada que temer.

Salmo 59:4. ¡Levántate y ven en mi ayuda! ¡Mira mi condición!

Job 42:2. Yo sé bien que tú lo puedes todo, que no es posible frustrar ninguno de tus planes.

Salmo 71:14. Pero yo siempre tendré esperanza.

Salmo 20:1. Que el SEÑOR te responda cuando estés angustiado; que el nombre del Dios de Jacob te proteja.

1 Crónicas 28:20. No tengas *miedo* ni te *desanimas*, porque Dios el SEÑOR, mi Dios, estará contigo.

Lamentaciones 3:26. Bueno es esperar calladamente a que el SEÑOR venga a salvarnos.

Salmo 139. Soy una creación admirable.

Salmo 27:1. El SEÑOR es el baluarte de mi vida; ¿quién podrá amedrentarme?

Job 23:10. Si me pusiera a prueba, saldría yo puro como el oro.

Salmo 40:17. ¡No te tardes, Dios mío!

Job 36:15. En su aflicción, los consuela.

Jeremías 46:28. Tú, Jacob, siervo mío, no temas, porque yo estoy contigo —afirma el SEÑOR.

Salmo 116:15. Mucho valor tiene a los ojos del SEÑOR la muerte de sus fieles.

Salmo 121:2. Mi *ayuda* proviene del SEÑOR.

Salmo 10:14. Pero tú *ves la opresión y la violencia*.

Los que conocimos bien a Hunter Norwood sabemos que los últimos años de su vida fueron sin duda los más duros. Los adversarios de su fe lo habían apedreado en Colombia. Se enfrentó a cocodrilos, boas y pirañas en Perú. Crió seis hijas en dos culturas diferentes. Pero ninguna de estas dificultades se pudo comparar a las de estar en cama todo el día, mientras su cuerpo no respondía a ninguna orden y esperaba la muerte. Hacia el final, el sencillo acto de tragar y respirar le era todo un esfuerzo.

Pasó por una crisis de fe en esos últimos años, de lo cual habló francamente. Las respuestas que lo satisfacían ya no lo hacían. Perdió confianza espiritual, no en Dios, sino en sí mismo. A medida que se volvía más preocupado, impaciente, y temeroso, lloraba amargas lágrimas por su propia incapacidad de mantener la serenidad. Frente a la muerte, deseaba «terminar bien», una frase que continuaba usando. Sin embargo, una y otra vez se desilusionaba. Temía desilusionar a Dios.

La fe vacilante pero sólida como una roca que Hunter encontró en el Antiguo Testamento lo sostuvo cuando nada más podía hacerlo. Aun en sus momentos más llenos de dudas, encontraba consuelo en el hecho de que algunas de las personas favoritas de Dios habían batallado con los mismos demonios. Aprendió que los brazos del Se-

ñor son largos y abrazan a aquellos que él ama, no solamente en momentos de prosperidad y alegría, sino especialmente en momentos de tormento. Me alegra que, en esos días oscuros, Hunter Norwood tuviera el Antiguo Testamento para recurrir a él.

Job: Ver en la oscuridad

¿Le sirve de algo al león aterrorizar al ratón?

—CARL JUNG

Por haber comenzado mi carrera como reportero de una revista que contaba historias de otras personas, apenas después de cumplir los veinte años me encontré cara a cara con el problema del sufrimiento. Mientras seguía algunas pistas para varios artículos, me encontré junto a la cama de alguien acosado por la tragedia. Un adolescente atacado por un oso gris mientras trataba de rescatar a su novia, un padre que falleció por resguardar a sus hijos con su cuerpo durante una tormenta de hielo en el monte Rainier, un hombre que vivía una vida de crimen en furiosa rebelión contra el abuso que había sufrido en su niñez. Escribí estas y otras historias para la serie «Dramas de la vida real» de *Selecciones del Reader's Digest*.

Cada una de las personas que entrevisté me dijo que la tragedia que había sufrido lo había empujado hacia Dios. Tristemente, cada una de ellas también me presentó una acusación devastadora en contra de la Iglesia: los cristianos, me decían, empeoran la situación. Los cristianos los visitaban en el hospital con sus teorías preferidas: Dios te está castigando; No, no es Dios, ¡es Satanás!; Sí, es Dios, que te escogió para que le dieras gloria; No es ni Dios ni Satanás, es que te metiste en el camino de una osa madre furiosa.

Un sobreviviente me dijo: «Las teorías sobre el dolor me confundían, y ninguna me ayudó. Lo que más yo deseaba de Dios y de la gente de Dios era seguridad y consuelo. En casi todos los casos los cristianos me traían más dolor y poco consuelo».

Escribí *¿Dónde está Dios cuando se sufre?* como una respuesta directa a este problema. El dolor de las personas que entrevisté se había convertido en mi dolor; sus preguntas se volvieron mis preguntas. Más tarde, en respuesta a cientos de cartas que planteaban muchas más preguntas acerca de Dios y el sufrimiento, escribí como una continuación, *¿Desilusionado con Dios?* Aunque lo que he escrito desde entonces ha cambiado a otros tópicos, nunca he dejado de pensar en las preguntas que me asediaban en mis tempranos años como reportero.

El problema del dolor no se puede resolver perfectamente y después archivarlo. Regresa a la vida cada vez que un tornado toca tierra, cada vez que un vecino escucha malas noticias sobre un hijo minusválido, cada vez que alguien en la familia escucha el lamentable diagnóstico de cáncer, cada vez que un síntoma físico nos hace ir a un médico. Nacemos cubiertos de sangre y fluidos corporales, entre lágrimas y gritos de dolor; morimos de manera similar, y entre el nacimiento y la muerte nos preguntamos, *¿por qué?*

Por esta razón regreso y vuelvo a regresar al libro de Job, la interpretación más extensa de la Biblia sobre el problema del sufrimiento. Eso, al menos, es lo que yo pensaba. Si usted me hubiera preguntado hace una década de qué se trataba el libro de Job, le hubiera contestado sin vacilar: *¿Job? Todo el mundo sabe de qué se trata Job. Es el estudio más exhaustivo de la Biblia sobre el problema del dolor y el sufrimiento.*

Todavía hago referencia a Job cuando escribo acerca del sufrimiento, y sin lugar a dudas, la mayor parte del libro (los capítulos 3 al 37) giran en torno de ese problema. Esos capítulos no hablan de ninguna acción; sencillamente, cinco hombres enojadizos —Job, sus tres amigos y el mayormente silencioso Eliú— se sientan a discutir teorías acerca del dolor. Muy parecido a los visitantes al hospital descritos por las personas que yo entrevistaba, los amigos de Job estaban tratando de buscar explicaciones a «los tiros penetrantes de la fortuna injusta» que cayeron sobre el pobre Job. Alcanzaron los mismos resultados que los visitantes al hospital: hacer que Job se sintiera aun más abatido.

En el Antiguo Testamento, fieles creyentes como Job y sus amigos se asombraban cuando el sufrimiento se les presentaba, porque ellos razonablemente esperaban que Dios los recompensara con prosperidad y salud. El libro de Job representa un paso más allá de la «fe contractual» sobrentendida en la mayor parte del Antiguo Testamento: haz el bien y serás bendecido, haz el mal y serás castigado. Por cierto, muchos eruditos creen que el libro de Job ayudó a Israel de una forma decisiva a sobreponerse a la serie de calamidades que cayeron sobre la nación. Esta historia clásica de una persona le dio voz a las preguntas que plagaban a la nación entera: ¿cómo puede el «pueblo elegido» de Dios sufrir tantos desastres?

En realidad, Job se enfoca en el problema del sufrimiento, pero de una manera muy inesperada. De una forma brillante hace las preguntas que más urgentemente necesitamos que se nos contesten, y luego se desvía para proponer otra manera totalmente diferente de ver el problema. Como la mayoría del Antiguo Testamento, al principio Job nos hace sentir frustrados, al rechazar las respuestas sencillas que pensamos que deseamos, y entonces de una manera extraña nos satisface, al orientarnos hacia una nueva dirección marcada por un realismo flagrante y un tentador vislumbre de esperanza.

Una historia eterna

El libro de Job fascinó tanto a Juan Calvino que ciento cincuenta y nueve de sus setecientos sermones se basaban en él. La historia desde Calvino hasta la fecha ha aumentado la urgencia de estos asuntos, y nosotros en el mundo moderno deseamos conocer mejor la historia de Job. Su tema de sufrimiento innecesario parece particularmente apropiado a una época arruinada por el dolor, que en poco menos de cien años ha conocido dos guerras mundiales, dos ataques de bombas atómicas y más que suficientes campañas de genocidio. Como resultado, la imagen del afable Job, que gime afligido mientras la vida se

derrumba a su alrededor, parece encajar en un favorito estereotipo moderno.

Neil Simon tomó prestado el escenario de Job para una obra de teatro, *El favorito de Dios*, al igual que Archibald MacLeish (J.B.) y Robert Frost (*La mascarada de la razón*). Más recientemente, el novelista Muriel Spark puso al día la trama de Job en un escenario moderno (*El único problema*). Incluso la obra *Amadeo* debe mucho del giro de su trama a Job, ya que su dramaturgo puso un efecto en reversa sobre el mismo asunto. Job se preguntaba por qué él, un hombre inocente, estaba sufriendo el castigo de Dios; el compositor Salieri cuestionaba cómo Mozart, un mocoso genio, había ganado favor divino.

Todas las obras recientes que se basan en Job exploran el enigma planteado por el libro original del Antiguo Testamento. Los amigos de Job insisten que un Dios justo, amoroso y poderoso tiene seguir ciertas reglas en la tierra, principalmente recompensando a los que hacen el bien y castigando a los que hacen el mal. Prácticamente todas las declaraciones de esos locuaces amigos se reducen a esta opinión: si Job estaba sufriendo, era que había pecado.

Para Job, que conocía su propia alma, los hechos no tenían sentido. No había hecho nada para merecer tal brote de calamidades. Y para nosotros lo que sucede tampoco tiene sentido. Vemos la cara del sufrimiento inexplicable por todas partes: los judíos en el Holocausto, las víctimas del hambre en África, los cristianos en prisiones musulmanas. Los que todavía están de acuerdo con la genial fórmula de los amigos de Job —y muchos lo están, si los programas de televisión cristianos dan algún indicio— deberían tomar en cuenta una desembriagante realidad: el continente más agresivamente cristiano de la tierra, África, es también el más pobre, mientras que la región más agresivamente no cristiana, alrededor del Mar de Arabia, es la más rica. (Cuando Robert Schuller compiló *The Possibility Thinker's Bible* [La Biblia del pensador de posibilidades], encontró solamente catorce versículos del libro de Job para recalcar.)

En realidad, las preguntas que Job tan elocuentemente formuló

no se han apagado a través de los siglos, sino que han llegado a ser más fuertes y más agudas. La novela de Spark *The Only Problem* [El único problema] toma su título de una frase en una conversación sobre cómo un Dios bueno puede permitir el sufrimiento: «Es el único problema, en realidad, que vale la pena discutir», concluye su protagonista. El problema del dolor es una obsesión moderna, la criptonita teológica de nuestra época, y el antiguo hombre Job lo expresa tan bien como jamás ha sido expresado.

Sin embargo, a pesar de los ecos en la literatura moderna, a pesar de mi propia dependencia en Job cuando escribo sobre el dolor, a pesar de que todas las páginas de Job, con la excepción de unas pocas, se enfocan en el problema del dolor, he concluido que Job no es un libro acerca del problema del dolor en lo absoluto. Los detalles del sufrimiento son los ingredientes de la historia, de lo que está hecha, pero no el tema fundamental.

Un pastel no es «acerca» de huevos, harina, leche y grasa; un cocinero simplemente utiliza esos ingredientes en el proceso de crear un pastel. De la misma manera, Job no es «acerca» de los caprichos del sufrimiento, sino que simplemente utiliza esos ingredientes en la idea global del autor. Viéndolo en su totalidad, el libro de Job es acerca de la fe, la historia de un hombre seleccionado para experimentar un sufrimiento asombroso como una prueba. Su respuesta presenta un mensaje que es pertinente, no solo a las personas que están sufriendo, sino a toda persona que vive en el planeta Tierra.

Los capítulos 3 al 37 de Job, que se enfocan en el problema del sufrimiento, son precedidos por la «trama» del libro como lo informan los capítulos 1 y 2, y esa trama afecta el contexto de todo lo que sigue. La mayoría de las veces, nuestras facultades visuales perciben un espectro estrecho de luz «natural»; no tenemos conocimiento de lo que pueda estar sucediendo entre bastidores. Job temporalmente nos quita la venda de los ojos. Como el siervo de Eliseo, que de pronto vio «carros de fuego» que estaban alrededor de él, alcanzamos a

través de este libro algo de la actividad sobrenatural que normalmente está escondida de nuestra vista.

Pensemos en Job como si fuera una obra de misterio, una historia de detectives de «quién lo hizo». Nosotros en el público hemos llegado temprano para una conferencia de prensa donde el director explica su trabajo (capítulos 1 y 2). Aprendemos por adelantado quién hizo qué en la obra, y comprendemos que el drama personal en la tierra tuvo su origen en un drama cósmico en el cielo: la contienda por la fe de Job. ¿Creerá Job a Dios o lo negará?

El autor de Job es un dramaturgo nato: tras presentar la acción en dos capítulos, gravita rápidamente a su forma más natural de diálogo. Bajan las cortinas, y cuando suben de nuevo vemos en el escenario solamente a los actores que, limitados dentro de la obra, no tienen conocimiento del punto de vista omnisciente que disfrutamos nosotros en el público. Aunque conocemos la respuesta a la pregunta de «quién lo hizo», el detective estrella no la sabe. Desde el comienzo Job, ignorante de la escena que se ha desarrollado en los cielos, es atrapado en los ingredientes del drama. Obsesionado con el sufrimiento, dedica su tiempo en el escenario tratando de descubrir lo que el público ya sabe. Se rasca con un trozo de teja y hace preguntas mordaces, las mismas preguntas que hacen casi todas las personas en gran dolor. ¿Por qué yo? ¿Qué hice mal? ¿Qué me está tratando de decir Dios?

Para el público, las preguntas «quién lo hizo» de Job no deben ser importantes, porque ya sabemos las respuestas. ¿Qué ha hecho mal Job? Nada. Dios mismo llama a Job «recto e intachable, que me honra y vive apartado del mal» (2:3.) ¿Por qué está Job sufriendo? Sabemos de antemano que no está siendo castigado. Al contrario, ha sido seleccionado como el sujeto principal en una gran contienda de los cielos. Job representa lo mejor de la especie, y Dios está usándolo para probarle a Satanás que la fe de un ser humano puede ser genuina y desinteresada, no dependiente de las buenas dádivas de Dios. Tal contienda cósmica plantea sus propios problemas, desde luego, pero

estos son problemas diferentes que la mayoría de las personas confronta cuando les llega un sufrimiento inesperado.

Al permitirnos un vistazo detrás de la cortina en los capítulos 1 y 2, el autor de Job elimina todos los elementos de tensión en la narración, excepto uno: el misterio de cómo responderá Job. O sea, solamente la pregunta de su fe queda por contestar. Es un testimonio del genio del libro, y una pista sobre por qué perdura como una obra literaria, que podamos olvidarnos de los capítulos 1 y 2 y ser arrastrados por la agonía personal de Job. Lucha con los imponderables del sufrimiento con tal fuerza que, mientras dura el libro, sus preguntas se vuelven nuestras preguntas.

En sus discursos Job presenta todo ejemplo de injusticia en el mundo que puede encontrar. Los que conocemos la historia completa, especialmente el final, podemos perder el impacto de esas palabras de angustia. Uno no espera descubrir las disputas de los mayores adversarios de Dios —como por ejemplo *Cartas de la tierra*, de Mark Twain, o *¿Por qué no soy cristiano?*, de Bertrand Russell— encuadradas en el centro de la Biblia. Esa, sin embargo, es la característica del Antiguo Testamento. Como dijo William Safire, «El libro de Job deleita al irreverente, satisface al blasfemo, y ofrece al menos algún consuelo al hereje».

La contienda

Muchos lectores se mueven rápidamente de la atolondrada escena en los capítulos 1 y 2 a las disertaciones altaneras de los amigos, la poesía de la grandiosa naturaleza de Dios, y los pocos —sorprendentemente pocos, para toda la atención que reciben— rayos de esperanza en los discursos de Job. Sin embargo, detrás de todo lo que sigue, nos debemos recordar constantemente, se perfila el marco de esos dos primeros capítulos. El director ha explicado por adelantado la naturaleza de la contienda.

Algunos comentaristas tratan los capítulos 1 y 2 con un tono de ligera vergüenza, dando la clara impresión de que preferirían que Job comenzara en el capítulo 3. La novelista Virginia Wolf le escribió a un amigo: «Leí el libro de Job anoche. No creo que Dios se ve muy bien en él». El prólogo muestra a Dios y a Satanás envueltos en, bueno, algo que parece una apuesta; y usted casi puede ver marcas de rubor en las páginas de los comentarios. Los dos tienen un tipo de apuesta, en la cual Dios ha puesto la ventaja en su contra. El pobre de Job debe sufrir una prueba terrible para determinar al ganador entre estos dos pesos pesados. De cierta forma, Job debe repetir la prueba original del jardín del Edén, con la norma puesta más alta. Como vivían en el paraíso, Adán y Eva tenían las mejores posibilidades en cuanto a confiar en Dios, quien les pedía tan poco y los colmaba de bendiciones. En un infierno vivo, Job se enfrenta a lo peor: Dios le pide mucho mientras que las maldiciones llueven sobre él.

La contienda planteada entre Satanás y Dios no es un ejercicio insignificante. La acusación de Satanás de que Job ama a Dios solamente porque están bajo su protección él y su familia se establece como un ataque al carácter de Dios. Implica que Dios no es digno de ser amado de por sí, que la gente sigue a Dios solamente porque obtienen algo de ello o reciben soborno para que lo hagan. Desde el punto de vista de Satanás, Dios se parece a un político que puede ganar solamente manipulando las elecciones, o un mafioso con una amante y no una esposa abnegada. La gente ama a Dios, dijo un sacerdote, «de la forma en que un campesino ama a su vaca: por la mantequilla y el queso que produce». La respuesta de Job, después que todos los sostenes de la fe han sido removidos, probará o refutará el reto de Satanás. Como hombre rico, Job tiene mucho que perder si Dios deja de bendecirlo. ¿Continuará confiando en Dios aun después de perderlo todo?

El libro gira alrededor del problema de la integridad. Job actúa como si la integridad de Dios estuviera sometida a juicio. ¿Cómo puede un Dios amoroso tratarlo tan injustamente? Todos los discurs-

sos legales de Job, sin embargo, salen a relucir dentro del escenario del juicio mayor establecido en los capítulos 1 y 2: la prueba de la fe de Job. Dios busca, como dice una línea de Händel, «un amor no solicitado por precio ni por temor». Desde el punto de vista de nuestros lectores omniscientes, buscamos fallas en la propia integridad de Job a medida que pierde, una por una, todas las cosas que valora.

La historia de Job nos hace sentir solidarios a nosotros los modernos porque también hemos sometido a Dios a juicio sobre el problema del sufrimiento. Elocuentemente y de una forma enérgica, exigimos respuestas de Dios, y cómo Dios trata a Job es uno de esos asuntos que nos hacen mover la cabeza. Repetimos la historia de Job, lo citamos, encontramos consuelo en sus palabras de protesta. Job expresa algunas de las quejas que sentimos más profundamente. «Clamamos en la noche y no hay respuesta», dice Bertrand Russell.

Que sintamos tanta compasión por Job y su difícil situación revela mucho de nuestra moderna actitud hacia Dios. Significativamente, todos los que vuelven a contar esta antigua historia en estos tiempos modernos dan a Job el papel de un personaje trágicamente heroico. Elie Wiesel llega hasta regañar a Job por darse por vencido ante Dios. Después de sobrevivir el Holocausto, Wiesel no tiene compasión por un personaje que se rindió a Dios tan sumisamente. Prefiere creer que el verdadero final del libro se perdió, y que «Job murió sin haberse humillado; que sucumbió a su angustia como un hombre intransigente e íntegro».

C. S. Lewis puso el dedo en el motivo detrás de nuestra empática respuesta en su ensayo «*God in the Dock*» [Dios en el banquillo]:

El hombre antiguo se acercaba a Dios (o incluso a los dioses) como la persona acusada se acerca a su juez. Para el hombre moderno los papeles se han invertido. Él es el juez. Dios está en el banquillo de los acusados. Él es un juez muy bondadoso: si pudiera tener una defensa razonable de la acusación de ser el dios que permite la guerra, la pobreza y

la enfermedad, estaría listo para escucharla. El juicio incluso podría terminar en la absolución de Dios. Pero lo importante es que el Hombre está en el Estrado y Dios está en el Banquillo.

Aunque Job puede ayudarnos a plantear nuestras preguntas sobre el sufrimiento injusto, fracasa en darnos muchas respuestas por una razón muy sencilla: los capítulos 1 y 2 han dado a conocer claramente que, a pesar de todo lo que piense Job, Dios no es el acusado en este libro. Job es el acusado. El libro no proporciona respuestas al problema del dolor: «¿Dónde está Dios cuando duele?»; porque el prólogo ya ha prescindido de ese asunto. El propósito es la fe: ¿Dónde está Job? ¿Cómo está respondiendo?

Mientras más estudio Job, más me doy cuenta que siempre he leído el libro desde la perspectiva del capítulo 3 en adelante. Me fue necesario regresar y reconsiderar el mensaje de Job desde el primer capítulo. Allí encontré la trama principal: el mejor hombre en la tierra sufre las peores calamidades, lo cual plantea una prueba de fe en su forma más extrema.

¿Son los seres humanos verdaderamente libres? Satanás retó a Dios en ese aspecto. Tenemos libertad para descender, desde luego. Satanás mismo, Adán y todas las personas que jamás han vivido lo han demostrado. Pero, ¿tenemos la libertad y la habilidad de ascender, de creer a Dios por ninguna otra razón que, bueno... por ninguna razón? ¿Puede una persona creer aun cuando Dios parece ser su enemigo? ¿O es la fe, como cualquier otra cosa, el resultado del entorno de las circunstancias?

El conductista moderno Edward O. Wilson explica las buenas obras de la Madre Teresa señalando que esta se sentía segura en su servicio a Cristo y en su creencia en la inmortalidad; en otras palabras, creía que recibiría su recompensa y actuaba de acuerdo con esa base «egoísta». No hay altruismo puro, dicen Wilson y otros sicólo-

gos evolutivos. Tenemos fe en Dios con la esperanza de que vamos a recibir algo por ello.

En los primeros capítulos de Job, Satanás se revela como el primer gran conductista. Afirma que Job está condicionado a amar a Dios. Elimine las recompensas positivas, y observe su fe derrumbarse. Job, inconsciente y con los ojos vendados eficientemente, se sitúa como el protagonista principal en el combate de un solo guerrero de todos los tiempos.

Los amigos de Job

Satanás no aparece después del capítulo 2 de Job, ni necesita hacerlo, ya que los amigos de Job representan muy bien su punto de vista. En una pincelada espléndida de ironía dramática, la mayoría de la teología altisonante (pero falsa) del libro sale de la boca de los piadosos y devotos hombres que finalmente son puestos en su lugar por un fulminante estallido de Dios.

Los tres amigos de Job, y de una menor manera Eliú, se alinean al punto de vista de los conductistas. Según estos, el sentido común y la razón nos dicen que un Dios justo trata a la gente con justicia. A los que obedecen y se mantienen fieles, Dios recompensa. A los que pecan, Dios los castiga. ¿Quién puede rebatir esto? Entonces ellos toman el próximo paso lógico de concluir que el sufrimiento extremo de Job debe delatar algún pecado grave no confesado. Si Job dejara de ser tan terco y se arrepintiera, Dios seguramente lo perdonaría y lo restauraría.

Los amigos de Job reciben malas críticas, justificadas ya que Dios los rechaza al final de una manera sumarisima. Sin embargo, no son hombres de paja. Discuten enérgicamente, y su razonamiento calmado contrasta con los estallidos desenfrenados de Job. Yo sugeriría que si hoy en día solamente tuviéramos los capítulos 3 al 37 de Job, juzgaríamos a los tres amigos como los verdaderos héroes del libro. ¿Por

qué decimos esto? Sencillamente porque sus argumentos todavía los escuchamos en las iglesias cristianas.

Para verdaderamente comprender la presciencia y la intemporalidad del libro, consideremos los razonamientos de Bildad, Elifaz, y Zofar desde el punto de vista del pensamiento contemporáneo. ¿Envía Dios sufrimiento como castigo por el pecado? Pregúntele a cualquier cristiano hospitalizado si alguien se lo ha sugerido. La afirmación más enérgica de los amigos de Job, que Dios hace prosperar a los buenos y hace tropezar a los malvados, las escucho prácticamente cada vez que veo un programa de televisión religioso. Esos programas dicen poco sobre la clase de fe de Job, que persevera aun cuando nada funciona de la forma en que debería funcionar. Los cristianos de hoy en día pueden también aferrarse a una «palabra de conocimiento» para respaldar sus creencias, como hizo Elifaz. Este recurre a una visión enigmática de un «espíritu» que vuelve a exponer el mismo razonamiento de Elifaz e incluso insinúa que Job debe apelar a Dios para recibir un milagro (4:12-17; 5:8-10).

En resumen, los amigos de Job emergen como dogmáticos pretenciosos que defienden las maneras misteriosas de Dios. Confiados en lo apropiado de su doctrina apropiada y la solidez de sus razonamientos, juzgan a Job. Para ellos el asunto parece claro: considerando la alternativa entre un hombre que dice ser justo y un Dios que saben que es justo, ¿qué puede decir Job? George MacDonald compara su actitud con la de los fariseos, que les importa más cortejar a Dios y seguir las reglas que acercarse a la presencia de Dios como niños. Job, como cualquier niño herido, insiste en su derecho de exigir una explicación.

Fieles a su piedad, los amigos de Job están escandalizados por los estallidos de Job. ¡El atrevimiento de cuestionar a Dios, e incluso exigir una audiencia con el Todopoderoso! Un letrero en el parachoques de un automóvil en esta era moderna capta concisamente su tono condescendiente «Si te sientes lejos de Dios, adivina quién se movió».

Job

Atrapado en los «ingredientes» del drama, Job solamente se preocupa del problema del sufrimiento. Desde luego, no sabe nada de la contienda cósmica de fe; el conocer esa información privilegiada preveniría que su juicio fuera justo. Como resultado, siente que Dios lo ha traicionado.

Job se enfrenta a un dilema imposible. Rechazar a Dios destruiría su fe sólida en un Dios amoroso, el valor más importante en su vida. Sin embargo, reconocer que merece el sufrimiento también comprometería su integridad, ya que se cree inocente de cualquier cosa que pudiera merecer un castigo tan severo. Sus amigos describen una batalla terrible entre el bien y el mal; Job está luchando una batalla moral aun más terrible entre el bien y el bien. La justicia de Dios ha chocado de frente contra la inocencia de Job. Ya nada tiene sentido.

A consecuencia de los ataques verbales de sus amigos, Job vacila, se contradice, y algunas veces hasta está de acuerdo con ellos. No tiene refutaciones teológicas y reconoce que lo que dicen parece ser cierto. Sin embargo, en este caso en particular, cree profundamente que están equivocados, que no merece su suerte. Ha pecado, sí, pero no como para «merecer» tanto castigo de Dios, perder su familia, su salud y todas sus posesiones en corto tiempo. Hacia el final del libro, Job presenta una formal defensa legal de su inocencia relativa.

Los discursos de Job contienen expresiones profundas de dolor, desesperación, e indignación. Apenas capaz de controlar la sátira, descarga furiosas protestas contra Dios, y llega casi hasta el borde de la blasfemia. Las primeras palabras que salen de su boca son estas: «Que perezca el día en que fui concebido y la noche en que se anunció: "¡Ha nacido un niño!"»

Escuche una muestra de citas de este santo «paciente»:

[A Dios] Aparta de mí la mirada;

¡déjame al menos tragar saliva! (7:19).

¡Déjame disfrutar de un momento de alegría
antes de mi partida sin regreso
a la tierra de la penumbra y de las sombras! (10:20-21).

Pero así como un monte se erosiona y se derrumba,
y las piedras cambian de lugar;
así como las aguas desgastan las rocas
y los torrentes deslavan el suelo,
así tú pones fin a la esperanza del hombre (14:18-19).

En su enojo Dios me desgarró y me persigue;
rechina los dientes contra mí (16:9).

Aunque grito: «¡Violencia!», no hallo respuesta;
aunque pido ayuda, no se me hace justicia (19:7).

A ti clamo, oh Dios, pero no me respondes;
me hago presente, pero tú apenas me miras.
Implacable, te vuelves contra mí;
con el poder de tu brazo me atacas....
Cuando esperaba lo bueno, vino lo malo;
cuando buscaba la luz, vinieron las sombras.
No cesa la agitación que me invade (30:20-21, 26-27).

Para Job en su tristeza, Dios parece un villano que «a buenos y a malos destruye por igual» (9:22): la imagen opuesta del concepto de Jesús de un Padre misericordioso cuyo sol sale sobre malos y buenos. Como dijo C. S. Lewis en su diario de aflicción después de la muerte de su esposa: «No es que estoy (así pienso) en mucho peligro de dejar de creer en Dios. El verdadero peligro es llegar a creer cosas tan espantosas sobre él. La conclusión que temo no es "así que después de

todo no hay ningún Dios”, sino “Así que Dios realmente es así. No te engañes más”». ¿Es Dios un sádico cósmico?, preguntó Lewis con su franqueza característica y repitiendo las dudas de Job.

Ninguna de las casi blasfemias de Job pasa desapercibida. Elifaz contesta indignado: «Tú, en cambio, restas valor al temor a Dios y tomas a la ligera la devoción que él merece» (15:4). Compara a Job con un perverso que «levanta el puño contra Dios y se atreve a desafiar al Todopoderoso» (15:25).

Sin embargo, la historia de Job tiene un giro irónico. Como dijo Sören Kierkegaard, «el secreto en Job, la fuerza vital, el valor, la idea, es que Job, a pesar de todo, está en lo correcto».

Una victoria limitada

A pesar del alto estado de cólera de Job, finalmente triunfa. Dios concluye: «Estoy muy irritado contigo [Elifaz] y con tus dos amigos porque, a diferencia de mi siervo Job, lo que ustedes han dicho de mí no es verdad». En vista de las furiosas palabras de Job, ¿cómo puede Dios honrar a Job y no a sus amigos? Hablando ordinariamente, ¿cómo puede Dios «ganar la apuesta» sobre la fe de Job?

Primeramente, en términos generales, Job nunca toma en cuenta el consejo de su esposa de «¡maldice a Dios y muérete!» Cuestiona la justicia y la bondad y el amor de Dios, y pierde la esperanza de su propia vida, y sin embargo no quiere darle la espalda a Dios. «He aquí, aunque él me matare, en él esperaré» (13:15 RVR60). Job puede haberse dado por vencido de la justicia de Dios, pero firmemente no quiere abandonar a Dios. En los momentos de desesperación más inverosímiles, expresa destellos brillantes de esperanza y fe.

Job prefiere vivir con una paradoja agonizante: Dios todavía lo ama aunque la evidencia indique lo contrario. Sus amigos presentan la lógica: *El sufrimiento proviene de Dios. Dios es justo. Por lo tanto tú, Job, eres culpable.* Después de examinar su propia vida, y pesar el concepto

de un Dios injusto, Job llega a una fórmula diferente que en apariencia no tiene sentido: *El sufrimiento proviene de Dios, Dios es justo. Yo soy inocente*. En la mejor tradición hebrea, Job se aferra a esas tres verdades sin importar qué tan contradictorias parezcan.

Job cree instintivamente que es mejor para él poner su confianza en Dios, sin tener en cuenta qué tan distante o aun sádico Dios parezca ser al momento, en lugar de abandonar toda esperanza. Mantiene viva una visión de un universo personal. En un universo impersonal, ¿por cuál norma podríamos juzgar que el dolor es peor que el placer o la vida alegre de Job superior a su vida trágica? Job se aferra a creer en la justicia y en un Dios personal a pesar de la montaña de evidencia en contra de esa creencia, porque las alternativas le parecen ser mucho peor.

Adicionalmente, lo que Job pide de Dios nos revela mucho sobre su carácter. (Sé lo que yo hubiera exigido: ¡Quítame las llagas, Dios! Primero restaura mi salud y entonces podemos discutir cuál lección debo aprender de estos desastres.) Job tiene otras peticiones. A medida que la desesperación se apodera de él, y siente que está perdiendo la fe, pide una muerte rápida. ¿Por qué? «Aun así me quedaría este consuelo, esta alegría en medio de mi implacable dolor; ¡el no haber negado las palabras del Dios Santo!» (6:10).

Cuando la muerte no llega, y Job siente que sus oraciones son un clamor sin esperanza lanzadas al vacío, pide un mediador, o un árbitro, «que decida el caso por los dos». Sus súplicas (9:33, 16:19-21) encontrarán más tarde un profundo cumplimiento como profecías de Jesús, el mediador entre Dios y el hombre, pero Job mismo no recibe respuesta en ese momento. No tiene mediador.

Finalmente en desesperación, Job reduce sus demandas a una petición, con la cual se mantiene hasta el final. Pide una explicación de parte de Dios mismo (13:3, 31:35.) Quiere que lo someta a juicio, desea una oportunidad de escuchar a Dios mismo testificar a su favor y en contra de lo que ya es una flagrante injusticia.

Esta última petición de Job despierta furia en sus amigos. ¿Qué

derecho tiene él, un ser humano insignificante, de pedir que Dios dé cuentas de sí mismo? ¿Cómo puede un «hombre simple gusano; ¡mucho menos el hombre, miserable lombriz!» (25:6) oponerse al Dios del universo? Como Mark Twain cínicamente supone, uno «podría fácilmente dañar un planeta tirándole lodo». Job no se retractará. Hasta el final, insiste en su derecho a cuestionar a Dios, a exigir una explicación. Dios complace esa petición. Viktor Frankl, sobreviviente de un campo de concentración nazi, concluyó que la peor desesperación es sufrir sin un significado, y la experiencia de Job lo demuestra. Exige una explicación de su trauma, un significado a su sufrimiento, y solamente Dios puede hacerlo.

Al final Job pasa la prueba de fe aferrándose a creer en Dios aunque no tiene evidencia que apoye esa creencia y mucho en su contra. E insiste en su dignidad humana aun cuando lo están atacando por todos lados. Uno pudiera llamar a Job el primer protestante, en el sentido más amplio de la palabra. Adopta una posición de fe individual en lugar de rendirse a un dogma piadoso, y de esa forma prepara el camino para que lo sigan otros: el apóstol Pablo frente al Sanedrín, Martín Lutero al oponerse a la total autoridad de la Iglesia. Job rehúsa permitir que un dogma aplaste sus derechos.

William Safire resume el legado de Job en su libro *The First Dissident* [El primer disidente]:

Si el libro de Job llega a través de dos milenios y medio para enseñar algo a hombres y mujeres que se consideran seres humanos normales y decentes, es esto: los seres humanos siempre van a deambular en la ignorancia y caer en el error, y es mejor, más justo a los ojos de Dios, que reaccionen cuestionando en lugar de aceptando. Al enfrentarse a una injusticia inexplicable, es mejor estar furioso que resignado.

Safire dice acerca de Job: «Yo comencé mi trayectoria dentro de este libro con duda en mi fe y he salido con fe en mi duda».

Dios aparece

Irónicamente, Dios entra a la escena en una tormenta trastornante como un remolino mientras Eliú está explicando por qué el insignificante Job no tiene derecho a pedir una intervención divina. Me gusta imaginar esta escena como si fueran dibujos animados: dos figuras pequeñísimas discutiendo apasionadamente sobre lo que Dios hará y no hará cuando una tormenta masiva, Dios mismo, se mueve a través del horizonte para tragárselos. Dios asombra a todo el mundo, al aparecer y por lo que dice.

El magnífico discurso de Dios en Job 38-42 ha atraído mucha atención, especialmente de especialistas del medio ambiente que lo citan como un ejemplo del orgullo que siente el Creador por el mundo natural. Yo también me asombro ante las maravillosas imágenes de la naturaleza —avestruces, íbices, asnos salvajes, cocodrilos— y sin embargo, juntamente con mi asombro me sobreviene un sentido persistente de desconcierto. El discurso de Dios parece más sorprendente por lo que *no dice*. En realidad, el discurso evita el tema del sufrimiento completamente, asombroso después de 35 capítulos llenos solo de eso. ¿Por qué Dios elude la misma pregunta que ha estado atormentando al pobre Job?

La materia que elige Dios nos lleva de regreso a los capítulos 1 y 2: el origen del drama de Job visto desde «atrás del telón». Job y sus amigos han estado discutiendo el sufrimiento porque, atrapados en los «ingredientes» del drama, no pueden ver nada más. Dios, desde luego, ha sabido en todo momento que la situación real se remonta al reto original en cuanto a la fe de Job. ¿Confiará un ser humano a un Dios soberano e invisible aun cuando todo a su alrededor confuta esa confianza?

Dios no le informa a Job sobre la batalla cósmica en la que ha estado envuelto involuntariamente, porque permitirle a Job ver detrás del telón cambiaría las reglas del combate que todavía se estaba librando. Tampoco Dios muestra ninguna compasión por la condi-

ción física o emocional de Job. Al contrario, Dios le voltea la situación a Job, le dice furiosamente:

¿Quién es este, que oscurece mi consejo con palabras carentes de sentido?

Prepárate a hacerme frente, yo te cuestionaré, y tú me responderás (38:2-3.)

Y procede a derribar a Job. En otras palabras, Dios bruscamente pone a Job de nuevo en el banquillo de los acusados.

El mensaje de Dios, expresado en preciosa poesía, se reduce a algo como esto: Job, mientras no conozcas mejor cómo se gobierna el universo físico, no me digas como gobernar el universo moral. Al describir las maravillas de la naturaleza, y valorar principalmente su fiereza, Dios insinúa algunas de las limitaciones intrínsecas de la ley natural y su preferencia de no intervenir. Critica a Job solamente por una cosa: su limitado punto de vista. Job ha basado sus opiniones en evidencias incompletas, percepción que nosotros los del «público» hemos visto a todo lo largo. Para corregir ese malentendido, Dios expande el campo de visión de Job de su propia circunstancia deprimente al universo entero.

Se me ocurre que Dios pudo haber leído una página del directorio telefónico y Job sumisamente hubiera consentido. Sus dudas se derritieron ante una revelación del poder y la gloria de Dios. «Reconozco que he hablado de cosas que no alcanzo a comprender, de cosas demasiado maravillosas que me son desconocidas» (42:3), dice Job. Y con ese arrepentimiento y su reconciliación con Dios, la tensión del capítulo 1 finalmente se resuelve.

La contienda en cuanto a la fe de Job ha terminado. ¿Se aferrará un hombre a la fe cuando toda razón de hacerlo por interés propio se le ha quitado? «¡A ver si no te maldice en tu propia cara!», Satanás apostó. Y perdió. El carácter de Job se sostuvo.

Al terminar su discurso, Dios colma a Job de recompensas, y lo

hace el doble de próspero de lo que era antes, una resolución que incluso queda bien con la idea errada de los amigos de Job sobre la justicia de Dios. ¿Dolor? Dios puede corregir eso fácilmente. ¿Más camellos y bueyes? No hay problema. A algunas personas les gusta hacer hincapié en el informe de buenas nuevas de las fortunas restauradas de Job, enfatizando que Job solo pasó a través de pruebas por un tiempo antes de recibir compensación. Sin embargo, el significado general del libro me convence de que la fe es el énfasis principal, y no las recompensas. Digo esto cuidadosamente, pero desde el punto de vista de Dios, la prosperidad material de Job y aun su salud se vuelven insignificantes en comparación con las cuestiones cósmicas involucradas.

Tiempos como los de Job

Por el singular ángulo de visión que nos dan los capítulos 1 y 2, la saga de Job ilumina mucho más que las pruebas exageradas de un triste anciano. Comencé este capítulo diciendo que antes pensaba que sabía de qué se trataba Job: del problema del sufrimiento. Ahora me doy cuenta que lo que muchos lectores hacen al libro de Job es un paradigma de lo que le hacemos a la vida en general. Tomamos una historia sobre un campo de batalla de fe y pruebas, y lo convertimos en una historia sobre el sufrimiento.

En esencia, Job se enfrentaba a una crisis de fe, no de sufrimiento. Y así también nosotros. Todos nosotros a veces nos encontramos en una situación similar a la de Job. Quizás no nos enfrentemos a los desastres extremos que sufrió Job, pero un accidente trágico, una enfermedad terminal, o la pérdida de un empleo nos puede llevar a sacudir la cabeza y decir: «¿Por qué yo? ¿Qué tiene Dios en contra mía? ¿Por qué Dios parece estar tan distante?»

En esos momentos, es muy fácil que nos enfoquemos en las circunstancias —enfermedad, cómo lucimos, pobreza, mala suerte—

como si fueran el enemigo. Oramos para que Dios cambie esas circunstancias. Si yo fuera bella o apuesto, pensamos, todo saldría bien. Si tuviera más dinero, o al menos un buen empleo; si mis deseos sexuales cambiaran de alguna manera, o al menos disminuyeran, yo podría fácilmente creer en Dios. Job nos enseña, sin embargo, que necesitamos más la fe en el momento preciso en que parece imposible.

Cuando ocurra una tragedia, nos sentiremos también atrapados en un punto de vista limitado. Como Job, tendremos la tentación de culpar a Dios y verlo como el enemigo. Job le preguntó a Dios mordazmente: «¿Te parece bien el oprimirme y despreciar la obra de tus manos?» (10:3). Lo que vemos detrás del telón en los capítulos 1 y 2 revela que a Job lo estaban exaltando, no despreciando. Dios estaba permitiendo que su propia reputación estuviera expuesta a la reacción de un solo ser humano. En el momento en que Job se sentía más abandonado, Dios le estaba haciendo un escrutinio personal, casi microscópico. Dios parecía estar ausente; en cierto sentido Dios nunca había estado más presente.

Titubeo en escribir esto porque es una verdad dura, una que no quiero admitir: Job me convence de que Dios está más interesado en nuestra fe que en nuestro placer. Esta afirmación no va de acuerdo con la imagen de Dios como un osito de felpa empalagoso que los cristianos a menudo presentan. Quizás no llegaría a esta conclusión si Job fuera un caso único, pero piense en las pruebas que algunas de las personas favoritas de Dios han sufrido.

En un mensaje a Ezequiel (14:14) Dios incluye a Job en una lista de tres gigantes de entereza. Los otros dos mencionados, Noé y Daniel, aprendieron sobre la fe en un diluvio masivo y en un foso de leones. Abraham tuvo por seguro una prueba de fe tan dura como la de Job: lo habían llamado (pensó él en aquel momento) a ser él mismo el actor de la tragedia de sacrificar al hijo por el cual había esperado por muchas décadas. ¿David? Solamente necesitamos leer el Salmo 22 para conocer de su experiencia con el silencio de Dios. Un comenta-

rio de Deuteronomio sobre los israelitas en el desierto define el patrón bíblico: «Recuerda que durante cuarenta años el Señor tu Dios te llevó por todo el camino del desierto, y te humilló y te puso a prueba para conocer lo que había en tu corazón».

Sören Kierkegaard, que vivió una existencia de tormento interior como la de Job, concluye al final que la fe más pura, refinada como oro, emerge precisamente de tal estado de paradoja o suspensión de lo que pudiéramos esperar de Dios. Mantenía el libro de Job en su cama por las noches, como un niño que pone su libro de la escuela debajo de la almohada para estar seguro de no haber olvidado la lección al despertar en la mañana. Para él, personas como Job y Abraham brillaban como Caballeros de la Fe. A través de sus angustiosas pruebas de fe, alcanzaron un nivel de fidelidad que no se obtiene de ninguna otra forma. Dice Kierkegaard: «Con la ayuda de la espina en mi pie, salto más alto que cualquiera con pies sanos».

Aun el Hijo de Dios en la tierra sintió como que Dios lo había abandonado. Al igual que los israelitas en el desierto, Jesús pasó por una prueba de sufrimiento para «saber lo que había en su corazón». Más tarde, en una prueba mucho más severa, gritó en la cruz (citando el Salmo 22): «Dios mío, ¿por qué me has desamparado?» Como Job, continuaba confiando en Dios a pesar de la sensación de que Dios lo ha abandonado: «En tus manos encomiendo mi espíritu». En su caso también, en el preciso momento en que Dios parecía estar más ausente, el Padre nunca había estado más presente. Pablo nos dice que en la cruz Dios estaba «en Cristo... reconciliando al mundo consigo mismo».

Asuntos cósmicos

¿Por qué Dios permite e incluso alienta esas pruebas de fe? ¿Le importará a Dios el que un hombre o una mujer lo acepte o lo rechace? Eliú,

el último y más misterioso de los consoladores de Job, ridiculizó la idea de que a Dios le importara la situación de Job. Se burló de Job:

Si pecas, ¿en qué afectas a Dios?
Si multiplicas tus faltas, ¿en qué lo dañas?
Si actúas con justicia, ¿qué puedes darle?
¿Qué puede recibir de parte tuya?
Hagas el mal o hagas el bien,
los únicos afectados serán tus semejantes. (35:6-8)

Sin embargo, los primeros capítulos de Job revelan que Dios apostó mucho a la maldad o la justicia de un hombre. Por alguna razón, de una manera que el libro solamente sugiere y no explica, la fe de una persona establece la diferencia. Para mí, esa es la lección más poderosa y perdurable del libro de Job.

Como Job, vivimos en ignorancia de lo que está pasando «detrás del telón». Job nos recuerda que la pequeña historia de la humanidad en la tierra —y, en realidad, mi propia pequeña historia en la tierra— ocurre dentro del drama más grande de la historia del universo. Somos soldados de infantería en una batalla espiritual con significado cósmico. En palabras de C. S. Lewis, «no hay lugar neutral en el universo: cada centímetro cuadrado, cada fracción de segundo, Dios dice que es suyo y Satanás dice lo contrario».

Para Job, el campo de batalla sobre la fe envuelve posesiones perdidas, miembros de familia perdidos, salud perdida. Podemos enfrentar una lucha diferente: un fracaso en nuestra carrera, un matrimonio en dificultad, orientación sexual, una cara o una figura de cuerpo que le desagrada a la gente, en vez de agradecerle. Nuestras propias pruebas pueden no ser el resultado de una contienda cósmica en el cielo. De todos modos, el mensaje de este libro exige la fe fuerte y resistente que cree, a pesar de las probabilidades, que la respuesta de una persona establece de veras una diferencia.

Job presenta la asombrosa verdad que nuestras decisiones de fe

no solo nos importan a nosotros y a nuestro propio destino, sino, asombrosamente, a Dios mismo. Elifaz se mofaba de Job: «¿Puede alguien por muy sabio que sea, serle a Dios de algún provecho? ... ¿Tendrá algún beneficio si tu conducta es intachable?» (22:1-3). Al final, Elifaz puede haber pensado en esas palabras mientras ofrecía sacrificios a través de Job y pedía perdón. La fe de Job le ganó una gran victoria a Dios sobre Satanás, que había cuestionado el experimento humano en su totalidad.

Una parte de la historia del universo estaba en juego con Job y todavía está en juego con nuestras propias respuestas. La Biblia nos da insinuaciones, solamente insinuaciones, sobre el misterio que hay detrás de esa verdad:

- Una declaración de Jesús en Lucas 10 de que mientras sus seguidores estaban anunciando el reino de Dios, «yo veía a Satanás caer del cielo como un rayo».
- Un intrigante susurro en Romanos 8 de que nosotros en la tierra seremos instrumentos en la redención de la naturaleza. «La creación aguarda con ansiedad la revelación de los hijos de Dios» (8:19.) O, como *Cotton Patch Version of Paul's Epistles* [La versión de campo algodónero de las epístolas de Pablo] por Clarence Jordan lo traduce: «El más caro sueño del universo es poder ver a los verdaderos hijos e hijas de Dios».
- Esta frase de Efesios: «El fin de todo esto es que la sabiduría de Dios, en toda su diversidad, se dé a conocer ahora, por medio de la Iglesia, a los poderes y autoridades en las regiones celestiales» (3:10).
- Una arrolladora afirmación del apóstol Pedro: «Aun los mismos ángeles anhelan contemplar esas cosas» (1 Pedro 1:12).

Tales insinuaciones veladas reiteran el mensaje central de Job: es

importante cómo respondemos. Colgando de los hilos más delgados de la fe, Job ganó una victoria crucial en el grandioso plan de Dios para redimir la tierra. En su gracia, Dios le ha dado a hombres y mujeres comunes el honor de participar en la redención del cosmos. Nos está permitiendo, a través de nuestra obediencia a él, ayudar a revocar el dolor y la injusticia de este mundo que Job describe tan elocuentemente. Podríamos incluso decir que Dios está de acuerdo con las quejas de Job en contra del mundo caído; el plan de Dios para revocar la Caída depende de la fe de los que lo siguen.

Usted y yo, en nuestras mundanas luchas personales, servimos como soldados en esa campaña. Como dice William James en *The Will to Believe* [La voluntad de creer], «Nuestra vida presente *se siente* como una verdadera lucha; como si hubiera algo verdaderamente desenfrenado en el universo que nosotros, con todas nuestras idealidades y fidelidades, necesitamos redimir».

He mencionado que Job representa un paso más allá del «contrato de fe» de recompensas y castigos que los israelitas asumieron. El Nuevo Testamento lo lleva aun un paso más adelante: sus autores parecen *esperar* el sufrimiento como algo natural. «Cristo sufrió por ustedes, dándoles ejemplo para que sigan sus pasos» (1 Pedro 2:21). Pedro y diez más de los discípulos de Jesús murieron como mártires, no precisamente el «final feliz» que sugiere el libro de Job. Claramente, algo cambió en las expectativas de los creyentes sobre el sufrimiento, y ese cambio se centraba en la cruz donde Cristo murió.

Otros pasajes exploran este misterio con frases que no trataré de explicar. Pablo habla de «participar en sus sufrimientos [de Cristo]» y dice que espera ir «completando en mí mismo lo que falta de las aflicciones de Cristo». En su contexto, tales pasajes indican que el sufrimiento puede añadir significado si lo consideramos como parte de la «cruz» que tomamos al seguir a Jesús. Nos volvemos copartícipes con Cristo en la batalla para expulsar la maldad de este planeta, con lo que ayudamos a alcanzar los propósitos redentores de Dios en el mundo.

Nunca en esta vida sabremos el significado completo de nuestras

acciones aquí, porque, como Job demuestra, mucho ocurre fuera de nuestra vista. La cruz de Jesús nos ofrece un patrón para eso también: lo que parecía muy ordinario, una monótona hazaña más de «justicia» colonial en un puesto fronterizo romano, hizo posible la salvación del mundo entero.

De una forma exagerada, Job declara el misterio de que, por la razón que fuera, Dios le ha dado a los seres humanos como individuos un papel significativo en la tarea de rehacer un planeta saqueado. Cuando un pastor va a prisión por su protesta pacífica contra la injusticia, cuando un trabajador social se muda a un gueto urbano para reedificar la comunidad desde sus cimientos, cuando una pareja rehúsa darse por vencida en un matrimonio en problemas, cuando un padre espera con esperanza imperecedera y perdón por el regreso de su hijo alejado, cuando un hijo o hija decide cuidar a un padre con una enfermedad terminal en vez de investigar la eutanasia, cuando un joven profesional resiste las enormes tentaciones de alcanzar riquezas y éxito; en todos esos sufrimientos, grandes y pequeños, existe la seguridad de un nivel más profundo de entendimiento, de participar en la victoria redentora de Cristo. «La creación aguarda con ansiedad la revelación de los hijos de Dios» (Romanos 8:19.)

Nadie ha expresado el dolor y la injusticia de este mundo mejor que Job. Sin embargo, detrás de las palabras de angustia se esconde una verdad que brilla misteriosamente: Job, y usted y yo, podemos a través de la obediencia unirnos a la lucha por revocar ese sufrimiento. Job presenta el drama de la fe en su forma más cruda: el mejor hombre en la tierra sufre lo peor, sin ninguna señal de aliento o consuelo de parte de Dios. El hecho de que Job continuó confiando en Dios, a pesar de todas las circunstancias, fue de importancia, para él, para nosotros y para Dios. En su discurso, Dios describe las maravillas de la creación natural, y sin embargo, es claro que la maravilla de la creación que le impresionó más a Dios fue Job mismo: de aquí este libro de la Biblia.

Miles de años más tarde, las preguntas de Job no se han disipado.

Las personas que sufren todavía se encuentran adoptando las palabras de Job mientras claman en contra de la aparente falta de interés de Dios. El libro de Job afirma que Dios no está sordo a nuestro clamor y tiene el control de este mundo independientemente de lo que parece. Dios no respondió a todas las preguntas de Job, pero la propia presencia de Dios causó que se disiparan todas sus dudas. Job aprendió que Dios se interesaba íntimamente en él, y que Dios gobierna el universo. Eso parecía ser suficiente.

Algo más

Job y los acertijos del sufrimiento

«A los que sufren, Dios los libra mediante el sufrimiento; en su aflicción, los consuela» (Job 36:15).

Como he dicho, Job despierta más preguntas sobre el sufrimiento que las que contesta. Aunque la conclusión del libro, con la dramática aparición personal de Dios mismo, parece haber sido preparada para un monólogo informativo, Dios esquivo la pregunta. Para hacer las cosas más complicadas, Dios rechaza con desaprobación varias teorías de los amigos de Job sobre el origen del sufrimiento que sueñan muy bien.

Así que el libro de Job, un recuento extraordinario de cosas muy malas que le suceden a un hombre muy bueno, no contiene ninguna teoría concisa de por qué las personas buenas sufren. Sin embargo, sí ofrece muchas ideas indirectas sobre el problema del dolor. Mi propio estudio me ha llevado a las conclusiones que ofrezco a continuación. Aunque no dan una respuesta al problema del dolor, algo que ni siquiera Dios trató de dar, estos principios pueden aclarar algunos conceptos erróneos que son tan comunes hoy en día como en la época de Job.

1. Los capítulos 1 y 2 hacen la sutil aunque importante aclara-

ción de que Dios no causó directamente los problemas de Job. Los permitió, pero Satanás fue en realidad quien causó el sufrimiento.

2. En ninguna parte sugiere el libro de Job que Dios no tiene poder o bondad. Algunas personas (incluyendo el rabino Kushner en su bestseller *When Bad Things Happen to Good People* [Cuando cosas malas le ocurren a buenas personas]) declaran que un Dios débil no tiene poder para prevenir el sufrimiento humano. Otros de una manera deísta asumen que Dios gobierna al mundo desde lo lejos, sin involucrarse personalmente. En contraste, el libro de Job no cuestiona el poder de Dios, sino solamente su justicia. Desde luego, en su último discurso Dios usa ilustraciones magníficas de la naturaleza para demostrar su poder.

3. Job refuta decisivamente la teoría de que el sufrimiento siempre es el resultado del pecado. La Biblia apoya el principio general de que «cada uno cosecha lo que siembra», aun en esta vida. Pero nadie tiene el derecho de aplicar este principio general a una persona en particular. Los amigos de Job discutieron de manera persuasiva que Job merecía tal castigo catastrófico. Cuando Dios rindió su veredicto final, sin embargo, les dijo: «A diferencia de mi siervo Job, lo que ustedes han dicho de mí no es verdad» (42:7). Más tarde, Jesús también hablaría en contra de la idea de que el sufrimiento automáticamente implica pecado (vea Juan 9:1-5 y Lucas 13:1-5).

4. Por no tener conceptos claros sobre la vida después de la muerte, los amigos de Job asumen erróneamente que la justicia de Dios, su aprobación o desaprobación de las personas, tenía que manifestarse solamente en esta vida. Otras partes de la Biblia enseñan que Dios impartirá justicia después de la muerte.

El placer que Job disfrutó en su anciana edad es una simple anticipación de lo que ha de venir. El autor de Job 42 incluye un detalle conmovedor. Todas las posesiones de Job le son dobladas en su anciana edad. Antes tenía siete mil ovejas, tres mil camellos, quinientas yuntas de bueyes y quinientas asnas, pero después tuvo catorce mil ovejas, seis mil camellos, mil yuntas de bueyes y mil asnas. De una

manera significativa, sin embargo, su familia no se duplica. Antes había sido padre de siete hijos y tres hijas, pero después se convierte en padre de siete nuevos hijos y tres nuevas hijas, no catorce hijos y seis hijas. Aun en medio del Antiguo Testamento, que no tiene más que un concepto oscuro de la vida después de la muerte, el libro de Job claramente insinúa que Job un día volvería a tener a toda su familia. Los diez hijos que perdió trágicamente le serían restaurados, y vivirían una eternidad gloriosa en un mundo redimido y recreado.

5. Dios no censuró la duda ni la desesperación de Job, sino su ignorancia. La frase «la paciencia de Job» no va de acuerdo con el flujo de acusaciones que salían de la boca de Job. Job no aceptó su dolor de una manera sumisa: clamó a Dios en protesta. Sus fuertes comentarios escandalizaron a sus amigos pero no a Dios. ¿Nos debe molestar que alguien insulte a Dios con un despliegue emocional causado por la tensión o el dolor? No según este libro. En una chispa de suprema ironía, Dios le ordenó a los amigos de Job a buscar el arrepentimiento a través del mismo Job, que había sido el objeto de su beata reprimenda.

6. Nadie tiene todas las respuestas acerca del sufrimiento. Job concluyó que él era justo y Dios estaba siendo injusto. Sus amigos insistían en lo opuesto. Dios era justo y Job estaba siendo castigado justamente. Al final, todos entendieron que estaban viendo la situación desde una perspectiva limitada, ciegos a la lucha que se estaba librando en el cielo.

7. Dios nunca se mantiene en total silencio. Eliú hace esa observación convincentemente, al recordarle a Job sueños, visiones, bendiciones anteriores, e incluso las obras diarias de Dios en la naturaleza (capítulo 33). Dios también señaló que la naturaleza daba evidencia de su sabiduría y poder. Aunque Dios pueda parecer silencioso, algún indicio de él siempre se puede encontrar. El autor Joseph Bayly expresó esta verdad de la siguiente forma: «Recuerde en la oscuridad lo que ha aprendido en la luz».

8. Los consejos bien intencionados algunas veces pueden hacer

más mal que bien. El comportamiento de los amigos de Job nos da un ejemplo clásico de cómo el orgullo y la creencia de que uno tiene la razón puede reprimir la verdadera compasión. Los amigos repetían frases piadosas, discutían teología con Job e insistían en sus ideas obstinadas sobre el sufrimiento (ideas que todavía muchos sustentan). La respuesta de Job fue, «¡Si tan sólo se callaran la boca! Eso en ustedes, ¡ya sería sabiduría!» (13:5). Total, que la mayor compasión que los amigos de Job le tuvieron fue al principio, cuando se sentaron con él en silencio durante siete días.

9. Dios hizo que el enfoque central cambiara de la *causa* del sufrimiento de Job a su *respuesta*. Misteriosamente, Dios nunca dio su propia explicación del problema del sufrimiento, ni tampoco le informó a Job de la contienda de que hablan los capítulos 1 y 2. La verdadera cuestión en juego era la fe de Job: si continuaba confiando en Dios cuando todo le fuera mal. Por instinto tendemos a enfocarnos en la pregunta «¿por qué?» Dios está más interesado en «¿con qué propósito?» Una vez que llega el sufrimiento, ¿puede redundar en bien por malo que sea?

10. El sufrimiento, en el plan de Dios, puede redimirse o servir para un mayor bien. En el caso de Job, Dios usó aquel período de gran tormento para obtener una importante, y aun cósmica, victoria. Si miramos hacia atrás (pero solamente hacia atrás) podemos ver la «ventaja» que Job obtuvo al continuar confiando en Dios. A través de su sufrimiento innecesario, el justo Job fue figura de Jesucristo, quien viviría una vida perfecta, y sin embargo soportaría el dolor y la muerte para ganar una gran victoria.

Deuteronomio: Un tanto agri dulce

*Hay dos tragedias en la vida. Una es perder lo que desea el corazón.
La otra es alcanzarlo.*

—GEORGE BERNARD SHAW

Cuando el comunismo cayó en 1989, varios países pequeños de Europa Oriental y de Asia Central se encontraron de repente libres de la larga sombra de la Unión Soviética. Nadie ya les daba órdenes. Nadie imponía políticas. Por sí solos tuvieron que descubrir cómo diseñar una bandera, entrenar un ejército, manejar relaciones exteriores, resolver disputas en las fronteras; en resumen, cómo gobernar un país. El éxito o fracaso de cada nación dependió de qué clase de líder emergió cuando se descongeló la Guerra Fría.

Checoslovaquia instintivamente se inclinó hacia Václav Havel, un dramaturgo que había pasado años en la cárcel por su disensión política. Aunque Havel no tenía experiencia y poco interés en la política, aceptó la intimidante tarea de moldear un país nuevo y libre. Para comunicarse con su pueblo, inició una práctica que se volvió una tradición: cada semana aparecía en televisión para contestar preguntas de personas que llamaban por teléfono. Explicaba cómo funcionaría el nuevo gobierno, revisaba el presupuesto, discutía nuevas leyes controversiales, hablaba sobre la moral y la responsabilidad. A veces como un predicador, alentador, historiador y entrenador, este dramaturgo intelectual, contra todas las expectativas, se volvió una estrella de los medios de comunicación, al presidir sobre uno de los espectáculos más populares en el país. Sólo con su elocuencia y forta-

leza de personalidad Havel llevó a los checoslovacos a través de un doloroso rompimiento con Eslovaquia y los preparó para vivir como una nación independiente. Se sentía, decía él, como un padre que trata de enseñar a un grupo de niños indisciplinados a comportarse como adultos.

En pocas palabras, esta es la situación que Moisés confrontó al final de su vida. Era un líder reacio que había pasado cuarenta años cuidando ovejas en el desierto. Dios lo había llamado repentinamente a emancipar a los hebreos del imperio más poderoso del mundo. Moisés hizo eso y más, al instar y persuadir a los esclavos liberados a través de cuatro décadas de inmadurez en el desierto de Sinaí. Ahora, precisamente cuando la vida de Moisés estaba terminando, los hebreos estaban en el umbral de la Tierra Prometida, ansiosos por tomar las riendas de una nueva nación.

Moisés tenía una última oportunidad de impartirles una memoria histórica, de deshacerse de quejas y dolor, de legarles la esperanza y firmeza que necesitarían desesperadamente en su ausencia. Para su pueblo, no solo representaba un pionero como Václav Havel; era el libertador: Simón Bolívar, Nelson Mandela, Mahatma Gandhi y George Washington comprimidos en un solo cuerpo frágil y viejo.

«Si los diferentes escritores de la Biblia fueran compositores, el deuteronomista sería Bach en su completa y majestuosa confianza», escribe Jack Miles. Deuteronomio se ubica como el último de los cinco «libros de Moisés», la grandiosa recapitulación, la primera oratoria a gran escala en la Biblia, y el documento de las últimas palabras de Moisés al pueblo de Israel. En cuarenta años torturantes un pastor tartamudo, tímido en cuanto a liderazgo y obsesionado por su crimen de pasión, se ha convertido en uno de los gigantes de la historia cuyos logros cambiaron el planeta para siempre. Deuteronomio nos da el propio recuento de Moisés de esa transformación extraordinaria.

El anciano aprieta su túnica y tiembla a pesar del calor del desierto. Sus asistentes lo ayudan a subir penosamente a la roca más alta. Ante él, llegando hasta el horizonte, están los israelitas. Pausa para permitir que se apaguen las ovaciones de la multitud. Sus ojos se enfocan en algunas caras anónimas. Tan jóvenes, tan inocentes. Ninguno de ellos tiene un solo recuerdo de las glorias de Egipto, la fabulosa tierra de pirámides, palacios y carros de guerra. Estos hijos del desierto solamente conocen los rigores del Sinaí: alacranes, víboras, calor abrasador, noches frías, tormentas de arena, búsqueda incesante de agua.

Ninguno de sus padres había sobrevivido, excepto dos. El resto había resultado inútil. Los arrastró a salir de Egipto, para luego descubrir que Egipto se había quedado dentro de ellos. Ahora él está frente a sus entusiastas jóvenes descendientes, una nación intacta, pero con todas sus células individuales reemplazadas. Niños, eso es lo que son, solo niños. Daría cualquier cosa por guiarlos a través del río a la tierra de la que había estado alardeando por cuarenta años. Suspira, con un sonido que parece más un gemido. No puede ser, y él lo sabe. En lugar de eso, morirá allí, quizás hoy. Ellos pronto estarán solos, aquella prole del desierto. Él los ha reunido para decirles adiós.

Como una colmena de abejas, la muchedumbre zumbaba de energía. Moisés no había visto tanta emoción desde el día en que los padres de aquellos salieron de Egipto cargados del oro de los faraones. Qué tan rápidamente las sonrisas dejaron sus rostros; ¿cuánto tiempo durarán en los de estos chicos? Sabe que ellos han escuchado las historias de sus padres, los mismos padres que refunfuñaban, se quejaban y se rebelaban abiertamente contra su liderazgo. Esta es su última oportunidad de aclarar las cosas, de definir bien la culpa y los méritos, de poner la historia por escrito no solamente para aquellos jóvenes sino para todos los que lo surgirán, para toda la posteridad.

Los ojos de Moisés son del color de la leche cortada. Ochenta

años en el desierto han grabado profundas arrugas a través de su rostro. Los sonidos de la multitud se funden en un murmullo bajo e irritante. Josué y Caleb, sus ayudantes de confianza, han calmado a la multitud y le están indicando a él que comience. Han situado pregoneros que repitan sus palabras para que todos las puedan escuchar. «Habla lentamente», le aconsejan. «Tómate tu tiempo». Pero al comenzar a hablar, su voz se quiebra y el antiguo tartamudeo comienza de nuevo.

Moisés es la persona más vieja que los israelitas han visto, el único verdadero anciano entre ellos, con casi el doble de la edad de Josué y Caleb. Con su cabello blanco como la nieve y su barba suelta, parece más una criatura mitológica que un hombre. Ha dominado sus vidas desde su nacimiento. Ellos han escuchado cómo pasó por entre los guardias del palacio del gran faraón y sorprendió al soberano que una vez fue su compañero de juegos. Las plagas, tan traumáticas cuando ocurrieron, se han vuelto objeto de chistes a través de los años: ranas que saltan a través de la cocina, mosquitos y tábanos que plagan a los soldados y a los capataces, úlceras que obligan a los magos egipcios a revolcarse desnudos en la arena para aliviarse. Moisés el mago produjo todo aquello.

Sus padres acostumbraban a hablar con añoro de las palmeras, las casas apiladas una encima de la otra hasta tapar el sol, las calles llenas de carretas de asnos, y largas caravanas de camellos. Esta multitud no tiene memoria de esas cosas. Solo tienen la esperanza de un nuevo comienzo en una nación donde seran amos y no esclavos, en una tierra no reseca sino exuberante con pastos y cosechas, en una tierra que podrán llamar suya.

La vida de Moisés tenía un solo tema: Dios lo hizo. ¿Cuántas veces su madre le había relatado la historia de su supervivencia milagrosa durante la campaña del faraón para exterminar a los niños hebreos? «Dios te salvó, Moisés», le decía una y otra vez. «Él tiene

algo muy especial en mente para ti». Reía como una madre orgullosa ríe mientras le recordaba que Dios hizo que a ella, su madre verdadera, la realeza le pagara para criarlo. Mientras tanto, él jugaba en las cortes del faraón, obtenía una excelente educación clásica y comía con la élite del imperio.

Aunque secretamente conocía su verdadera identidad, Moisés se sentía como una persona sin patria. Cuando los demás príncipes egipcios contaban chistes groseros sobre los esclavos hebreos, se mordía la lengua. Cuando su propio pueblo, los hebreos, se mofaban de él por sus maneras altaneras y su acento del palacio, se mordía la lengua de nuevo. Amaba a ambas familias, su familia por nacimiento y su familia adoptiva. Nunca se cansaba de las cenas familiares campesinas, tras las cuales los ancianos recordaban las historias de Abraham, Isaac, Jacob y el Dios que aún adoraban a pesar de que parecía que había estado dormido por más de una decena de generaciones. A Moisés le encantaba especialmente la historia de José. «Tú puedes ser un nuevo José», le dijo su madre una noche mientras se despedía con un beso. «Tú andas también en el palacio del faraón. Dios pudiera usarte para ayudar a salvarnos».

Por otra parte, no podía imaginar la vida sin el entrenamiento que recibía cada día entre los estudiantes más inteligentes del imperio. Le encantaban las competencias deportivas, los banquetes, el buen vino, las mujeres aceitadas y perfumadas que le enseñaban arte y música. Como un espía, balanceaba muy bien los dos mundos: los mantenía en compartimentos sellados y florecía en ambos. Pero un día los dos chocaron y tuvo que elegir uno de ellos.

Al momento, parecía una simple cuestión de justicia. Vestido con todos los atuendos de un príncipe egipcio, una corona de oro y una hebilla que denotaba su posición, visitó uno de los sitios de trabajo para el faraón. Allí vio que un capataz egipcio golpeaba brutalmente a un hebreo, uno de sus compatriotas. Moisés empujó al abusador, lo mató, escondió el cuerpo en la arena, y se fue como si nada hubiera

ocurrido. Sin embargo, algunos habían presenciado lo que ocurrió, y todo se sabía.

Ese día en aquel taller, Moisés se dio cuenta qué lado estaba. Los egipcios utilizaban la palabra *hapiru*, como un término de desprecio hacia los hebreos: «los polvorientos». Si un egipcio moría, desde luego, alguien tenía que pagar. Pero si uno de los *hapiru* moría, ¿a quién le importaba? A mí me importa, concluyó Moisés. Ellos podrán ser esclavos, pero son mis parientes. Nadie merece ese trato.

Para el faraón, Moisés se había pasado de la raya, y había sido atrapado en el lado equivocado. No podía tolerar una insurrección. Después de todo, él había sido el que había ordenado la campaña de infanticidio contra la tribu de Moisés. Inmediatamente emitió una orden de muerte contra el príncipe impostor llamado Moisés.

Moisés huyó de Egipto, y por cuarenta años, como fugitivo, no tuvo contacto con ninguna de sus dos familias. Comenzó una nueva vida que le venía sorprendentemente bien: la solitaria vida de un nómada. Encontró una esposa, una familia extendida y nuevas habilidades para sobrevivir en el desierto. Por prudencia, Moisés no le dijo a nadie sobre su pasado, y no tenía razón para hacerlo. A nadie en Madián le importaban los hebreos, ni los egipcios tampoco. Su mundo se redujo gradualmente a un círculo de tranquilidad doméstica, y a la muy anciana edad de ochenta años se preocupaba principalmente de sus hijos, sus suegros y sus ovejas.

Sin embargo, Dios tenía otros planes. Mientras Moisés estaba forjándose una nueva vida en Madián, lejos de los esclavos hebreos, Dios había estado escuchando sus gemidos. De pronto, la obra lenta y misteriosa de un Dios eterno llegó a un claro enfoque, revelando que nada en la vida tortuosa de Moisés había sido en vano. Ahora Dios tenía a un hebreo de pura sangre, entrenado expertamente en las habilidades de liderazgo egipcias, totalmente capaz de sobrevivir en el desierto. El momento para la liberación del pueblo elegido de Dios había llegado. Ahora había que convencer a Moisés. Y al faraón.

Moisés presentó poderosas objeciones al plan de Dios. Primera-

mente estaba el asunto de la confiabilidad. ¿Por qué iban a confiar los hebreos en alguien entrenado por el enemigo, y aún menos en un fugitivo que había huido del país hacía cuarenta años? Además, tanto los hebreos como el faraón necesitarían un líder que se pudiera expresar bien para moverlos a la acción. ¿Por qué elegir a un gago? «Señor, te ruego que envíes a otra persona», rogó Moisés. Unas pocas palabras habladas desde una zarza ardiente bastaron para callar a Moisés; convencer al faraón era otra cosa.

Así que un tímido pastor se convirtió en el primer intermediario que Dios escogió para hablarle a su pueblo, y también en la primera persona que la Biblia afirma que obró milagros. Sin embargo, los temores iniciales de Moisés resultaron acertados. Después que unas medidas enérgicas de los egipcios doblaron su carga de trabajo, los hebreos abandonaron a Moisés y a Aarón. ¿Se esperaba que los israelitas creyeran que un Dios que había estado ausente cuatrocientos años había decidido de repente enfrentarse al faraón y sus ejércitos? Absurdo.

Moisés no tenía ni siquiera el apoyo de su propio pueblo mientras subía los macizos escalones de piedra hacia el palacio del faraón, con sus florones de oro que resplandecían bajo el sol del desierto. Miró a su alrededor. El faraón había casi terminado sus grandiosos planes de construcción. Una ciudad de piedra caliza blanca, más deslumbrante que el sol, había surgido alrededor de los monótonos edificios que Moisés conocía desde niño.

Los jeroglíficos grabados en las paredes de piedra lo decían todo. No lo había usado por cuarenta años, pero el primer idioma de Moisés regresó a su mente mientras estudiaba los informes de las conquistas militares del faraón. Sintió una puñalada de dolor cuando reconoció el símbolo egipcio que quería decir extranjero: un hombre atado que sangraba de una herida en la cabeza. El desierto de Madián había eliminado de él toda la añoranza de los lujos de Egipto. Los banquetes suntuosos, las orgías, los vestidos pretenciosos con el rango social cuidadosamente escrito en el cabello, en los brazaletes y en

los estilos de ropa; todo esto le repugnaba ahora. Conocía su propia identidad: era un extranjero; un extraño en una tierra desconocida; un *guersón*, el nombre que había elegido para su hijo. Su pueblo, los hebreos, eran los atados que sangraban: los hapiru, los polvorientos que trabajaban en el lodo y soportaban los azotes de los egipcios. Ahora su única esperanza, su único futuro, estaba en las manos de Dios.

¿Por qué mi secretario de citas habrá dejado entrar a este apestoso cabrero?, pensó el faraón sin haber reconocido a Moisés. El torpe visitante susurró sus palabras de presentación a Aarón, su intérprete, pero nadie podía entender el lenguaje rústico de Aarón. Cuando Moisés mismo habló, todos los que estaban presentes se asombraron del sonido. De la boca del campesino fluía un vocabulario egipcio perfecto y aristocrático.

Unos minutos más tarde, Moisés el antiguo príncipe de Egipto, y el soberano faraón se reían recordando los viejos tiempos. Los collares y brazaletes de oro del faraón tintineaban mientras batía sus palmas con regocijo. Para el asombro de los guardias, ¡hasta permitió al tosco visitante tocarlo!

Habían sido compañeros de juego antes de que Moisés contrariara al faraón reinante. Pero el anciano, muerto hacía ya largo tiempo, descansaba ahora en esplendor inconcebible en el Valle de los Reyes. «Pusimos suficiente comida y muebles en su tumba para que se sintiera bien por toda la eternidad», dijo el nuevo faraón, su hijo. «Ya tengo a cincuenta mil obreros preparando mi propia tumba. Uno nunca es demasiado precavido».

Cualquier cosa que Moisés deseara, la podía tener. Él sí, pero no los demás hebreos. «Mira, Moisés. Ponte en mi lugar. Ningún monarca permitiría que su principal fuerza de trabajo se le fuera. Yo tengo ciudades que construir, y acueductos, y fortalezas». Aunque el faraón no lo dijo, ambos sabían que los esclavos hebreos hacían todo el trabajo pesado, a un costo mínimo. «Regresa al palacio y disfruta la vida», le animaba. «No te preocupes del incidente en el sitio de cons-

trucción. Como mi padre me lo prometió, ahora soy Egipto: la estrella de la mañana y de la noche. Si digo que el día es noche, así se escribirá. Únete a mí y olvídate de los hebreos».

Sin embargo, Dios no se había olvidado de los hebreos: «He visto la opresión que sufre mi pueblo en Egipto. Los he escuchado quejarse», le dijo a Moisés desde la zarza ardiente. Tampoco podía Moisés olvidar a su pueblo. En un tiempo la oferta del faraón pudiera haberlo tentado, pero no ahora. Recordaba con vergüenza el tiempo en que llamaba «padre» al hombre que había masacrado al pueblo hebreo. Después de cuarenta años en el desierto, no soportado ver el trabajo de los esclavos. Era como si le hubieran dado una patada en el estómago. Moisés arrojó el guante, como diríamos, y lanzó un desafío al imperio más poderoso del mundo a una forma de combate cósmico en el que los mismos cielos tomarían partido.

Pronto Moisés y el faraón estuvieron envueltos en un gran tira y afloja, no muy diferente a los juegos que solían jugar, aunque ahora con mucho más en juego. «¡A mí nadie me da órdenes! ¡A mí nadie me amenaza!», gritaba el faraón en un tono que Moisés nunca antes había escuchado. «Yo soy la estrella de la mañana y de la noche. ¡Yo soy el faraón!»

Egipto y sus dioses poderosos se irguieron en espléndida formación contra el Dios invisible de los hebreos. Para los egipcios, la idea de los hebreos de que había un solo Dios invisible parecía absurda. Ellos adoraban una serie de dioses que podían admirar en sus espléndidos templos: Horus el halcón, Thot la ibis, Khnum el carnero, Apis el toro sagrado. Cada uno poseía características misteriosas que solo los sacerdotes conocían. ¿De qué sirve un dios que uno no puede ver ni personificar en una escultura o una pintura?

Y respecto a la petición de los hebreos de que se les conceda retirarse al desierto para ofrecer sacrificios, parecía una obvia estrategia de escape. ¿No empleaba el templo de Karnak río abajo setenta mil sacerdotes y acólitos de tiempo completo? Si los hebreos deseaban sacrificar, ¿por qué no emplear a expertos?

Sin embargo, uno por uno los dioses egipcios sucumbieron ante las plagas que el Dios de Moisés desató: el río se volvió sangre, la mosca sagrada se volvió un molesto enjambre, el dios sol Ra desapareció detrás de una nube, el gran toro fracasó en proteger el ganado. Finalmente, en la última y peor plaga, el faraón, al igual que todo egipcio, perdió a su hijo primogénito. Al fin se dio por vencido: el Dios invisible había ganado. Al siguiente día, cargados del botín de los egipcios, los esclavos hebreos se retiraron en una enorme y andrajosa chusma, al frente de la cual marchaba Moisés, príncipe de Israel.

Moisés mismo se hubiera resistido al título, desde luego. En el momento en que vio la zarza que no dejaba de arder, aprendió la más importante de las lecciones: la misión era de Dios, no suya. Moisés simplemente jugaba el papel que Dios le había asignado. *Trató de que esa lección retumbara en la cabeza de los israelitas cada año durante la Pascua, cuando recordaran la última y sangrienta noche en Egipto, cuando ningún ejército israelita se enfrentó a los poderosos egipcios. La libertad llegó en la noche más oscura mientras las familias hebreas se arrimaban alrededor de la mesa de la Pascua, con su equipaje empacado, esperando la liberación. Dios y nadie más lo hizo. Más tarde, cuando el faraón cambió de opinión y envió sus carros detrás de las tribus que huían, y todos los israelitas gemían como cobardes, Dios venció de nuevo. Dios incluso utilizó el Éxodo como una manera de describirse: «Yo soy el Dios que te sacó de Egipto».*

El mismo modelo de abyecta dependencia continuaría a través de sus andanzas por el desierto. Cuando los hebreos se quedaron sin agua, Dios proveyó. Cuando las reservas de alimentos fallaron, Dios proveyó. Cuando los invasores atacaron, Dios proveyó. La liberación fue obra de Dios, y solo suyo es el mérito.

Los años de pastorear ovejas durante su exilio en Madián habían suavizado a Moisés, y lo habían preparado para su papel de liderazgo en el Sinaí. Antes solía resolver las cosas por su propia cuenta. Las tres escenas de su juventud incluyen violencia: mató al capataz egipcio, intervino en una pelea entre sus hermanos, ahuyentó a un grupo de

pastores que acosaban a unas mujeres vulnerables (con lo que impresionó a su futura esposa). Pero aquel famoso carácter se había suavizado.

Solamente otra vez se volvió a alzar desafiante, y lo hizo ante Dios mismo: cuando rompió su bastón contra una roca enojado. «¿Quieren agua? ¡Pues les daré agua!», gritó a los quejosos sedientos. Esa equivocación le costó el sueño de su vida: la oportunidad de poner pie en la Tierra Prometida. Por un momento Moisés olvidó que la obra era de Dios y no suya, y por esa razón ahora estaba de pie sobre una alta roca delante de una multitud ansiosa en el lado del río Jordán donde no debía estar.

Mantente positivo, viejo, se dijo entre dientes. Recuerda, este es su gran día. No se lo quites. Fueron sus padres los que enojaron a Dios, no estos chicos. Dale esperanza. Permíteles celebrar.

Por más que lo intenta, no puede dejar de arremeter contra ellos. Cansado y con los pies doloridos, solo siente desilusión al recordar la última tercera parte de su vida. «Ustedes son una carga demasiado pesada», les dice y espera a que los pregoneros lo repitan. Y es cierto, son una carga: un grupo desordenado de ingratos, quejosos y mañosos del que ha tirado a través del desierto como un asno tira de un carretón montaña arriba. Apenas los sacó de Egipto, comenzaron a desear las frutas y los vegetales que habían dejado atrás. ¡Ingratos! Dios les da maná y quieren bistec. Dios hace que fluya agua de las rocas y piden ríos.

Son tercios, como el buey que resistía el yugo en Madián. A no ser que la bestia se relajara, no le podrían ajustar correctamente el yugo en el cuello. El muy tonto buey constantemente tenía llagas por su propia terquedad. Aquella tribu ha andado errante por cuarenta años en el desierto con un yugo que sube y baja en sus tercios cuellos. El horrible trayecto debió haber tomado once días, no cuarenta años.

«Ustedes no estuvieron dispuestos a ir. Ustedes se rebelaron

contra la orden del Señor su Dios. No confiaron en él.... ¡Desde que los conozco han sido rebeldes al Señor!»

Tranquilo, anciano. Déjalo ya. Recuerda que son unos niños los que tienes delante. Sus padres hicieron todo eso, no estos chicos. Pero él no puede evitarlo. Tiene cuarenta años de furia que descargar, y los padres no están allí para verterla sobre ellos.

«Por culpa de ustedes el Señor se enojó también conmigo y me dijo: "No entrarás a la tierra tampoco"». Eso es lo que verdaderamente me molesta. Cómo es que estos jóvenes van a disfrutar en la tierra que fluye con leche y miel mientras que el gran libertador, el que los soportó, el que se mantuvo con ellos cuando hasta Dios los abandonó, tiene ahora que detenerse al borde de la felicidad... y morir. No es justo. Nada de esto es justo. «Yo les di la información, pero ustedes no obedecieron. Se rebelaron contra la orden del Señor».

El discurso no está yendo bien. Moisés puede sentirlo en la multitud: las mujeres hablan entre ellas, los hombres miran hacia abajo y arrastran los pies, los niños están jugando. Esta es su última oportunidad y la está echando a perder. Sin embargo, ¿no tiene él derecho de decir lo que piensa? ¿No se lo ha ganado? A quién le importa si reaccionan correctamente ahora. Tienen que escuchar. Un día comprenderán. Un día sabrán cuánto lo han herido a él.

«Le rogué al Señor, "Déjame pasar y ver la buena tierra al otro lado del Jordán, esa hermosa región montañosa y el Líbano", pero por culpa tuya el Señor estaba enojado conmigo y no me escuchaba».

Sin duda alguna la multitud comprendió los delirios dispépticos del anciano. Los padres de todos ellos estaban enterrados en las arenas del Sinaí y pronto Moisés los acompañaría, el fin poco deshonesto de una vida de servicio. Había conocido pocos regocijos, y seguramente ellos no habían contribuido en nada, con su eterna larga

lista de problemas que le presentaban cada día. Habían chismeado acerca de él, habían desconfiado de él, y lo habían envidiado. Moisés no le caía bien a nadie. ¿Cómo puede uno relacionarse con un hombre así, cuarenta años mayor, que prefiere cuidar ovejas a cuidar personas, que se reúne a solas con Dios en una tienda?. Y él seguramente lo sabía.

Fue un largo discurso el que Moisés pronunció, tres discursos en total, y a pesar de su tendencia a expresar rencor por su mala fortuna, se componía lo suficiente para transmitir el mensaje principal, el cual se pudiera resumir en una palabra: ¡recuerden! Con los discursos de Deuteronomio, Moisés estableció la gran tradición de la memoria histórica, una tradición que su pueblo, que llegó a ser conocidos como pueblo judío, ha añorado desde entonces: «Nunca se olviden». Por más que tratemos, no podemos borrar el pasado, pero de todos modos debemos honrarlo testificando de él, recordándolo para no permitir que se repita.

Uno pensaría, dado todo lo que había ocurrido —los siglos de esclavitud, las diez plagas, el milagro del Mar Rojo, las victorias sobre las tribus a su alrededor—, que los hebreos no necesitarían un recordatorio tan pedante. ¿Olvidarse de Dios una generación después del Éxodo? ¿Cómo iban a dudar de nuevo de un Dios como aquel? Sin embargo, Moisés sabía por intuición que el sencillo hecho de recordar requeriría actos de concentración diarios.

Pero ten cuidado de no olvidar al SEÑOR tu Dios. No dejes de cumplir sus mandamientos, normas y preceptos que yo te mando hoy. Y cuando hayas comido y te hayas saciado, cuando hayas edificado casas cómodas y las habites, cuando se hayan multiplicado tus ganados y tus rebaños, y hayan aumentado tu plata y tu oro y sean abundantes tus riquezas, no te vuelvas orgulloso ni olvides al Señor tu Dios, quien te sacó de Egipto, la tierra donde viviste como esclavo. El Señor te guió a través del vasto y horrible desierto, esa tierra

reseca y sedienta, llena de serpientes venenosas y escorpiones; te dio el agua que hizo brotar de la más dura roca; en el desierto te alimentó con maná, comida que jamás conocieron tus antepasados. Así te humilló y te puso a prueba, para que a fin de cuentas te fuera bien. No se te ocurra pensar: «Esta riqueza es fruto de mi poder y de la fuerza de mis manos.» Recuerda al SEÑOR tu Dios, porque es él quien te da el poder para producir esa riqueza; así ha confirmado hoy el pacto que bajo juramento hizo con tus antepasados.

Aparentemente, nada molesta a Dios más que el sencillo hecho de que lo olviden. Durante los años de vagar por el desierto, forzados a depender de Dios diariamente, los hebreos no tenían el lujo de olvidarlo. Dios daba de comer a los israelitas, los vestía, planeaba su itinerario diario, y peleaba sus batallas. Ningún hebreo cuestionó la existencia de Dios en esos días, porque él revoloteaba sobre ellos en una columna de nube y una columna de fuego.

Sin embargo, Dios pronto abandonaría ese papel paternal sofocante. Desde el primer día que comieran el fruto de la Tierra Prometida, el maná cesaría. En adelante deberían cultivar su propia tierra y plantar sus propias cosechas. Construirían ciudades, pelearían guerras, nombrarían un rey. Prosperarían y se pondrían gordos. Confiarían en sus ejércitos y sus carros en lugar de confiar en su Dios, y olvidarían las lecciones infligidas al poderoso Egipto. Discriminarían al pobre y al extranjero, olvidándose que ellos mismos una vez fueron ambos. En pocas palabras, olvidarían a Dios.

Grábate en el corazón estas palabras que hoy te mando. Incúlcaselas continuamente a tus hijos. Háblales de ellas cuando estés en tu casa y cuando vayas por el camino, cuando te acuestes y cuando te levantes. Átalas a tus manos como un signo; llévalas en tu frente como una marca; escrí-

belas en los postes de tu casa y en los portones de tus ciudades.

EL SEÑOR TU DIOS TE HARÁ ENTRAR EN LA TIERRA QUE LES JURÓ A TUS ANTEPASADOS ABRAHAM, ISAAC Y JACOB. ES UNA TIERRA CON CIUDADES GRANDES Y PRÓSPERAS QUE TÚ NO EDIFICASTE, CON CASAS LLENAS DE TODA CLASE DE BIENES QUE TÚ NO ACUMULASTE; CON CISTERNAS QUE NO CAVASTE, Y CON VIÑAS Y OLIVARES QUE NO PLANTASTE. CUANDO COMAS DE ELLAS Y TE SACIES, CUÍDATE DE NO OLVIDARTE DEL SEÑOR, que te sacó de Egipto, la tierra donde viviste en esclavitud.

El éxito, no el fracaso, es el mayor peligro que enfrenta cualquier discípulo de Dios, como Moisés bien sabía. Había andado alrededor del desierto por cuarenta años en castigo por la inhabilidad de los israelitas de manejar el éxito del Éxodo. Cada caída significativa en su vida llegó cuando tomó el poder por sí mismo, al matar a un egipcio, al golpear una roca en el desierto en lugar de confiar en Dios.

En cambio, quizás su mayor victoria militar fue cuando tomó un papel casi bufonesco. Sin ser un general al frente de sus tropas, Moisés se situó encima de una colina cercana, con las manos en alto como un fanático religioso. Mientras él las extendía hacia Dios, los israelitas prevalecían; cuando bajaba las manos, los amalecitas prevalecían. Al final del día, el ya muy cansado Moisés se sentó en una roca con cada brazo extendido sujeto por un ayudante. La fortaleza de Dios se perfecciona en la debilidad.

De alguna manera, el simple hecho de hablar de la amargura la suaviza un poco. Seguramente ha habido buenos momentos, Moisés recuerda. Ha tenido a Dios a su lado a cada paso del camino, y aun cuando siente como que solamente Dios lo apoya, eso le es su-

ficiente. Cuando Coré y su grupo se rebelaron contra él, en los viejos tiempos hubiera tomado una espada y los hubiera atravesado; pero sencillamente esperó a que Dios lo resolviera. Más tarde, cuando sus propios hermanos se volvieron contra él y se burlaron de su esposa africana, también se hizo a un lado y permitió que Dios administrara la justicia. Y Dios lo hizo, y propinó a Aarón y a Miriam la paliza de sus vidas. «Con él hablo cara a cara», Dios dijo de Moisés con voz de trueno. «¿Cómo se atreven a murmurar contra mi siervo Moisés?» Moisés había inclinado la cabeza y se había sonrojado.

Una vez, Moisés escuchó a alguien hablar sobre «el más humilde que cualquier otro sobre la tierra», y se asombró al saber que *estaban hablando de él! Su madre y el faraón jamás hubieran dicho eso*, se dijo Moisés riendo por dentro. Quizás Dios tampoco. ¿Manso? ¿Humilde? Imagínese.

A través de los años Moisés ha aprendido algo tan dulce, extraño y misterioso que solamente una palabra apenas expresa un poco su significado: gracia. Un regalo inmerecido de Dios. Ha aprendido que Dios lo ama a pesar de sus fracasos, con un amor puro, persistente y eterno. Después de más de un siglo de vida, Moisés se ha dado por vencido de tratar de comprender lo que Dios ve en él. O lo que ve en el resto de los hebreos al respecto. Sencillamente lo acepta y da gracias.

Moisés toma un largo trago de agua de una bolsa de piel de cabra, se moja los labios, y aclara su garganta. «Escuchen. Presten atención. Esto es lo que quiero que recuerden. Aun si se olvidan de todo lo demás que digo, piensen en esto». Otra pausa, otro trago. La multitud se tranquiliza, pues detecta un cambio en la voz de Moisés. Una expresión de éxtasis cruza su rostro que casi lo hace resplandecer. Ellos conocen esa expresión; la vieron cuando Moisés emergía de la tienda sagrada después de sus reuniones con Dios.

El SEÑOR se encariñó contigo y te eligió, aunque no eras el pueblo más numeroso sino el más insignificante de todos. Lo hizo porque te ama y quería cumplir su juramento a tus antepasados; por eso te rescató del poder del faraón, el rey de Egipto, y te sacó de la esclavitud con gran despliegue de fuerza. Reconoce por tanto, que el SEÑOR tu Dios es el Dios verdadero, el Dios fiel, que cumple su pacto generación tras generación, y muestra su fiel amor a quienes lo aman y obedecen sus mandamientos.

Moisés se está calentando para el mensaje, y su voz cansada aumenta en tono y en volumen.

Al SEÑOR tu Dios le pertenecen los cielos y lo más alto de los cielos, la tierra y todo lo que hay en ella. Sin embargo, él se encariñó con tus antepasados y los amó; y a ti, que eres su descendencia, te eligió entre todos los pueblos, como lo vemos hoy. ... Él es el motivo de tu alabanza; él es tu Dios, el que hizo en tu favor las grandes y maravillosas hazañas que tú mismo presenciaste. Setenta eran los antepasados tuyos que bajaron a Egipto, y ahora el SEÑOR tu Dios te ha hecho un pueblo tan numeroso como las estrellas del cielo.

«Como las estrellas del cielo». Le gusta eso. ¿No se lo prometió Dios a Abraham? La profecía hecha realidad está frente a sus propios ojos. Ellos habrán murmurado y se habrán rebelado y habrán sido la causa de que la generación anterior tuviera una muerte prematura, pero allí estaban ellos, los israelitas. El pueblo elegido de Dios, sus «tesoros peculiares» reunidos en la misma frontera de la nueva tierra.

Moisés bebe de nuevo de la bolsa de piel de cabra, y permite

que asimilen las palabras. Están respondiendo con un tono positivo. ¿Quién no desea oír que Dios lo ama?

La primera vez que Moisés tuvo un encuentro cercano con Dios se quedó sin habla. Escondió el rostro con vergüenza y temor. Sin embargo, después de cuarenta años de aquellos encuentros, él y Dios habían llegado a ser —¿podría decirlo?— amigos. Discute con Dios, y hasta regatea con él. Pierde algunas veces, como con su petición de entrar a la Tierra Prometida, pero algunas veces gana, como la vez que Dios está punto de cancelar todo el proyecto hasta que Moisés lo convence de no hacerlo.

Moisés ignora sus notas y comienza a divagar, y le recuerda a la multitud eso, su mejor momento. Después de tres días de trayecto de Egipto ya están quejándose del agua; un mes más tarde se habían olvidado de los látigos y estaban lloriqueando acerca de los higos y las granadas de Egipto; después, un mes más tarde, en el momento más santo en la vida de Moisés, descendió de la nube para encontrarse una escena que le provocó náuseas. Había estado reunido con Dios en la montaña sagrada, recibiendo las tablas de piedra inscritas por la propia mano de Dios. Cuando bajó, con el rostro resplandeciente como un farol, los encontró divirtiéndose ruidosamente alrededor de un becerro de oro, un ídolo egipcio. Ya era demasiado. Se hubiera divorciado de su pueblo inmediatamente excepto que Dios tomó esa decisión primero.

De repente, Moisés era lo único que prevenía la aniquilación de hasta el último de los hebreos. Dios estaba dispuesto a hacerlo. Moisés arrojó las tablas de la ley, las hizo pedazos, y después se inclinó hasta el suelo. Se quedó postrado por cuarenta días y cuarenta noches, un día de penitencia por cada día que había estado con Dios en la montaña sagrada. No comió pan y no bebió agua, y todo el día los hebreos cautelosamente caminaban alrededor de su cuerpo inmóvil, preguntándose si había muerto, preguntándose si ahora ellos morirían. Ciertamente hubieran muerto, si Moisés no hubiera intercedido a su favor ante Dios.

«Tú no te metas. Yo voy a descargar mi ira sobre ellos, y los voy a destruir. Pero de ti haré una gran nación». Esta es una oferta tentadora que Dios le hizo. Pero Moisés no iba a dejar a Dios tranquilo. Discutió, suplicó, lloriqueó. Apeló a la misericordia de Dios, a su orgullo, a su reputación. Le rogó a Dios que lo tomara a él, Moisés, en su lugar y permitiera que los otros vivieran. Le recordó a Dios de sus favoritos: Abraham, Isaac, y Jacob. Al final Dios se aplacó. Le permitió a Moisés vislumbrarlo, algo que nadie en la tierra jamás había podido hacer. Dios estableció un nuevo pacto, en el que estuvo de acuerdo en acompañar a su pueblo a la Tierra Prometida.

Aunque fue criado entre los egipcios y sus dioses con forma de animales, Moisés redescubrió un hecho fundamental acerca de Dios que se había olvidado durante los cuatrocientos años de silencio: Dios es una persona. Durante los años de silencio, los hebreos pensaban en Dios, si lo hacían, como un misterio inefable, distante e inaccesible que mostraba poco interés sobre lo que estaba ocurriendo en la tierra. Moisés recordó a los hebreos que Dios es tan personal como ellos mismos; es más, su propia «identidad como personas» era una ligera reflexión de cómo era Dios.

Cuando Dios hace una lista de mandamientos, el *amor* ocupa el primer lugar, y es la base de toda su relación con la humanidad. Dios se reúne en una tienda y discute política, como un hombre habla con un amigo. Escucha y debate. También siente dolor. Cuando lo dejan plantado, sufre como cualquier amante herido. Amenaza, y después se retracta. Negocia y firma contratos.

Esta última realidad, por encima de todo, separaba a los hebreos de todos sus vecinos. Aun los altivos egipcios vivían con temor de sus caprichosos dioses. Los cananeos sacrificaban niños para calmar a sus impredecibles dioses. Pero el Dios de los hebreos resultó estar dispuesto a firmar un contrato que detallaba exactamente lo que esperaba de su pueblo, y lo que prometía a cambio.

Excepto por los judíos ortodoxos, no muchas personas hoy en día dedican tiempo al código legal documentado en Éxodo, Levítico y Deuteronomio. Las leyes parecen repetitivas e irrelevantes en general para la sociedad moderna. Sin embargo, como Deuteronomio describe muy claramente, estas leyes sencillamente establecen los límites de una relación grandemente desigual: entre un Dios impresionante y santo, y un pueblo ordinario propenso al fracaso y a la rebelión.

Años más tarde, Moisés sabía, algunos cuestionarían algunas leyes específicas del contrato. Moisés anticipó tal pregunta:

En el futuro, cuando tu hijo te pregunte: «¿Qué significan los mandatos, preceptos y normas que el SEÑOR nuestro Dios les mandó?», le responderás: «En Egipto nosotros éramos esclavos del faraón, pero el SEÑOR nos sacó de allá con gran despliegue de fuerza. Ante nuestros propios ojos, el SEÑOR realizó grandes señales y terribles prodigios en contra de Egipto, del faraón y de toda su familia. Y nos sacó de allá para conducirnos a la tierra que a nuestros antepasados había jurado que nos daría. El SEÑOR nuestro Dios nos mandó temerle y obedecer estos preceptos, para que siempre nos vaya bien y sigamos con vida. Y así ha sido hasta hoy. Y si obedecemos fielmente todos estos mandamientos ante el SEÑOR nuestro Dios, tal como nos lo ha ordenado, entonces seremos justos».

En resumen, Dios dio las leyes para el bienestar de los hebreos. Su prosperidad, su propia supervivencia dependían de este contrato. Moisés describió con gran detalle a lo que Dios se comprometía. Las esposas israelitas tendrían muchos niños, todas sus cosechas producirían abundantemente, el ganado y las ovejas se multiplicarían. Hasta incluyó esta extraordinaria promesa: «El SEÑOR te mantendrá libre de toda enfermedad». Para que los israelitas recibieran estos benefi-

cios, Dios les pidió solo una cosa; algo grande, según resultó: cumplan el pacto establecido en el contrato.

Dios tenía una relación sin precedentes con una banda de refugiados que vagaron por el Sinaí por cuarenta años. Moisés, para empezar, no parecía poder salir de su asombro: «Investiga de un extremo a otro del cielo. ¿Ha sucedido algo así de grandioso, o se ha sabido alguna vez de algo semejante? ¿Qué dios ha intentado entrar en una nación y tomarla para sí ... como lo hizo por ti el SEÑOR tu Dios en Egipto, ante tus propios ojos?»

Más tarde, la nación pasaría a través de tiempos como los de Job que la llevaron a dudar del contrato mismo. Su fe confrontaría cuestiones de injusticia y sentimientos de haber sido abandonados. Ahora, en este momento, sin embargo, el maravilloso plan se estaba cumpliendo. Dios, el elector soberano, el constante cumplidor de promesas, estaba llevando a su pueblo elegido a la Tierra Prometida.

La voz de Moisés se está cansando. Cada vez sus pausas son más frecuentes. Hay tan poco tiempo. Cuando comenzó a hablar, sentía que podía posponer la muerte si continuaba hablando y hablando. Ya casi no le importa. La fatiga le ha adormecido la vida. Lo ha dicho todo y más, ha divagado, ha repetido, y algunas veces se ha echado a llorar cuando no debía.

En realidad, ¿qué recordarán? Los escribas están escribiendo esas palabras para la posteridad, pero contra los enemigos que los hebreos encontrarán pronto, las palabras son aliados frágiles.

Una idea. En Egipto utilizaban piedras como monumentos. En columnas, obeliscos y muros de piedra escribían las hazañas del faraón y documentaban las leyes del imperio. Cuando un criminal aducía ignorancia, simplemente lo arrastraban a la piedra y le señalaban la ley que había violado. ¿Y si los hebreos hicieran eso?

«¡Háganlo!» ordenó Moisés. «Después de cruzar el Jordán y de entrar en la tierra que el SEÑOR tu Dios te da, levantarás unas piedras grandes, las revocarás con cal, y escribirás sobre ellas todas

las palabras de esta ley. ... Cuando hayas cruzado el Jordán, colocarás esas piedras sobre el monte Ebal y las revocarás con cal, tal como te lo ordeno hoy».

Es un comienzo, por lo menos. ¿Qué más? ¿Cómo puede impresionar en ese pueblo la importancia de un contrato con el Dios Todopoderoso? Tuvo otra idea. Moisés asigna a la tribu de los levitas la tarea de gritar las leyes. «Maldito sea quien altere los límites de la propiedad de su prójimo». Y todo el pueblo dirá «¡Amén!», para que no tengan excusa. Hazlos ratificar este pacto punto por punto, en voz alta.

Después Moisés designa dos «coros» antifonarios. Estos no tienen melodía sino el tono discordante de las palabras que gritan. Al otro lado del río Jordán, dos montañas forman un anfiteatro natural. Sobre el monte Guerizín seis tribus de «optimistas» estarán para recitar las bendiciones.

El SEÑOR te concederá la victoria sobre tus enemigos. Avanzarán contra ti en perfecta formación, pero huirán en desbandada.

El SEÑOR abrirá los cielos, su generoso tesoro, para derramar a su debido tiempo la lluvia sobre la tierra y para bendecir todo el trabajo de tus manos. Tú les prestarás a muchas naciones, pero no tomarás prestado de nadie. El SEÑOR te pondrá a la cabeza, nunca en la cola. Siempre estarás en la cima, nunca en el fondo, con tal de que prestes atención a los mandamientos del SEÑOR tu Dios que hoy te mando, y los obedezcas con cuidado.

Más garantías en ese sentido: victoria en la guerra, buen tiempo, una economía en auge, salud, prosperidad. Todo líder promete esas cosas, desde luego, pero en este caso Dios mismo ha firmado el contrato. Esto debe impresionarlos.

Conociendo a este pueblo, ellos también necesitarán algunas

advertencias. Es más, muchas más advertencias. Soltemos las maldiciones. No las retengan; que lluevan las maldiciones. Disparen. Asístenlos para que el pecado salga de ellos.

El SEÑOR te castigará con epidemias mortales, fiebres malignas e inflamaciones, con calor sofocante y sequía, y con plagas y pestes sobre tus cultivos. Te hostigará hasta que perezcas. Sobre tu cabeza, el cielo será como bronce; bajo tus pies, la tierra será como hierro. En lugar de lluvia, el SEÑOR enviará sobre tus campos polvo y arena; del cielo lloverá ceniza, hasta que seas aniquilado.

El SEÑOR hará que te derroten tus enemigos. Avanzarás contra ellos en perfecta formación, pero huirás en desbandada. ¡Todos los reinos de la tierra te humillarán! Tu cadáver servirá de alimento a las aves de los cielos y a las bestias de la tierra, y no habrá quien las espante.

El SEÑOR te afligirá con tumores y úlceras, como las de Egipto, y con sarna y comezón, y no podrás sanar.

El SEÑOR te hará sufrir de locura, ceguera y delirio. En pleno día andarás a tientas, como ciego en la oscuridad. Fracasarás en todo lo que hagas; día tras día serás oprimido; te robarán y no habrá nadie que te socorra.

Dios, ¿de veras? ¿Puedes tú abandonar a tu pueblo de esta manera? Moisés lo ve tan claramente que las rodillas le flaquean y el corazón le palpita de forma irregular. Pero casi no puede creer que esas cosas le sucederán al pueblo que Dios ama.

Todas estas maldiciones caerán sobre ti. ... pues no serviste al SEÑOR tu Dios con gozo y alegría cuando tenías de todo en abundancia. Por eso sufrirás hambre y sed, desnudez y pobreza extrema, y serás esclavo de los enemigos que el SEÑOR enviará contra ti.

Tal será tu sufrimiento durante el sitio de la ciudad,

que acabarás comiéndote el fruto de tu vientre, la carne misma de los hijos y las hijas que el SEÑOR tu Dios te ha dado! Aun el más tierno y sensible de tus hombres no tendrá compasión de su propio hermano, ni de la esposa que ama, ni de los hijos que todavía le queden, a tal grado que no compartirá con ellos nada de la carne de sus hijos que esté comiendo, pues será todo lo que le quede. Tal será la angustia que te hará sentir tu enemigo durante el asedio de todas tus ciudades, que aun la más tierna y sensible de tus mujeres, tan sensible y tierna que no se atrevería a rozar el suelo con la planta de los pies, no tendrá compasión de su propio esposo al que ama, ni de sus hijos ni de sus hijas. No compartirá el hijo que acaba de parir, ni su placenta, sino que se los comerá en secreto, pues será lo único que le quede. ¡Tal será la angustia que te hará sentir tu enemigo durante el asedio de todas tus ciudades!

Moisés ve el asedio del enemigo como si estuviera ocurriendo delante de él. Ve el montón de cuerpos, los padres peleándose por los cadáveres de sus hijos. Las bellas doncellas judías convertidas en brujas demacradas. Ah, si sus ojos le fallaran para no ver esta visión. Si los hebreos se volvieran sordos y no escucharan estas maldiciones. Pero deben escucharlas, deben hacerlo. Conocerlas es la única forma de prevenirlas.

El SEÑOR te dispersará entre todas las naciones, de uno al otro extremo de la tierra. ... El SEÑOR mantendrá angustiado tu corazón; tus ojos se cansarán de anhelar, y tu corazón perderá toda esperanza. Noche y día vivirás en constante zozobra, lleno de terror y nunca seguro de tu vida. Debido a las visiones que tendrás y al terror que se apoderará de ti, dirás en la mañana: «¡Si tan sólo fuera de noche!», y en la noche: «¡Si tan sólo fuera de día!» Y aun-

que el SEÑOR te prometió que jamás volverías por el camino de Egipto, te hará volver en barcos. Allá te ofrecerás a tus enemigos como esclavo, y no habrá nadie que quiera comprarte.»

Moisés no puede continuar. ¿Qué más puede decir? El horror se apodera de él al pronunciar las palabras: el horror de la verdad. Su voz se ha reducido a un susurro. Lo que comunica como advertencias alarmantes para prevenir a su pueblo del pecado son, él lo sabe, profecías directas. Les está relatando por adelantado la historia de un pueblo que romperá su pacto con Dios, no una sola vez, sino una y otra vez.

«Hoy te doy a elegir entre la vida y la muerte, entre el bien y el mal», Moisés grita, casi chillando en el aire que de repente se ha calmado. «Hoy pongo al cielo y a la tierra por testigos contra ti, de que te he dado a elegir entre la vida y la muerte, entre la bendición y la maldición. Elige, pues, la vida, para que vivan tú y tus descendientes ... porque de él depende tu vida».

Agotado, sin voz, el anciano se desploma en los brazos de sus asistentes, y nadie en aquella vasta multitud hace ruido alguno mientras lo bajan cuidadosamente de la roca hacia otros que lo esperan abajo en la tierra.

Más que nada, Dios anhelaba que el pacto con los hebreos tuviera éxito: «¡Ojalá su corazón esté siempre dispuesto a temerme y a cumplir todos mis mandamientos, para que a ellos y a sus hijos siempre les vaya bien!» él le dijo a Moisés. Sin embargo, las constantes rebeliones en el desierto habían causado muchas víctimas. Después del Sinaí aun Dios hablaba del futuro con un tono de resignación o casi de fatalismo, como el padre de un drogadicto que no puede hacer nada para evitar que su hijo se autodestruya.

Las lecciones de memoria en dos pasos no eran suficientes. A pe-

sar de la condición exhausta de Moisés, Dios requería una tarea más de él, una misión verdaderamente rara. Escribe un cántico, dijo Dios, y haz que los israelitas se lo aprendan como testimonio para la historia. Las leyes escritas en piedra y cal, las maldiciones y las bendiciones proclamadas desde lo alto de la montaña: estas escenas y sonidos se apagarán. Haz que ellos, todos ellos, aprendan de memoria mis palabras. Taládrales el mensaje dentro de ellos.

El cántico que aparece en Deuteronomio 32 pone música al punto de vista de Dios: la historia de un padre afligido hasta el punto de desertar. Así que al nacimiento de su nación, eufóricos por haber cruzado el río Jordán, los israelitas estrenaron un tipo de himno nacional, el himno nacional más raro que jamás se había cantado. Prácticamente no tenía palabras de esperanza, sino solo de ruina.

Cantaron primero de los tiempos favoritos, cuando Dios los encontró en una lúgubre tierra baldía y los atesoró como la niña de sus ojos. Cantaron de la espantosa traición que vendría, cuando ellos se olvidarían del Dios que les dio vida. Cantaron de las calamidades que los afligirían, de hambre consumidora, plaga mortal flechas manchadas de sangre. Con esta música agri dulce resonando en sus oídos, marcharon a la Tierra Prometida.

«Yo he estado en la cima de la montaña», dijo Martin Luther King, Jr. en su discurso final, haciendo una alusión evocadora a Moisés. «[Dios] me ha permitido subir a la montaña, y he mirado al otro lado, y he visto la tierra prometida. Quizás no llegue allá con ustedes. Pero quiero que sepan esta noche que nosotros, como un pueblo llegaremos a la tierra prometida. Así que estoy contento esta noche. ... Mis ojos han visto la gloria de la venida del Señor». Después de ese discurso King regresó a su habitación del hotel, lo alcanzó la bala de un asesino, y murió en un charco de sangre.

El mismo día en que Moisés enseñó a los israelitas el cántico melancólico de su futuro, subió al monte Nebo, entrecerró los ojos contra el sol, y miró fijamente en todas direcciones hasta donde le

alcanzaba la vista. Había subido a la montaña. Había visto la Tierra Prometida. Allí en su frontera, Moisés murió.

Deuteronomio añade este encomio: «Desde entonces no volvió a surgir en Israel otro profeta como Moisés con quien el SEÑOR tenía trato directo. Sólo Moisés hizo todas aquellas señales y prodigios que el SEÑOR le mandó realizar en Egipto ante el faraón, sus funcionarios y todo su país. Nadie ha demostrado jamás tener un poder tan extraordinario, ni ha sido capaz de realizar las proezas que hizo Moisés ante todo Israel».

Moisés fue su predicador, historiador, soldado, profeta, juez, político, sacerdote. Siglos más tarde otro escritor judío, Elie Wiesel elaboró sobre la aportación de Moisés:

Moisés, el héroe más solitario y más poderoso en la historia bíblica. La inmensidad de su tarea y el alcance de su experiencia imponen nuestra admiración, nuestra reverencia, nuestro asombro. Moisés, el hombre que cambió por sí solo el curso de la historia; su aparición se volvió el momento decisivo. Después de él nada fue igual de nuevo.

No nos sorprende que ocupe un lugar especial en la tradición judía. Su pasión por la justicia social, su lucha por la liberación nacional, sus triunfos y desilusiones, su inspiración poética, sus dones como estratega y su genio organizativo, su relación compleja con Dios y con su pueblo, sus requisitos y promesas, sus condenaciones y bendiciones, sus explosiones de enojo, sus silencios, sus esfuerzos por conciliar la ley con la compasión, la autoridad con la integridad; nunca, en ningún lugar, ningún individuo alcanzó tanto para tanta gente en tantos campos diferentes. Su influencia es ilimitada, reverbera más allá del tiempo. La Ley lleva su nombre, el Talmud no es más que su comentario y la Cábala solamente comunica su silencio.

—*Messengers of God* [Mensajeros de Dios]

Después de Moisés, nada fue igual. Un hombre vino a representar a su pueblo, y con buena razón. Adoptado por un padre imperial, castigado por su imprudencia, sentenciado a vagar cuarenta años en el desierto, perdonado, restaurado, seleccionado específicamente para una tarea imposible, acompañado por la irresistible presencia de Dios a cada paso, la historia personal de Moisés representa de nuevo, en miniatura, la historia de su pueblo.

Los lectores modernos, entusiasmados por la emoción del Éxodo, prestan muy poca atención a los cuatrocientos años de sufrimiento que lo precedieron, o los tremendos fracasos en el Sinaí y en la Tierra Prometida que lo sucedieron. Por eso es que la Biblia incluye a Deuteronomio en primer lugar, y por eso especialmente los americanos optimistas le deben prestar mayor atención.

Otros han adoptado partes del mensaje de Moisés, pero ninguno lo ha comprendido bien. Libertadores de todo tipo, desde marxistas hasta esclavos americanos y comunidades de base en Latinoamérica, se han apropiado del lenguaje del Éxodo. Sin embargo, a todos les falta el realismo pródigo de Moisés. Se dejan llevar por promesas utópicas de una Tierra Prometida que nunca ha existido, y nunca lo será, antes de la eternidad:

Ah Canaán, dulce Canaán,
Voy camino a la tierra de Canaán.

Voy a descansar mi espada y mi escudo,
Junto a la orilla del río,
Ya no voy a estudiar más la guerra.

A menudo estos utópicos terminan creando un sistema político más tiránico que el sistema del cual buscaban liberación. Las colonias africanas expulsaron a los imperialistas solo para encontrar nuevas crisis de tribalismo e independencia. Pequeños países se escapan de

las oscuras sombras de la Unión Soviética para pronto desintegrarse en una guerra civil. El Antiguo Testamento debería serles de advertencia: no lea Éxodo sin leer también Deuteronomio. Eso evitaría mucho desencanto, para políticos y también para predicadores.

Los cristianos excesivamente devotos también han adoptado el lenguaje de Moisés para describir una Vida Cristiana Victoriosa al otro lado del río Jordán:

En las tormentosas riberas del Jordán me detengo,
Y echo una mirada ansiosa
A la tierra bella y alegre de Canaán
Donde mis posesiones están.

Ningún viento helado, ni respirar venenoso
Puede alcanzar esa orilla saludable;
La enfermedad y la angustia, el dolor y la muerte,
Ya no se sienten ni se temen.

Tales visiones pintan a Egipto como una tierra oscura de «lugares de perdición», y al desierto como una prueba por suplicio que es necesario atravesar antes de llegar finalmente a la Tierra Prometida bañada por el sol. Los últimos siete capítulos de Deuteronomio deben desengañarnos de esa idea para siempre. La vida con Dios nunca es tan fácil, tan estable, para ninguno de nosotros. No lo fue para los hebreos en aquel entonces, y tampoco lo es para nosotros viviendo hoy en día. El peregrino debe continuar progresando, cuesta arriba, encontrando nuevos enemigos alrededor de cada curva.

Moisés era singularmente el mayor realista acerca de la vida con Dios. Un primer profeta, él dio el mensaje de Dios al pueblo, nunca diluyéndolo o desmintiéndolo. Un primer sacerdote, él representó al pueblo ante Dios con pasión, convicción y amor. Él no hizo promesas de finales felices (su propia vida no tenía ninguno), y sin embargo nunca miró hacia atrás con remordimiento. Los lujos de Egipto y la

comodidad solitaria de una vida de nómada habían perdido su atractivo. Él pertenecía a su pueblo, al grupo entero de ellos, hormigueantes y gruñones, y a su Dios, al que había llegado a conocer como a un amigo, cara a cara.

«El SEÑOR es clemente y compasivo, lento para la ira y grande en amor», cantaba un salmista años más tarde, citando palabras que Moisés anteriormente había dado a su pueblo. Esa oración es aún orada cada mañana y cada noche por los judíos alrededor del mundo. Dios ha atado su amor en un pacto, para que aunque las emociones suban o bajen, al final de todo el amor siempre prevalezca.

No sostiene para siempre su querella
ni guarda rencor eternamente. ...
Tan grande es su amor por los que le temen
como alto es el cielo sobre la tierra.
Tan lejos de nosotros echó nuestras transgresiones
como lejos del oriente está el occidente.
Tan compasivo es el SEÑOR con los que le temen
como lo es un padre con sus hijos.
Él conoce nuestra condición;
sabe que somos de barro.

Polvo, *hapiru*, «los polvorientos», la antigua palabra jergal egipcia con que se referían a los hebreos: Dios recuerda que somos polvo. Como Moisés enseñó tan claramente, la maldad no se podía impedir y el castigo era inevitable. Pero tenemos un Dios que conscientemente se olvida de nuestro pecado y conscientemente recuerda nuestra debilidad. Tenemos un Dios que viaja a nuestro lado, que *habita en un tabernáculo* entre nosotros a través del vasto y espantoso desierto. Tenemos un Dios de gracia, que ama aun a los polvorientos, especialmente a los polvorientos.



Hay dos epílogos a los tristes y elocuentes discursos de Moisés en Deuteronomio. El primero implica un acontecimiento que ocurrió después que las nefastas predicciones de Moisés acerca de su pueblo se habían hecho realidad. Después de la muerte de Moisés, los hebreos cruzaron el Jordán, conquistaron Canaán, edificaron ciudades, se hicieron fuertes y prósperos, y rápidamente se olvidaron de Dios. La nación se dividió en dos, los invasores vinieron, Jerusalén cayó bajo un sitio, y las escenas de horror que Moisés predijo, donde los padres se comían a sus hijos, se volvieron parte de la historia documentada. Una vez más Dios intervino con una liberación milagrosa, y dio a su pueblo otra oportunidad.

Dos reyes más tarde, el niño rey Josías tuvo la idea nostálgica de reparar el templo y reanudar algunas de las antiguas prácticas religiosas. La ciudad santa de Dios se había hundido a profundidades históricas. El templo destacaba ídolos, prostitutos sagrados y caballos esculpidos dedicados a los adoradores del sol. En un valle cercano, el pueblo quemaba a sus hijos en sacrificio al dios Moloc. Todas las escrituras sagradas habían desaparecido; el Dios de Abraham, Isaac y Jacob, el Dios de Moisés, era un recuerdo tenue. Mientras hurgaban a través de los escombros, el sumo sacerdote encontró el «Libro de la ley», que con toda probabilidad consistía de porciones de Deuteronomio.

Segunda de Reyes 22-23 cuenta la dramática historia de lo que sucedió después: una limpieza espiritual y un avivamiento que tiene pocos precedentes en la historia. El rey lloró, se rasgó las vestiduras y ordenó que se restaurara la ley de Moisés en la nación. Al final de esta revolución de creencia, Josías convocó a que se reuniera la nación entera y celebraron la Pascua. «Desde la época de los jueces que gobernaron a Israel hasta la de los reyes de Israel y de Judá, no se había celebrado una Pascua semejante». Moisés quizás nunca haya entrado a la Tierra Prometida, pero su espíritu continuaba viviendo, y llevó renovación, esperanza y literalmente salvación a los descendientes de las personas que guió hasta la frontera.

El segundo epílogo aparece en el Nuevo Testamento. Jesús conocía bien Deuteronomio: durante su estancia en el desierto, lo citó tres veces para hacer frente a las tentaciones de Satanás. Más tarde, en un momento crucial en su ministerio, subió a una alta montaña para reunirse con Dios el Padre. Al igual que cuando Moisés se reunió con Dios en la montaña sagrada, la apariencia de Jesús cambió. «Allí se transfiguró en presencia de ellos; su rostro resplandeció como el sol, ... Su ropa se volvió de un blanco resplandeciente como nadie en el mundo podría blanquearla».

Pedro y Juan retrocedieron, aturcidos por la escena. Una voz retumbó desde el cielo y de repente, allí en la cima de la montaña, ante ellos, se aparecieron dos gigantes de la historia israelita. Inmediatamente reconocieron a Elías, el temible profeta obrador de milagros cuyo regreso todo judío anticipaba. Junto a él, no podía ser otro, estaba Moisés, envuelto en una conversación informal con Jesús.

Pedro se emocionó tanto que torpemente propuso levantar albergues para alentar a los visitantes celestiales a quedarse. Jesús calmó a sus tres discípulos, y después los guió a bajar la montaña de regreso a la tierra. El milagro le dio nueva energía y audacia para enfrentarse a los días difíciles que vendrían.

La escena de la transfiguración de Jesús contiene un hecho que los cristianos a menudo pasan por alto, pero que es conmovedor para cualquier judío. En aquel momento de tierna misericordia, Moisés finalmente alcanzó el sueño de su vida. Estaba de pie en la cima de la montaña en el mismo centro de la tierra Prometida. Efectivamente, Dios recuerda a los polvorientos, los más mansos y los más grandes.

CUATRO

Salmos: Espiritualidad en cada tono

Si los Salmos han sido una fuente de instrucción espiritual y consuelo para muchos buscadores, también han llenado a otros con molestia y desconcierto. Hay un desorden, una turbulencia, una contracorriente de misterio en estas oraciones antiguas.

—JOHN S. MOGABGAB

Tengo que hacer una confesión. Por muchos años evité el libro de los Salmos. Sabía que muchos cristianos lo veían como su libro bíblico favorito, que la Iglesia había incorporado esos poemas en la adoración pública, y que las connotaciones de la Versión Reina Valera de los Salmos aún reverberaban bellamente en el idioma. Hasta el día de hoy, muchas ediciones del Nuevo Testamento incluyen también los Salmos, es como que representa un núcleo indispensable de nuestra fe. Sin embargo, por más que trataba, nunca me podía emocionar de veras al leer los Salmos.

Las personas a mi alrededor utilizaban el libro como un botiquín espiritual: «Si se siente deprimido, lea el Salmo 37; si tiene problemas de salud, lea el Salmo 121». Esto nunca funcionó para mí. Con una regularidad extraordinaria yo terminaba en un salmo que agravaba mi problema en lugar de curarlo. Martin Marty estima que al menos la mitad de los salmos tienen un tono «glacial», y cuando me sentía desanimado volteaba de manera accidental a uno de los más glaciales y terminaba congelado de depresión. «Algunos llegamos hasta los setenta años, quizás alcancemos hasta los ochenta, si las fuerzas nos acompañan», oraba Moisés en uno de esos salmos. «Tantos años de vida, sin embargo, sólo traen pesadas cargas y calamidades».

Preocupado por mi mala actitud, un verano hice un experimento. Yo estaba programado a pasarme el mes de junio en Breckenridge, Colorado, una ciudad de ensueño situada como a tres kilómetros de altura en las Montañas Rocosas. Decidí levantarme temprano cada mañana, conducir unos pocos kilómetros fuera de la ciudad a algún lugar solitario del monte, y allí leer diez salmos consecutivos. Seguramente, pensé, el amanecer en las montañas y el magnífico paisaje para mis meditaciones derretiría el bloqueo que siempre me había impedido leer los Salmos.

Cada día escuchaba a los pájaros anunciar su despertar y observaba al sol cuando cambiaba los picos cubiertos de nieve de las montañas color de rosa, después naranja, y después un blanco resplandeciente. Una mañana, yo estaba sentado junto a una laguna observando a una familia de castores que reparaban una serie de diques complicados. Otro día un ciervo con un asta de diez puntos caminó directamente frente a mí y tomó agua de un arroyo en la montaña. Quiero reportarles que este experimento transformó mi actitud acerca de los Salmos. Salí de allí con impresionantes recuerdos visuales y un renovado espíritu de adoración, pero, desafortunadamente, leer el libro me frustraba, en lugar de inspirarme.

Más que nada, me sentía confuso mientras leía los Salmos, especialmente porque me había comprometido a leer diez consecutivos. Algunos salmos parecían contradecirse violentamente: salmos de desolada desesperación lindaban con salmos de regocijo inmenso, como si los escribas los hubieran organizado con un hegeliano sentido de humor burlón. El primer día, por ejemplo, mi espíritu se elevó mientras leía el Salmo 8:

Quando contemplo tus cielos, obra de tus dedos,
la luna y las estrellas que allí fijaste, me pregunto,
«¿Qué es el hombre, para que en él pienses?
¿Qué es el ser humano, para que lo tomes en cuenta?»

La luna, brillante como la plata contra un cielo azul celeste, aún

colgaba suspendida sobre un pico de 5.000 metros de altura. La noche anterior, la Vía Láctea se extendía a lo largo del cielo como una carretera de luces. En medio de la grandiosidad y la enorme extensión del paisaje alpino, me encontré maravillándome conjuntamente con el salmista sobre nuestro papel de humanos favorecidos en el drama de la creación.

El siguiente salmo continuaba en el mismo espíritu, y alababa a Dios por su reinado eterno, su justicia en juzgar el mundo, su misericordia hacia los oprimidos, su fidelidad. Entonces de repente el ánimo cambió abruptamente con el Salmo 10. Justamente antes de terminar mis meditaciones encontré estas chocantes palabras:

¿Por qué, SEÑOR, te mantienes distante?

¿Por qué te escondes en momentos de angustia?

De estas dudas, el salmista se lanza a una descripción despiadada del «malvado» y exige que Dios «rompa el brazo al malvado y al impío». Ahí se acabó mi estado de serenidad y adoración. Para complicarlo aun más, aprendí de una Biblia de estudio que los Salmos 9 y 10 posiblemente fueron escritos como un solo salmo, donde los ánimos contrarios batallaban entre sí dentro del mismo poema.

Cada día me enfrentaba al mismo ejemplo de patentes contradicciones. En lugar de comenzar el día con una paz devota, me encontraba siendo arrastrado a una montaña rusa emocional, para después caer en picada a las profundidades de la desesperación y elevarme a alturas de alabanza todo en una misma hora. Eso, combinado con el aire ligero de la montaña y posiblemente demasiado café, me dejaba un poco mareado por el resto del día.

Después de una semana de esta práctica, me encontré con otro problema. Los salmos me comenzaron a parecer aburridos y repetitivos. ¿Por qué, me preguntaba, necesitaba la Biblia 150 salmos? ¿No serían quince suficientes para cubrir el contenido básico? Batallé a través de mis diez salmos cada día pero salí de Breckenridge con una ac-

titud aún peor acerca de los Salmos. Mi experimento había fracasado. De una manera evangélica llena de culpabilidad, me culpaba a mí mismo, y no a la Biblia, por el fracaso.

De regreso en las llanuras de Illinois, probé un nuevo enfoque: estudiaría el libro sistemáticamente. Aprendí a apreciar la habilidad poética que encerraba el paralelismo hebreo y los acrósticos. Aprendí a diferenciar las clases de salmos: salmos imprecatorios, salmos de lamento, salmos de ascensión, salmos reales, salmos de acción de gracias. Aprendí las diferentes maneras de explicar los salmos problemáticos. Después de adquirir todo este conocimiento, leí los salmos con un sentido realzado de comprensión pero sin un sentido realzado de placer. Como resultado, durante años sencillamente evité el libro. Uno puede encontrar un salmo que diga cualquier cosa, razonaba yo. Es más, uno puede encontrar una docena de salmos que dicen lo mismo. ¿Para qué tomarse la molestia de leerlos?

Leer por encima del hombro de alguien

Ahora me doy cuenta de cuán pobre era ese punto de vista. En mi obsesión con los detalles de los salmos, sus categorías, su significado interpretativo, su coherencia lógica, su forma poética; había pasado por alto el significado principal, el cual es que el libro de los Salmos consiste de muestras de diarios espirituales, como si fueran cartas personales a Dios. Me había faltado un lente a través del cual ver el libro. Debo leerlos como un lector «que lee por encima del hombro» ya que la audiencia para la cual están destinados no eran otras personas, sino Dios. Aun los salmos para uso público fueron diseñados como oraciones colectivas: para ellos también Dios representaba el oyente principal.

Supongo que he estado tratando inconscientemente de hacer que los salmos encajen en el patrón de la Escritura establecido por el apóstol Pablo. Sin embargo, estos no son declaraciones desde lo alto,

pronunciadas con total autoridad apostólica, en asuntos de fe y práctica. Son oraciones personales en forma de poesía, escritas por una variedad de personas —campesinos, reyes, músicos profesionales y aficionados— en muy fluctuantes estados de ánimo. Job y Deuteronomio muestran los casos extraordinarios de dos reconocidos hombres justos que tratan de identificarse con Dios a través de tiempos difíciles. Los Salmos nos dan ejemplos de personas «ordinarias» que batallan fuertemente por alinear lo que creen acerca de Dios con lo que están experimentando en la realidad. Algunas veces los autores son vengativos, algunas veces pretenciosos, algunas veces paranoicos, algunas veces mezquinos.

No me malentienda: yo no creo que los Salmos sean menos valiosos, ni menos inspirados, que las epístolas de Pablo o los Evangelios. Sin embargo, utilizan un enfoque intrínsecamente diferente, no tanto al representar a Dios ante las personas como al representarse ellas mismas ante Dios. Sí, los Salmos tienen un sitio en la Palabra de Dios, pero en la misma forma que lo tienen Job o Eclesiastés. Leemos los discursos de los amigos de Job —documentos exactos de una forma de pensar equivocada— diferente a como leemos el Sermón del Monte. «Los Salmos no teologizan», escribe Kathleen Norris en *The Cloister Walk* [El camino monástico]. «Esto es así porque los salmos son poesía, y la función de la poesía no es explicar sino ofrecer imágenes e historias que resuenen en nuestra vida».

Comprender esta distinción cambió la manera en que yo leía los Salmos. Anteriormente, enfocaba el libro como un estudiante graduado podría enfocarse a un libro de texto: le echaba una ojeada a la poesía en busca de CONCEPTOS CORRECTOS E IMPORTANTES para ser notados y cuidadosamente clasificados. Los Salmos se resisten a tal sistematización y, yo creo, volverán loco a cualquiera que trate de arrancar de ellos un esquema de organización rígido. Yo aprendí a enfocar el libro de una manera muy diferente.

Permítame ilustrarlo. Mi padre murió cuando yo tenía trece meses. No tengo recuerdos conscientes de él y muy pocos recuerdos fisi-

cos de su corta vida en la tierra. Aprecio unas pocas fotos borrosas en las que él carga a un bebé obeso con rizos rubios —yo— al igual que una tosca estatua que él había tallado cuando era niño y unos cuantos libros de su biblioteca, entre ellos una Biblia negra y desgastada anotada por Scofield. Aun hoy en día puedo averiguar algo de la relación de mi padre con Dios leyendo las notas en los márgenes de esa Biblia, ya que utilizaba el espacio en blanco para documentar algo así como un diario espiritual. Nunca me tuvo en mente cuando escribió esas notas porque yo aún no existía. Sin embargo, años más tarde puedo conmoverme, sentir reto o sentir convicción mientras leo de su relación con Dios.

Los Salmos son más formales que las notas garabateadas de mi padre, por supuesto. Proviene de un contexto en común, la relación de pacto de Dios con Israel, y los autores se expresaron en una poesía bella y algunas veces altamente estructurada. Ahora, mientras los leo, comienzo tratando de proyectarme dentro de la mente de esos autores, igual que me proyecto dentro de la mente de mi padre que escribió esas notas fragmentarias. *¿Podría yo orar estas oraciones?*, me pregunto. *¿He sentido esa angustia peculiar, esa explosión de alabanza?* Entonces procedo a pensar a través de circunstancias en las que yo pudiera orar el salmo frente a mí: ¿Bajo qué circunstancias se aplicaría mejor este salmo a mi vida: al enfrentarme a la tentación, al celebrar un éxito, cuando guardo rencor o cuando sufro una injusticia?

Cualquiera de los salmos extraído del resto del libro puede inducir a error. En una considerada reflexión sobre el Salmo 91 publicada en la revista *Christianity Today*, el autor Neal Platinga examina el bello reflejo de la protección de Dios que encontramos en este salmo. «Te cubrirá con sus plumas y bajo sus alas hallarás refugio. ... Ya que has puesto al SEÑOR por tu refugio, al Altísimo por tu protección, ningún mal habrá de sobrevenirte....» ¿Es así?, Platinga se pregunta. ¿Y qué de los cristianos arrestados por los nazis durante la Segunda guerra Mundial, o por gobiernos hostiles musulmanes hoy en día? ¿Cómo debió haber sonado ese salmo en la noche antes de su ejecu-

ción? Las amplias promesas de seguridad del salmo parecen evidentemente inciertas.

Platinga recuerda que Satanás mismo citó de ese salmo, tomándolo fuera de contexto, en un esfuerzo por hacer que Jesús se tirara desde lo alto. Jesús lo reprendió con otro pasaje de la Escritura. Dice Platinga:

Lo que el Salmo 91 hace es expresar *uno* —uno de los más bellos, uno de los más atesorados— pero solamente *uno* de los estados de ánimo de la fe. Es un estado de ánimo de confianza exuberante sobre la providencia protectora de Dios. Dios probablemente había protegido al salmista en algún incidente peligroso, y estaba celebrando.

En otros días, en otros ánimos, en otros momentos más oscuros de su vida, este mismo salmista quizás hubiera clamado a Dios a causa de su desesperación o por sentirse abandonado. [Aquí Platinga cita el clamor de Jesús del Salmo 22 desde la cruz.]

El Salmo 91 nos ofrece solamente una parte de la imagen y solo uno de los estados de ánimo de la fe. Con tranquilo asombro, el salmista da testimonio de que bajo las alas de Dios a los malos les suceden cosas buenas. Uno necesita otro salmo o dos para completar la imagen, para afirmar que bajo esas mismas alas a las personas buenas les suceden cosas malas.

Los Salmos, localizados en el centro exacto de la Biblia, nos ofrecen un documento exhaustivo de la vida con Dios a través de historias personales de cómo es la vida espiritual. Yo voy a los salmos no principalmente como un estudiante que desea adquirir conocimiento, sino como otro peregrino que desea establecer cierta relación. El primero y mayor mandamiento es amar al Señor nuestro Dios con todo nuestro corazón, con todo nuestro ser y con toda nuestra men-

te. Más que ningún otro libro de la Biblia, los Salmos revelan lo que es una relación sincera con Dios de un alma hambrienta y una mente resoluta.

Sucio y desordenado, como la vida

La poesía hace sentir su magia sutilmente. En los tiempos modernos, al menos, raramente buscamos la poesía con propósitos didácticos, para aprender algo. Vamos a ella porque la formación de palabras e imágenes del poeta nos da placer y nos conmueve. Sin embargo, si el poeta tiene éxito, podemos recibir algo mayor que el conocimiento: una visión transformada. Esta es la magia que los salmos finalmente han obrado en mí. Han transformado mi visión espiritual y mi entendimiento de la relación con Dios.

En un nivel básico, los salmos me ayudan a conciliar lo que creo acerca de la vida con lo que en realidad encuentro en la vida. Cuando yo era niño, aprendí esta oración para la hora de comer: «Dios es grande, Dios es bueno. Démosle gracias por esta comida». En inglés, su cadencia tiene un cierto encanto, y ciertamente parece haber sido tomada de un salmo. Para ser más sencillo: son dos afirmaciones fundamentales de teología y un espíritu de acción de gracias expresadas convenientemente en palabras llanas.

Sin embargo, debo decirle que orar esta oración sencilla con sinceridad y convicción ha sido una prueba de fe digna de Abraham. ¿Dios es grande? ¿Por qué no vemos más evidencia manifiesta? ¿Por qué son los científicos, que se ganan la vida estudiando las maravillas de la creación natural, menos propensos que un campesino analfabeto a atribuir esas maravillas a Dios? ¿Por qué el pasado siglo se vio tan maldecido por una sucesión de tiranos contrarios a Dios: Stalin, Hitler, Idi Amin, Pol Pot? ¿Por qué murieron más cristianos por su fe en el siglo veinte que en todos los otros combinados?

¿Dios es bueno? ¿Por qué mi padre, un hombre joven con un po-

tencial ilimitado como misionero, murió antes de los treinta años? ¿Por qué todos esos judíos y cristianos murieron injustamente en el Holocausto? ¿Por qué la porción más religiosa de nuestra población, los afroamericanos de los barrios céntricos pobres, es la más pobre y desesperanzada?

¿Démosle gracias por esta comida? Yo mantuve esa práctica aun a través de mis días rebeldes de la adolescencia, cuando le atribuía más crédito a la abundancia de los ríos americanos y al genio de los campesinos. ¿Y qué de los cristianos en Sudán o Mozambique? ¿Cómo pueden ellos dar gracias a Dios mientras mueren por falta de alimento?

Si leer los últimos tres párrafos lo ha hecho sentirse un poco incómodo, quizás deba leer los Salmos de nuevo. Contiene los angustiosos diarios de personas que desean creer en un Dios amoroso, misericordioso y fiel mientras que el mundo a su alrededor continúa desmoronándose.

El salmista expresaba a menudo variaciones de los temas que he mencionado ¿Por qué deben esos crueles amalecitas, hititas, filisteos y cananeos, sin mencionar a los monstruosos imperios de Asiria, Babilonia, y Persia, tomar turnos para aplastar al *pueblo elegido de Dios*? ¿Por qué debe David, ungido por Dios para ser rey, pasarse una década escondido en cuevas y esquivando las lanzas de Saúl, a quien Dios le ha ordenado abdicar? ¿Cómo puede el pueblo de Dios sentirse agradecido cuando parece haber tan poco de qué sentirse agradecido?

Muchos salmos muestran a sus autores batallando furiosamente con tales preguntas. Algunas veces los poetas encuentran la manera de alinear las emociones de la fe con las doctrinas de la fe en el mismo proceso de escribir el salmo. Como Moisés al dar los discursos de Deuteronomio, examinan la intervención de Dios en la historia de Israel, y se obligan a recordar los buenos tiempos.

Recurran al SEÑOR y a su fuerza;

busquen siempre su rostro.

Recuerden las maravillas que ha realizado,
sus señales, y los decretos que ha emitido (105:4-5).

El Salmo 62 audazmente, sin explicación, insiste en dos hechos que Job nunca pudo asociar: «Que tú, oh Dios, eres poderoso; que tú, SEÑOR eres todo amor». Algunas veces, sin embargo, los poetas no pueden comprender lo que ven, y el salmista termina pareciéndose a Job en lo que dice:

Cansado estoy de pedir ayuda;
tengo reseca la garganta.
Mis ojos languidecen,
esperando la ayuda de mi Dios (69:3).

En este momento el orden al parecer aleatorio de los ciento cincuenta salmos sale a relucir, porque el ciclo de sube y baja de intimidad y abandono es, en realidad, lo que la mayoría de las personas experimenta en su relación con Dios.

La más sorprendente yuxtaposición de salmos ocurre al principio. El Salmo 23, ese cántico de un pastor de amplias promesas y consumado consuelo, sigue inmediatamente después del Salmo 22, que comienza con las palabras que Jesús gritó en la cruz: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» Los dos salmos, ambos atribuidos a David, no pudieran formar un contraste más evidente. Ciertamente, David encuentra algún tipo de resolución en el Salmo 22, cuando mira hacia un futuro en el que Dios regirá sobre las naciones y el pobre comerá hasta saciarse. Pero hace ver muy claro cómo se siente al momento de escribirlo: «Clamo de noche y no hallo reposo. ... Pero yo, gusano soy y no hombre. ... Contra mí abren sus fauces leones que rugen y desgarran a su presa. ... dislocados están todos mis huesos. ... La lengua se me pega al paladar». Tales sentimientos parecen venir de otro planeta cuando uno da vuelta a la página y lee,

«El SEÑOR es mi pastor, nada me falta. ... La bondad y el amor me seguirán todos los días de mi vida».

Una discordia similar se nota entre los Salmos 102 y 103. El primero (subtitulado «Oración de un afligido que, a punto de desfallecer, da rienda suelta a su lamento ante el SEÑOR») expresa elocuentemente la desesperación de un hombre anciano y debilitado que se siente abandonado por todos sus amigos y por Dios. Se lee como una serie de dolores garabateado por un paciente de un hospital en estado febril. El siguiente salmo, sin embargo, un himno majestuoso de alabanza, no incluye ni una sola nota en la clave menor.

Dudo que muchos pastores decidan predicar utilizando ambos salmos consecutivos; quizás uno o el otro, pero no ambos. He aprendido a apreciar los Salmos precisamente porque abarcan ambos puntos de vista, a menudo uno tras el otro sin una transición tranquilizante. «Alaba, alma mía, al SEÑOR, y no olvides ninguno de sus beneficios», dice el Salmo 103. El autor de su vecino más cercano está tratando desesperadamente de recordar los beneficios de Dios, una tarea difícil en su condición, mientras sus huesos arden como brasas, en una dieta de cenizas y lágrimas.

Al menos yo, me alegro de que mi Biblia incluya ambos tipos de salmos. Puede llegar un momento en que me sienta como el autor del Salmo 22 o el 102, y cuando llegue ese momento me consolaré en el hecho de que gigantes espirituales, más particularmente Jesús mismo, se han sentido también de esa manera. Y aunque yo pueda gemir y clamar y resistir la prueba que me envuelve en su red, también trataré de recordar el mensaje tranquilo del Salmo 23 y el Salmo 103. Por sí solo, el Salmo 23 nos lleva a una fe de fácil respuesta; por sí solo, el Salmo 22 nos lleva a una desesperación espiritual; juntos, los dos ofrecen una mezcla vigorizante de realismo y esperanza.

Yo he llegado a pensar que estos salmos atraen diferentes tipos de fe. El Salmo 23 modela una fe infantil, y el Salmo 22 modela fidelidad, un tipo de fe más profunda y misteriosa. La vida con Dios puede incluir ambas. Podemos experimentar momentos de una cercanía

poco común, cuando vemos las oraciones contestadas de una manera obvia y Dios parece ser íntimo y bondadoso. También podemos experimentar momentos oscuros, cuando Dios se mantiene silencioso, cuando nada funciona de acuerdo a la fórmula y todas las promesas de la Biblia parecen evidentemente falsas. La fidelidad implica aprender a confiar que, más allá del perímetro de la oscuridad, Dios aún reina y no nos ha abandonado, no importa lo que parezca.

Los ciento cincuenta salmos son tan difíciles, desordenados y turbulentos como la vida misma, un hecho que puede traer un consuelo inesperado. Kathleen Norris describe en *The Cloister Walk* [El camino monástico] cómo ha aprendido a meter los salmos en sus circunstancias «orando las noticias»:

El lamento del Salmo 74 por la violación del espacio sagrado —«En todos los rincones del país abunda la violencia»— se ha vuelto para mí una oración por las víctimas y los perpetradores de la violencia doméstica. Los reportajes por televisión de los disturbios en Los Ángeles a principios de 1992 me dieron un nuevo contexto para las palabras del Salmo 55 que encontré la siguiente mañana en el coro monástico: «En la ciudad sólo veo contiendas y violencia». Escuchando el Salmo 79 («Por toda Jerusalén han derramado su sangre, como si derramaran agua, y no hay quien entierre a los muertos») mientras leo sobre la guerra civil en los Balcanes me obliga a reflexionar sobre la maldad que el sistema tribal y la violencia, justificado a menudo por la religión, continúan infligiendo en nuestro mundo.

Pero el realismo despiadado de los salmos no es depresivo de la misma forma en que las noticias de televisión lo pueden ser, aunque estas reportan muchos acontecimientos similares: masacres, injusticias a quienes no tienen a nadie que los defienda, personas juzgadas en público por lenguas maliciosas. Como un libro de alabanzas, preparado

para cantarse, el Salterio contiene una esperanza que las historias «de interés humano» añadidas al final de un programa de noticias no pueden proporcionar. Los salmos reflejan nuestro mundo pero no nos permiten volvernos mirones. En una nación que no está dispuesta a ver su propia violencia, nos obligan a reconocer nuestra parte en ello. Nos hacen reexaminar nuestros valores.

Esto es lo que los Salmos pueden hacerle a una persona angustiada. En 1977, en la cúspide de la Guerra Fría, Anatoly Shcharansky, un brillante joven matemático y jugador de ajedrez, fue arrestado por la KGB por sus repetidos intentos de emigrar a Israel. Pasó trece años dentro del Gulag soviético. Desde la mañana hasta la noche Shcharansky leía y estudiaba los ciento cincuenta salmos (en hebreo). «¿Qué me da esto?», preguntó en una carta: «Gradualmente, mi sentimiento de gran pérdida y pesar pasa a ser de brillante esperanza».

En realidad, Shcharansky apreciaba tanto su libro de los Salmos, que cuando los guardias se lo quitaron, se acostó en la nieve y rehusó moverse hasta que se lo devolvieran. Durante esos trece años, su esposa viajó alrededor del mundo haciendo una campaña para que Shcharansky fuera liberado. Al aceptar un título honorario a nombre de él, le dijo al público universitario: «En una celda solitaria en la prisión de Chistopol, encerrado en soledad con los Salmos de David, Anatoly encontró expresión para sus sentimientos más íntimos en las efusiones del rey de Israel de hace miles de años».

Terapia para el alma

Los salmos me ofrecen un modelo de terapia espiritual. Escribí una vez un libro titulado *¿Desilusionado con Dios?*, y mis editores se preocuparon inicialmente por el título, y propusieron en su lugar *Cómo*

LA BIBLIA QUE JESÚS LEYÓ

vencer la desilusión con Dios. Parecía ligeramente herético introducir un libro con un título negativo a librerías cristianas llenas de libros sobre la maravillosa vida cristiana. Sin embargo, en el proceso de escribir el libro, encontré que la Biblia incluye relatos detallados de personas profundamente decepcionadas con Dios, por no decir algo peor. No solamente Job y Moisés discuten con Dios; también lo hacen Habacuc, Jeremías y muchos de los salmistas anónimos. Algunos salmos merecen llamarse «furiosos con Dios», «traicionados por Dios», «abandonados por Dios», «en desesperación acerca de Dios».

Examine unas pocas líneas del Salmo 89:

¿Hasta cuándo, SEÑOR, te seguirás escondiendo?

¿Va a arder tu ira para siempre, como el fuego? ...

¿Para qué creaste a los mortales?

O estos sentimientos del Salmo 88:

¿Por qué me rechazas, SEÑOR?

¿Por qué escondes de mí tu rostro? ...

ahora sólo tengo amistad con las tinieblas.

Puede parecer extraño que unas escrituras sagradas incluyan tales escenas de fracaso espiritual, pero en realidad su inclusión refleja un principio de terapia importante. Un terapeuta matrimonial a menudo advertirá a sus nuevos pacientes: «Sus relaciones pueden empeorar antes de mejorar». Los rencores y resentimientos que han estado escondidos por años pueden salir a la superficie. Hay que sacar a la luz los malentendidos antes de que un verdadero entendimiento pueda florecer. De hecho, los salmos, como el psicoanálisis, puede ayudar a descubrir elementos neuróticos en nosotros.

Kathleen Norris escribe sobre una hermana católica que aconseja a mujeres con problemas —amas de casa desplazadas, esposas maltratadas, mujeres que regresan a la universidad después de estar fuera de ella por años— y encuentra que los Salmos ofrecen un modelo po-

sitivo de cómo expresar la ira que la Iglesia a menudo trata de reprimir. «Sopórtelo; continúe sonriendo; el sufrimiento la hace fuerte», dicen algunos consejeros espirituales, pero no los salmistas. Estos no racionalizan el enojo ni dan consejos abstractos acerca del dolor; al contrario, expresan las emociones de una manera vívida y enérgica, y dirigen sus sentimientos principalmente hacia Dios.

Los ciento cincuenta salmos presentan un mosaico de terapia espiritual en proceso. Duda, paranoia, frivolidad, maldad, deleite, odio, regocijo, venganza, traición: de todo podemos encontrar en los Salmos. Tal derrame de emociones, que antes veía como un desorden inaceptable, ahora lo veo como una señal saludable. De los Salmos he aprendido que tengo el derecho de llevar a Dios *cualquier cosa* que sienta acerca de él. No necesito cubrir mis fracasos ni tratar de limpiar mi propia corrupción; es mejor traer esas debilidades a Dios, ya que solamente él tiene el poder de sanarlas.

Ningún salmo demuestra el poder de sanidad mejor que el Salmo 51, acreditado a David después de su sórdida aventura amorosa con Betsabé (lea 2 Samuel 11 y 12). Aunque había cometido asesinato y adulterio, David reconoció que a final de cuentas «contra ti [Dios] he pecado, sólo contra ti». Aunque no tenía nada que ofrecer a Dios más que un espíritu quebrantado y un corazón arrepentido, esa misma admisión lo llevó por el camino de la sanidad. David confesó, en lágrimas y dolor, y el salmo se volvió una guía pública para la confesión de otros.

Walter Brueggemann ha inventado la frase «salmos de desorientación» para describir esos salmos que expresan confusión, confesión y duda. Típicamente, el escritor comienza rogando a Dios que lo rescate de su situación desesperante. Pudiera urdir imágenes poéticas de cómo ha sido agraviado, apelar al sentido de justicia de Dios, o aun echarle algo en cara a Dios: «¿Acaso entre los muertos realizas maravillas? ¿Pueden los muertos levantarse a darte gracias?» El mero hecho de airar estos sentimientos le permite al autor alcanzar una mejor perspectiva. Reflexiona sobre mejores tiempos, recuerda oraciones

contestadas en el pasado, concede favores que puede haber ignorado. Al finalizar el salmo, se mueve hacia la alabanza y la acción de gracias. Se siente escuchado y limpio. El salmo, o la oración, realiza la transformación.

El Salmo 71 nos da un ejemplo de cómo pudiera funcionar esta «terapia de realidad espiritual». Las estrofas van desde súplicas urgentes de ayuda de Dios a declaraciones tentativas de fe hasta nuevos temores por el futuro. Al final, el poeta está alabando a Dios por su fidelidad. El obligarse a recordar los milagros de Dios a favor de Israel y la anterior intimidad de Dios en su propia vida ha calmado, por el momento, algunas de las dudas fundamentales del poeta. Muchos salmos expresan este espíritu de «¡Sí creo! ¡Ayúdame en mi poca fe!»; una forma de convencerse a sí mismo de su fe cuando las emociones están flaqueando.

Esta rara mezcla de salmos de maldiciones, salmos de alabanza y salmos de confesión ya no me irrita como lo hacía anteriormente. Al contrario, me asombra constantemente la integridad espiritual de los poetas hebreos, los cuales trataron de incluir a Dios en todos los ámbitos de la vida presentado a Dios toda emoción experimentada en las actividades cotidianas. Uno no necesita «ponerse elegante» ni «ponerse una máscara» para tener un encuentro con Dios. No hay nada fuera de alcance; podemos confiar en Dios con la realidad.

Para los poetas hebreos, Dios representaba una realidad más sólida que sus propias emociones volubles o la historia llena de altibajos de su pueblo. Ellos lucharon con Dios sobre cada faceta de sus vidas, y finalmente fue el hecho mismo de luchar lo que corroboró su fe.

Tengo un amigo, Harold Fickett, que acostumbra ir por varios días a un monasterio cercano. Muchas órdenes monásticas recitan los salmos en voz alta en la mañana, al mediodía y en la noche. Les toma varias semanas recorrer el ciclo completo, en cuyo momento co-

mienzan de nuevo con el Salmo 1.^{*} Harold me dice que algunas veces su voz habla de «entrar por sus puertas con acción de gracias» mientras que su mente está recordando algún comentario ofensivo que escuchó el día anterior o preguntándose cuando se disipará la niebla de la bahía de San Francisco. Día a día toma el ritmo de los salmos. No todos son aplicables a su situación espiritual al momento. Gradualmente, sin embargo, entra a la realidad expresada en los salmos, en lugar de tratar de forzarlos a su propio mundo terrenal.

Reflexionando sobre su tiempo con los monjes, Harold escribió:

...los Salmos me suplen las palabras que necesito y que algunas veces quiero decirle a mi Dios. Palabras que celebran su realidad: «Los cielos cuentan la gloria de Dios». Palabras que confiesan su acción en mi vida: «Convertiste mi lamento en danza». Palabras que expresan mi total dependencia: «Me formaste en el vientre de mi madre». Palabras que expresan la intimidad que anhelo: «Una cosa le pido al SEÑOR, y es lo único que persigo: habitar en la casa del SEÑOR todos los días de mi vida». Los Salmos instruyen a mi alma en mi amor por Dios.

Acordes de alabanza

Por otra parte, los salmos también nos enseñan cómo adorar y cómo alabar, actividades que los americanos realizan con una torpeza muy conocida. No tenemos la tradición de los súbditos británicos, que hacen una reverencia a la reina y nunca la interrumpen. Nosotros nos

* Hasta muy recientemente todo sacerdote católico romano que decía el Oficio Divino de su breviario iba a través de todos los salmos una vez por semana. La liturgia anglicana toma un mes para ir a través de los 150. El historiador Paul Johnson menciona los Salmos como uno de los grandes unificadores de la historia cristiana: los benedictinos y los puritanos, Lutero y Xavier, Wesley y Newman y Calvino todos amaban los salmos y continuamente los recitaban.

sentimos más a gusto burlándonos de los políticos en las comedias que haciéndoles reverencias.

Francamente, la idea de que Dios nos pide que andemos diciendo cosas bonitas acerca de él puede parecer más bien extraña. En realidad, ¿por qué necesita Dios nuestra alabanza? Somerset Maugham tiene un pariente devoto que leyó el *Libro de oraciones comunes* y tachó todo lo relacionado con la alabanza. Si la gente se siente incómoda con que la halaguen cara a cara, pensó, seguramente Dios tampoco quiere que se lo hagan. En forma similar, C. S. Lewis escribió en sus *Reflections on the Psalms* [Reflexiones sobre los Salmos]: «No quiero que mi perro ladre en aprobación de mis libros». ¿Para qué quiere Dios alabanza?

Lewis sugirió además que mejor sería asemejar la alabanza a una respuesta instintiva nuestra a una gran obra de arte o a una sinfonía o a cualquier belleza extraordinaria. La respuesta natural es, primero, hacer una pausa y disfrutar la gran belleza —casi como arrodillándonos delante de ella—, y después declarársela a otros. Tal respuesta de placer compartido da resultado en muchos niveles: «Una ballena gris nadó hasta nuestra lancha en la costa de California: ¡podría haberla tocado!» «Ah, si viera cómo cae la nieve. Hace que todo se vea tan bonito». «¿Verdad que jugaron muy bien los Broncos ayer?»

Yo veo este tipo de alabanza, que es casi adoración, cada vez que voy a un acontecimiento deportivo profesional. Fui muy afortunado al vivir en Chicago durante los mejores años de Michael Jordan, y varias veces asistí a los juegos de los Chicago Bulls. Por horas anteriores al juego, a pesar del clima congelante de Chicago, los fanáticos se alineaban en el estacionamiento del equipo para ver aunque fuera de lejos a la superestrella. Cuando su camioneta llegaba, gritaban, saltaban, lo llamaban por su nombre, le suplicaban un autógrafo, un saludo, un roce, cualquier muestra de conexión con la gran estrella. Qué extraño que una cultura que fácilmente adula a Michael Jordan, o aun a modelos indignos de imitación como Dennis Rodman o Madonna, encuentra raro alabar a Dios.

La alabanza toma la respuesta instintiva del placer compartido (¿ha tratado alguna vez de no contar un gran chiste, o no decirle a nadie que se acaba de comprometer en matrimonio?) y lo eleva a otro nivel. «Dime la antigua historia del celestial favor...Me agrada referirla pues sé que es la verdad», dice un antiguo canto evangélico, y la alabanza es eso en parte. Al igual que a los fanáticos de deportes o a los veteranos del ejército o a los compañeros de escuela les encanta recordar las mismas historias una y otra vez, la alabanza nos ofrece la misma nostálgica oportunidad.

Flannery O'Connor una vez escribió un ensayo sobre sus pavos reales y las reacciones que causaban cuando abrían sus plumas para presentar «el panorama de una galaxia de soles y halos». Un chofer de un camión gritó, «¡Mira eso!» y se detuvo. La mayoría de las personas guardaban silencio. La reacción favorita la expresó una anciana de color que sencillamente gritó: «¡Amén! ¡Amén!» Aquella señora sabía lo que era la adoración.

En la adoración, la criatura alegremente reconoce que todo lo bueno y verdadero y bello en el universo viene del Creador. Esta afirmación surte efecto en nosotros al igual que en Dios, al recordarnos la posición debida delante de Dios. He encontrado que para desarrollar la alabanza, es bueno estar alrededor de niños. Los niños no tienen problema en explotar en adoración espontánea cuando algo los impresiona, quizás porque no tienen ninguna pretensión de elevarse por encima de su posición de niños.

Los autores de los salmos, especialmente David, tenían una ventaja en la alabanza por estar más cerca del mundo natural. David comenzó su vida al aire libre como pastor, después se pasó años escondiéndose de Saúl en el terreno rocoso de Israel. No en balde un gran amor por el mundo natural, y aun reverencia, irradian de muchos de sus poemas. Los Salmos presentan un mundo que existe sostenido por un Dios personal que lo cuida.

Este mensaje, por encima de todo, me saltó a la vista durante mis frustrantes intentos de leer los salmos en Colorado. No podía en-

cajar unos con otros los mensajes contradictorios que estaba leyendo, pero el espléndido paisaje de la naturaleza al menos afirmaba el mensaje de la grandeza de Dios, su *mérito*. La naturaleza nos baja un nivel, al recordarnos algo que preferimos olvidar: que somos criaturas. Le anuncia a nuestros sentidos el esplendor de un Dios invisible e indómito. ¿Cómo no voy a ofrecer alabanza al que concibió los puerco espines y los ciervos, al que salpicó de pinos de un verde brillante las laderas de roca gris, al que transforma ese paisaje en una nueva obra de arte con cada tormenta de nieve?

De acuerdo con los salmos, la alabanza no necesita ser seria ni reflexiva. Los salmistas alababan a Dios con desenfado inducido por el deleite de los sentidos, y como resultado sus cultos de adoración deben haber parecido más un encuentro de motivación moderno que un concierto sinfónico formal. «¡Aclamen alegres! ¡Canten jubilosos!», ordenan. Los instrumentos musicales de esos días incluían címbalos, panderos, clarines, trompetas, arpas, y liras. Algunas veces había danza. En la imaginación del salmista, el mundo no puede contener el deleite que Dios inspira. Un nuevo cántico surge: «¡Aclamen alegres al SEÑOR, habitantes de toda la tierra! ¡Prorrumpen en alegres cánticos y salmos!» (98:4). La naturaleza misma se une: «¡Batan palmas los ríos, y canten jubilosos todos los montes!» (98:8).

Los salmos maravillosamente resuelven el problema de una cultura deficiente en la alabanza proporcionando las palabras necesarias. Nosotros simplemente necesitamos apropiarnos de esas palabras y permitir que el contenido de los salmos realinee nuestras actitudes internas. Dietrich Bonhoeffer sugiere que los salmos son el curso de idioma de Dios. Al igual que los bebés aprenden el idioma de sus padres, los cristianos pueden aprender el idioma de la oración de los Salmos.

La adoración, dice Eugene Peterson,

es la estrategia por la cual interrumpimos nuestra preocupación por nosotros mismos y nos enfocamos en la presen-

cia de Dios. La adoración es el tiempo y lugar que dedicamos a prestar atención deliberada a Dios, no porque él está limitado a tiempo y lugar sino porque nuestra importancia propia es tan insidiosamente incesante que si no nos interrumpimos a propósito regularmente no tenemos oportunidad de prestarle atención en lo absoluto a él en otros tiempos y en otros lugares.

—*Leap Over a Wall* [Salte una muralla]

Cuando los antiguos hebreos encontraban algo bello o majestuoso, su respuesta natural no era contemplar la escena o analizarla, sino alabar a Dios por ello y quizás escribir un poema. Sus dedos deseaban el arpa, sus cuerdas vocales añoraban el himno. Para ellos, la alabanza era el regocijo expresado en canto y en palabras, una «sanidad interior hecha audible», utilizando la frase de C. S. Lewis. Por ellos, nosotros también podemos entrar a esa sanidad.

De todas las criaturas del mar y de la tierra
Solo al hombre le has dado a conocer tus caminos,
Y solamente en su mano has puesto la pluma,
Y lo has hecho secretario de tu alabanza.

—George Herbert

Realineación

Eugene Peterson, reciente traductor de los Salmos, admite que solamente una minoría de ellos se enfoca en alabanza y acción de gracias; quizás hasta el setenta por ciento toma la forma de lamentos. Esas dos categorías, dice Peterson, corresponden a las dos principales condiciones en las que nos encontramos: angustia y bienestar. Nunca he hecho una encuesta, pero para mí que la librería cristiana promedio

invierte esas proporciones: al menos el setenta por ciento de los libros, placas y artículos para regalos se enfoca en nuestro bienestar, mientras que un porcentaje mucho más pequeño se enfoca en nuestra angustia.

El rey David ordenó específicamente que se le enseñara a su pueblo a lamentarse (2 Samuel 1:18). El lamento en los Salmos tiene muy poco en común con gemir o quejarse. Gemimos acerca de cosas sobre las cuales tenemos muy poco control; lamentamos lo que creemos que debe cambiar. Como Job, los salmistas se aferraron a la creencia en la bondad fundamental de Dios, sin importar cómo las cosas parecían al momento, y clamaban por justicia. Lamentaban que la voluntad de Dios no se estaba haciendo en la tierra como en el cielo; la poesía resultante los ayudaba a realinear sus creencias eternas con su experiencia diaria.

Dan Allender, un consejero cristiano, pregunta,

¿A quién vocaliza usted el enojo más intenso e irracional, o sea, rudimentario, inarticulado? ¿Haría eso usted con alguien que lo pudiera despedir de su empleo o echarlo fuera de una posición o una relación anhelada? No es probable. Usted no les tiene confianza; usted no cree que soportarían la profundidad de su desilusión, confusión. ... La persona que escucha su lamento y, más que eso, soporta su lamento contra ellos, paradójicamente, es alguien en quien usted confía profunda e irreflexiblemente. ... El lenguaje del lamento curiosamente es el lado oscuro de la fe.

Como muchos de los salmos fueron escritos por los líderes de Israel, el libro proporciona una visión única tras bambalinas de la historia emocional de un pueblo. No conozco otra colección de reacciones privadas a una historia antigua con la que se pueda comparar. En los Salmos podemos leer lo que un rey oró después de cometer adulterio y asesinato, y lo que oró después de escapar de un intento de

asesinato, y después de perder una batalla crucial, y después de dedicar a Dios una nueva ciudad capital.

Hice una vez un ejercicio para tratar de comprender a David. El mismo rey que enseñó a su pueblo a lamentarse también les dio un himno incomparable de confesión pública y escribió numerosos cánticos magníficos de alabanza. David obviamente tenía tantos defectos como cualquiera en el Antiguo Testamento, y sin embargo de alguna manera llegó a ser conocido como «un hombre conforme al corazón de Dios». Juan Calvino escribió: «David es como un espejo, en el cual Dios pone delante de nosotros el curso continuo de su gracia». ¿Cuál era el secreto espiritual de David?

Los setenta y tres salmos atribuidos a David nos presentan una ventana a su alma, especialmente porque algunos de ellos tienen comentarios iniciales que revelan las circunstancias específicas en que fueron escritos. Decidí leer primero del diario espiritual de los salmos de David y después, por medio de la evidencia de ese documento «interno», tratar de imaginar qué acontecimientos «externos» incitaron esas palabras. Después fui a la documentación histórica en los libros de Samuel y comparé mis invenciones con lo que realmente había ocurrido.

En el Salmo 56 (que incluye las famosas palabras «confío en Dios») David con gratitud le acredita a Dios el haber librado su alma de la muerte y sus pies de tropiezos. Mientras leía el salmo, me parecía como si Dios hubiera intervenido milagrosamente y rescatado a David de algún aprieto. ¿Qué había sucedido realmente? Me fui a 1 Samuel 21 y leí la historia de un prisionero temeroso que babeaba y se arrojaba de un lado a otro como un loco en un intento desesperado de salvar su pellejo. No hubo allí ningún milagro, por lo que yo podía ver, sino un renegado astuto con un fuerte instinto de supervivencia. Quizás David clamó a Dios en desesperación, y en aquel momento la idea de fingir locura le vino a la mente; quizás por eso, le dio a Dios todo el crédito y no se quedó con ninguno. Sorprendentemente, David aun usó la forma acróstica para expresar sus pensamientos, y co-

menzó cada versículo con la siguiente letra del alfabeto hebreo; quería que fuera una reflexión formal y seria de lo que había ocurrido.

Después, leí el Salmo 59: «A ti, fortaleza mía, te cantaré salmos, pues tú, oh Dios, eres mi protector. ¡Tú eres el Dios que me ama!» De nuevo parecía en el salmo que Dios había intervenido para salvar la vida de David. Sin embargo en 1 Samuel 19, el pasaje correspondiente, leo sobre una escena de persecución: David se escabulló por una ventana mientras que su esposa distraía a los perseguidores envolviendo una estatua en pelo de cabra. De nuevo, el salmo de David le daba a Dios todo el crédito por lo que parecía ser ingenio humano.

El Salmo 57 introduce un nuevo tono de debilidad y temblor. La fe de David debe haber estado flaqueando cuando escribió ese salmo, pensé. De nuevo yo estaba equivocado. Cuando busqué el recuento histórico en 1 Samuel 24, encontré una de las manifestaciones de valor temerario más extraordinarias de la historia.

El Salmo 18 da un resumen de la carrera militar de David. Escrito cuando al fin era el rey incontestable, recuerda con detalles incandescentes los muchos milagros de liberación de Dios. Si uno lee solamente ese salmo, y no la historia antecedente, pensaría que David vivió una vida encantada y protegida. El salmo no dice nada de los años en que anduvo huyendo, de las batallas de toda la noche, de las escenas de persecución, ni de los astutos planes de escape que llenan las páginas de 1 y 2 Samuel.

En resumen, si uno lee los salmos atribuidos a David y después trata de imaginarse su vida, fracasará rotundamente. Uno se podría imaginar a un ermitaño devoto de otro mundo o un alma tímida y neurótica que Dios favoreció, pero nunca a un gigante de fortaleza y valor. ¿Qué puede explicar la disparidad entre los dos historiales bíblicos de los trayectos internos y externos de David?

Todos experimentamos simultáneamente una vida interna y una vida externa. Si yo asisto al mismo acontecimiento que usted (digamos, una fiesta), me iré con datos «externos» similares sobre lo que

sucedío y quiénes estaban allí, pero con un punto de vista «interno» totalmente diferente. Mi memoria recordará la impresión que yo haya dejado. ¿Fui ingenioso o encantador? ¿Ofendí a alguien o hice algo de lo que me pudiera avergonzar? ¿Habré dejado una buena imagen? Muy probablemente, usted se hará las mismas preguntas, pero sobre usted mismo.

David parecía ver la vida de una manera diferente. Sus hazañas —matar animales salvajes con sus propias manos, derribar a Goliat, sobrevivir los ataques de Saúl, aplastar a los filisteos— seguramente le hicieron merecer el papel estelar. Sin embargo, mientras reflexionaba sobre esos acontecimientos y escribía poemas acerca de ellos, encontraba una forma de hacer que Jehová, el Dios de Israel, tomara el papel principal. Cualquiera cosa que la frase «practicar la presencia de Dios» significaba, David la experimentó. Ya sea que expresara esa presencia en poemas elevados de alabanza o en una arenga terrenal, intencionalmente incluía a Dios en los detalles de su vida.

David estaba confiado en que él le importaba a Dios. Después de escapar por un pelo escribió: «[Dios] me libró porque se agradó de mí» (Salmo 18:19). Cuando David se sintió traicionado por Dios, se lo hizo saber. Por algo fue él el que dijo por primera vez las palabras «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» Le pidió cuentas a Dios, e insistió en que Dios cumpliera su parte de la relación especial que tenían.

A través de su vida David creía, realmente creía, que el mundo espiritual, aunque invisible para él, era tan real como el mundo «natural» de espadas y lanzas y cuevas y tronos. Sus salmos constituyen una documentación de un esfuerzo consciente por reorientar su propia vida cotidiana a la realidad de ese mundo sobrenatural más allá de él. Ahora, siglos más tarde, podemos utilizar esas mismas oraciones como pasos de fe, como un camino que nos lleva de una obsesión con nosotros mismos a la misma presencia de nuestro Dios.

El proceso de «permitir que entre Dios» en todos los detalles de la vida es algo que yo necesito aprender. En este mundo moderno

ocupado e industrializado, tratamos de compartimentar nuestras vidas. Llenamos nuestros días de actividades —reparar el coche, salir de vacaciones, trabajar, cortar el césped, transportar a los niños—, y después tratamos de separar algún tiempo para actividades «espirituales» como la iglesia, los grupos pequeños, las devociones personales. No veo ninguna de esa separación en los Salmos.

De alguna manera, David y los demás poetas pudieron hacer de Dios el centro gravitacional de sus vidas de tal manera que todo se relacionaba con Dios. Para ellos, la adoración era la actividad principal de la vida, no algo que atravesar para continuar con otras actividades. Como C. S. Lewis ha dicho, ser un cristiano practicante idealmente «significa que todo acto y sentimiento individual, toda experiencia, ya bien sea agradable o desagradable, debe remitirse a Dios».

Estoy aprendiendo este proceso diario de reorientación, y los Salmos se han vuelto para mí un paso en el proceso de reconocer el verdadero lugar de Dios en el centro gravitacional. Estoy tratando de hacer que las oraciones que primeramente oraron los poetas hebreos se vuelvan auténticamente mis oraciones. Los escritores del Nuevo Testamento hicieron esto, y citaron los Salmos más que ningún otro libro. El Hijo de Dios hizo lo mismo en la tierra, y dependió de ellos como el lenguaje de la relación entre un ser humano y Dios.

Estoy seguro de que convertir los salmos en mis propias oraciones requerirá de mí un compromiso de por vida. Yo siento en ellos una urgencia, un deseo y un hambre por Dios que hace que lo mío parezca anémico en contraste. Los salmistas suspiraban por Dios con la lengua afuera, como un ciervo sediento que brama por agua. Se quedaban despiertos en la noche soñando con «la hermosura del SEÑOR». Preferían un día en la presencia de Dios que mil años en cualquier otra parte. Estos poetas estaban matriculados en la escuela avanzada de la fe, y a menudo yo me he sentido más como un estudiante de un jardín de infantes. Ahora que he comenzado a leer los salmos de nuevo, quizás algo se me pegue.

Algo más

Salmos problemáticos

No hay que leer mucho en los Salmos para encontrar algunos pasajes inquietantes, furiosas explosiones escondidas como minas terrestres en medio de una poesía pastoral tranquilizadora. Algunos parecen un «¡que te atropelle un camión!» de patio de escuela. Se les llama «salmos imprecatorios», o a veces «salmos vengativos», o más francamente «salmos de maldiciones», precisamente por las maldiciones que llueven sobre los adversarios.

Los salmos de maldiciones son un gran obstáculo para la mayoría de los lectores. «¿Cómo podemos leer, y mucho menos orar, esos poemas enojados y a veces violentos de una antigua cultura guerrera?», pregunta Kathleen Norris. «A primera vista, parecen extremadamente patriarcales, malhumorados, moralizadores, vengativos, y a menudo parecen reflejar precisamente lo que está mal en nuestro mundo».

¿Por qué están esos estallidos acechando en medio de sagradas escrituras? Los lectores han propuesto varias explicaciones.

1. Los salmos de maldiciones expresan un «enojo justo» y apropiado contra el mal.

El difunto profesor Allan Bloom, autor de *The Closing of The American Mind* [El cierre de la mente americana], cuenta que pidió a sus estudiantes de la Universidad de Chicago que identificaran a una persona malvada. Ni un solo estudiante lo pudo hacer. «Malvado» sencillamente no existía como una categoría en sus mentes. La incapacidad de reconocer e identificar la maldad, decía Bloom, es una señal peligrosa en nuestra sociedad.

Yo he recibido gran ayuda en esta cuestión de mi esposa, Janet, que por varios años trabajó cerca de un barrio céntrico pobre. Veía maldad generalizada todos los días: pandillas que desde algún escondi-

dite disparaban con rifles automáticos a los transeúntes, policías que daban palizas a personas inocentes por el color de su piel, ladrones que atacaban a ancianos al salir estos de una institución donde cambiaban sus cheques del seguro social.

Una noche Janet llegó a su casa hirviendo de enojo. Un conserje estaba tiranizando a los residentes de un edificio de ancianos. Utilizaba su llave maestra para entrar a los apartamentos de las viudas, les daba una paliza y les robaba el dinero. Todo el mundo sabía quién era el culpable, pero porque usaba una máscara y no lo podían identificar fehacientemente, las autoridades de viviendas de la ciudad no lo transferían ni despedían. Si Allan Bloom le hubiera pedido a mi esposa describir a una persona malvada ese día, hubiera obtenido una descripción gráfica.

Era precisamente a esa clase de maldad estructural —jueces corruptos, dueños de esclavos, ladrones, opresores de los pobres, racistas, terroristas— a lo que el salmista estaba respondiendo. El Salmo 109 invoca maldiciones sobre un hombre que «persiguió hasta la muerte a pobres, afligidos y menesterosos. Le encantaba pronunciar una maldición: ¡que caiga sobre él!»

Al leer los salmos de maldición, piense en el testimonio de los familiares de las víctimas que a veces vemos en los noticiarios de la televisión. El padre de una hija que murió víctima de un chofer borracho está ante la corte y, temblando físicamente, habla de una herida que nunca sanará. O piense en el testimonio de la familia Goldman en contra de O. J. Simpson durante el juicio civil en su contra. En sus reflexiones en los Salmos, Dietrich Bonhoeffer no tenía ningún problema comprendiendo los sentimientos detrás de los salmos de maldición; estos expresaban muy bien la angustia de la comunidad cristiana que vivía bajo el dominio de los nazis.

La explicación del «enojo justo» puede iluminar los motivos detrás de los salmos de maldición, pero no elimina los problemas que estos presentan. Aunque furiosa, Janet no caminaba por la casa murmurando amenazas como «Que anden sus hijos vagando y mendi-

gando; que anden rebuscando entre las ruinas» (109:10), o «¡Dichoso el que agarre a tus pequeños y los estelle contra las rocas!» (137:9).

2. Los salmos de maldiciones expresan una inmadurez espiritual corregida por el Nuevo Testamento.

C. S. Lewis, genuinamente mortificado por los salmos de maldición, discutió este punto de vista en su libro *Reflections on the Psalms* [Reflexiones sobre los Salmos]. Contrastó el espíritu vengativo de los salmistas con otro espíritu —«Ama a tus enemigos»; «Perdónalos porque no saben lo que hacen»— ejemplificado en el Nuevo Testamento. «La reacción del salmista de herir, aunque profundamente natural, es profundamente errónea», concluyó Lewis. Utilizó palabras como «diabólicos», «despreciables», «feroces», «bárbaros» y «autocompasivos» para describir esos sentimientos.

Observando que no hay nada comparable al espíritu vengativo de los salmistas en la literatura pagana, Lewis desarrolló un argumento bastante complicado relacionado con la elección de los judíos. «De todos los hombres malos, los hombres malos religiosos son los peores», dijo. El «llamado más alto» de los judíos los había llevado a un esnobismo y una santurronería que se manifestaba en formas inapropiadas como la de los salmos de maldiciones. Estos argumentos no hicieron a Lewis muy popular en la comunidad judía; no hace mucho la revista *The Christian Century* publicó un artículo de un rabino ofendido por los comentarios de Lewis.

Verdaderamente Jesús introdujo un nuevo espíritu («Ustedes han oído que se dijo ... Pero yo les digo...»). Pero como Lewis mismo nota, la Biblia no presenta una progresión clara del Antiguo Testamento al Nuevo Testamento. Mandamientos de amar a sus enemigos también aparecen en el Antiguo Testamento. Para hacer las cosas más complicadas, los autores del Nuevo Testamento citan en aprobación algunos de los salmos de maldiciones más problemáticos. Por ejemplo, Pedro aplicó una de las maldiciones del Salmo 69 directamente a Judas (Hechos 1:20); Pablo aplicó otro («Que se les nublen los ojos para que no vean, y se encorven sus espaldas para siempre»)

para el Israel incrédulo. Los salmos de maldición no se pueden descartar tan fácilmente.

De hecho, el erudito británico Deryck Sheriffs señala que el mismo C. S. Lewis cambió cuando pasó a través de una prueba personal en los últimos años de su vida. Lea *El problema del dolor* y *A Grief Observed* [Estudio de un pesar] uno después del otro, y el cambio es obvio. El primer libro trata del sufrimiento de una manera abstracta y da mucha percepción filosófica sobre el papel que el dolor juega en la vida. El segundo libro, escrito después que su esposa murió una muerte insoportable de cáncer en los huesos, se lee en parte como un extenso salmo imprecatorio. Lewis jugó con el concepto de Dios como un sádico cósmico, un torturador que les tira la puerta a los que más lo necesitan. Lewis reflexiona en ese diario,

Todo eso de un sádico cósmico no era tanto una expresión de pensamiento como de odio. Yo estaba obteniendo de ello el único placer que un hombre en angustia puede obtener: el placer de devolver el golpe. No era más que lenguaje grosero, un simple insulto: «le dije a Dios lo que yo pensaba de él».

Me pregunto lo que Lewis hubiera escrito sobre los salmos de maldiciones después de haber pasado a través de esa terrible experiencia personal.

3. Los salmos de maldiciones se comprenden mejor como oraciones.

Los salmos de maldiciones parecen de una manera considerablemente diferentes cuando recordamos su contexto literario. Nosotros los lectores estamos «oyendo por casualidad» oraciones dirigidas a Dios. Observados desde este punto de vista, los salmos de maldiciones presentan lo que he llamado «terapia espiritual» llevada al límite. Como Dorothy Sayers dijo una vez, todos tenemos pensamientos diabólicos, pero hay un mundo de diferencia entre responder con pa-

labras y responder con hechos. No es lo mismo, digamos, escribir una novela sobre un asesinato que cometer un asesinato.

Si una persona me hace daño injustamente, tengo varias opciones. Puedo buscar venganza personal, una respuesta que la Biblia condena. Puedo negar o reprimir mis sentimientos de dolor y enojo. O puedo llevar esos sentimientos a Dios, confiando a Dios la tarea de «justicia retributiva». Los salmos de maldiciones son ejemplos vívidos de esta última opción. «Mía es la venganza; yo pagaré», dice el Señor; las oraciones como los salmos de maldición ponen la venganza en las manos apropiadas. De una manera significativa, los salmos de maldición expresan su indignación a Dios, no al enemigo.

Kathleen Norris, que batalló con los salmos de maldición en su libro *The Cloister Walk* [El camino monástico], llegó a una reconciliación con ellos en su libro *Amazing Grace* [Maravillosa gracia]. Allí habla de invitar a estudiantes de escuelas parroquiales a escribir sus propios salmos de maldiciones. Aquellos a quienes sus hermanos mayores fastidian mucho tienen un talento natural para la imprecación, descubrió ella:

Un niño escribió un poema titulado «El monstruo que estaba arrepentido». Comenzó admitiendo que detesta cuando su padre le grita; su respuesta en el poema es arrojar a su hermana por la escalera, después destruir su habitación y, finalmente, destruir toda la ciudad. El poema concluye: «Entonces me siento en mi casa desordenada y me digo: “No debí haber hecho todo eso”».

Si ese niño hubiera sido un monje novicio del desierto del cuarto siglo, añade Norris, sus mayores podrían haber concluido que ya iba en camino al arrepentimiento. Ya estaba consciente de las renovaciones necesarias en su «casa desordenada» antes de que se pudiera convertir en un lugar donde Dios pudiera habitar.

Instintivamente, quisiéramos «limpiar» nuestros pensamientos

en nuestras oraciones, pero quizás estamos totalmente equivocados. Quizás deberíamos tratar de llevar todos nuestros peores sentimientos a Dios. Después de todo, lo que pudiera ser chisme cuando se comunica a cualquier otra persona es una petición cuando se lo comunica a Dios. Lo que es una maldición vengativa cuando se dice con alguien en mente («¡Maldita sea esa gente!») es una plegaria de dependencia impotente cuando se dirige directamente a Dios («Está en tus manos maldecir a esa gente, ya que solamente tú eres un juez justo»).

Yo he hecho una práctica semanal el presentarle a Dios mi enojo en contra de las personas que me han hecho daño, mientras doy una larga caminata por la colina que está detrás de mi casa. Le cuento a Dios por qué siento que me han tratado injustamente o me han malentendido, lo que me obliga a abrir ante Dios profundos sentimientos (¿no los conoce Dios de todos modos?). Puedo testificar que la efusión misma tiene un efecto terapéutico. Por lo general me siento después como si me hubiera liberado de una enorme carga. La injusticia ya no es como una espina dentro de mí, como anteriormente lo era; la he expresado en voz alta a alguien: a Dios. Algunas veces siento que en el proceso de expresarlo, aumenta mi compasión. El Espíritu de Dios me habla de mi egoísmo, de mi espíritu crítico, de mis defectos que otros han tratado con gracia y perdón, de mi lastimosamente limitada perspectiva.

Miroslav Volf, un croata nativo que enseñó teología durante la guerra en la antigua Yugoslavia y que aprendió a identificarse muy personalmente con los salmos de maldiciones, explica en *Exclusion and Embrace* [Exclusión y abrazo] cómo esos salmos pueden llevarnos hacia el perdón:

Para los seguidores del Mesías crucificado, el mensaje principal de los salmos imprecatorios es este: el lugar de la ira es ante Dios. ... Esta no es una simple descarga catártica de agresión reprimida ante el Todopoderoso al que debe im-

portarle. Mucho más significativamente, al poner la ira ante Dios ponemos tanto a nuestro injusto enemigo como a nuestro propio ego vengativo cara a cara con un Dios que ama y hace justicia. Escondido en los oscuros rincones de nuestro corazón y alimentado por el sistema de las tinieblas, el odio crece y busca infectar todo con su voluntad infernal de exclusión. A la luz de la justicia y el amor de Dios, sin embargo, el odio retrocede y se siembra la semilla para el milagro del perdón.

Gradualmente, mi práctica semanal se ha expandido de un enfoque personal a una sensibilidad hacia los que me rodean. Algunas semanas, no tengo sentimientos de venganza ni resentimiento en la superficie. ¿Puedo yo, sin embargo, utilizar estos salmos para percibir mejor lo que otros están sufriendo? ¿Y qué de los países que han sido afectados por huracanes, inundaciones o hambruna? ¿Estarán los cristianos de allí orando los salmos de desolación? ¿Y qué de mis amigos que batallan contra el cáncer, o la mujer que vive con un esposo abusivo, o el alcohólico que no puede alcanzar el triunfo? ¿Pueden estos salmos difíciles ayudarme a entrar a sus luchas y quizás elevar la oración en su lugar?

Una razón por la cual me inclino a esta manera de comprender los salmos de maldiciones es que he leído el final de la historia en el libro de Apocalipsis. En ese libro vemos con anticipación un tiempo en el cual lo más extremo de los salmos de maldiciones se volverá realidad. Aun el más notorio, el Salmo 137, encontrará cumplimiento. «Así también tú, Babilonia, gran ciudad, serás derribada con la misma violencia, y desaparecerás de la faz de la tierra» (Apocalipsis 18:21). La justicia reinará absolutamente algún día, y para alcanzar eso se requerirá un tiempo de violencia catastrófica en contra del mal.

Veo los salmos de maldiciones como un modelo importante para lidiar con el mal y la injusticia. No debemos tratar de reprimir nuestra reacción de horror e indignación contra el mal. Tampoco de-

bemos tratar de tomar la justicia en nuestras propias manos. En lugar de eso, debemos entregar esos sentimientos, totalmente al descubierto, a Dios. Como los libros de Job, Jeremías y Habacuc muestran claramente, Dios tiene un alto nivel de tolerancia en cuanto a lo que es apropiado decir en oración. Dios puede «manejar» mi ira incontenible. Podríamos sentir que nuestros sentimientos vengativos necesitan la corrección de Dios, pero solamente llevando esos sentimientos ante Dios tendremos la oportunidad de recibir corrección y sanidad.

Eclesiastés: El final de la sabiduría

Eclesiastés es, en cierto sentido, una expresión clásica de total aburrimiento, aunque el aburrimiento es puesto en un contrapunto tan alto que su propia expresión es emocionante. Nadie que pueda disfrutar Eclesiastés puede ser tan aburrido como Eclesiastés.

—CHARLES WILLIAMS

Vi la palabra por primera vez en la cubierta roja brillante de un libro que mi hermano mayor había llevado de la universidad a casa: *El existencialismo hoy*. Aunque yo no tenía idea de lo que significaba *el existencialismo*, ese libro me condujo a un mundo arcano de filosofía vanguardista. Yo había crecido en un fundamentalismo estricto, protegido de ser expuesto a contaminantes tan peligrosos; la cultura de la ribera izquierda de París era tan extraña para mí como la de Ouagadougou. Sin embargo, cuando como adolescente en la década del 1960 leí ese libro con la cubierta roja y llegué a conocer las novelas de Camus y Sartre, algo dentro de mí despertó.

Emociones muertas, una indiferencia radical hacia otros, la sensación de estar a la deriva, entumecimiento hacia el dolor, una aceptación resignada de que el mundo se había vuelto loco: de alguna forma todas esas cualidades se habían filtrado a través del escudo hermético del fundamentalismo. *¡Ese soy yo!*, pensé mientras leía cada libro de existencialismo. Después de todo, yo era un producto de la época.

Al recordarlo ahora, puedo ver que me identificaba principalmente con la desesperación. ¿Por qué estoy viviendo? ¿De qué se trata todo este circo? ¿Puede una persona entre cinco mil millones

marcar una diferencia en este planeta? Esas preguntas me azotaban como olas del océano mientras leía lo que habían escrito los novelistas franceses, y después Hemingway y Turgenev. Todas las preguntas turbulentas de la década del 1960 me inundaban, y el existencialismo proporcionaba una respuesta hasta cierto punto insistiendo que no tenían respuesta. Mientras continuaba leyendo, encontré que la literatura más moderna —John Updike, Kurt Vonnegut Jr., John Irving, Jerzy Kosinski, y Walter Percy— daban el mismo olor de futilidad, un olor rancio como humo de tabaco viejo.

«Hay muy poca diferencia si uno muere a la edad de treinta o de setenta años», dijo Meursault en *El extranjero*, de Camus, «ya que en cualquier caso, otros hombres y mujeres continuarán viviendo, el mundo continuará igual que antes». En realidad, ¿qué diferencia hace cualquier cosa? Importa poco si usted se levanta o se queda en la cama, si usted ama la vida o la odia. Apuñálese en la mano como el Mathieu de Sartre, dispárele a una persona bajo el sol abrasador de Algeria como en *El extranjero*, de Camus, o simplemente deambule de bar en bar buscando pleitos como Hemingway. La vida continúa, bien sea que usted trate de cambiarla o simplemente sucumba ante ella. ¿Qué es un ser humano sino un punto insignificante en la progresión de mil millones de años de la historia?

Tal es la difícil situación de la literatura moderna, situación en la cual yo me revolqué por un tiempo. Carl Jung reportó que la tercera parte de sus casos no sufrían de ningún tipo de neurosis definible excepto «falta de sentido y vacío en sus vidas». Continuó diciendo que la neurosis general de la era moderna era la falta de sentido, a medida que la gente se tortura con preguntas que ni la filosofía ni la religión pueden contestar.

Aun hoy en día, décadas más tarde, uno puede caer en un modo existencialista. Cuando viajo al otro lado del océano, por ejemplo, pierdo cierta conexión con la realidad, y me parece que floto por encima de la humanidad al observar desde una meseta solitaria cómo las personas en Japón o Egipto o en cualquier otro lugar, en ciertas for-

mas como yo y en otras de manera diferente, ordenan sus vidas de una manera predecible. Los niños aprenden a comunicarse hablando sobre caca y pipí, después crecen y se vuelven adultos reprimidos, luego tienen sus propios hijos nada más que de sus propios cuerpos, y más tarde, en la edad senil, vuelven a hablar de caca y pipí. ¿Cuál es el objetivo de este carrusel? ¿En qué sentido somos diferentes de otros animales? Más inteligentes que las hormigas, desde luego, pero menos cooperativos. ¿Por qué estamos aquí?

G. K. Chesterton una vez escribió: «Todos los hombres son importantes. Usted es importante. Yo soy importante. Es lo más difícil de creer en la teología».

El primer existencialista

Unos años después de mi encuentro adolescente con el existencialismo, y después que Dios comenzó a sanar algunos de mis sentimientos de inutilidad y desesperación, descubrí con una conmoción espeluznante precisamente los mismos sentimientos donde menos pensaba: en el centro de la Biblia. El misterioso y normalmente ignorado libro de Eclesiastés contiene todas las ideas y emociones que yo había encontrado en los escritores de la desesperación existencialista. Su autor, el Maestro anónimo, surge como una figura más grande que la vida misma, como la persona más sabia, más rica, más poderosa de su época. La primera oración del libro anuncia su conclusión acerca de la vida:

«Lo más absurdo de lo absurdo»,
dice el Maestro,
«lo más absurdo de lo absurdo,
¡todo es un absurdo!»

La palabra clave *absurdo* aparece treinta y cinco veces para recal-

car el tema de principio a fin. (En otras partes de la Biblia la palabra aparece solamente en el libro de Job, lo cual no nos sorprende.) Comunica un sentido muy fuerte de «lo que no tiene sentido». Los asuntos que molestaban al Maestro eran los mismos que molestaban a Job, y que hoy día molestan a cualquier persona justa. Los ricos se vuelven más ricos y los pobres se vuelven más pobres, las personas malvadas prosperan y las buenas sufren, los tiranos reinan, ocurren desastres, se extienden las enfermedades, todo el mundo se muere y se vuelve polvo. La vida es injusta. Nada tiene sentido; el mundo entero parece estar fuera de balance y torcido.

Olvídense de la prudencia, concluye el Maestro. Coma, beba y aproveche cualquier momento fugaz de felicidad. ¿Qué más es la razón de vivir? Uno trabaja duro y otro se lleva la gloria. Uno lucha por ser bueno y las personas malas lo hacen tropezar. Uno ahorra dinero y este va a parar a manos de herederos consentidos. Uno busca placer, y se vuelve agrio. Además, todo el mundo —rico y pobre, bueno y malo— llega al mismo final: todos morimos. La muerte, el espectro siempre al acecho, contradice cualquier noción de que nacimos para ser felices. Hay solamente una palabra apropiada para describir esta vida: ¡absurda!

Encontrar tales palabras en Albert Camus es una cosa, pero ¿en la Biblia?

Me pregunto si los existencialistas modernos aprecian la deliciosa ironía de Eclesiastés 1:9-10, que declara: «No hay nada nuevo bajo el sol», nada que «haya quien llegue a decir: “¡Mira que esto sí es una novedad!”» Lo que parecía una iconoclasia presuntuosa en la década del 1960, aprendí, simplemente cumplía las aburridas profecías del antiguo Maestro que, tres mil años antes, anticipó toda la variedad de experiencias humanas y, sorprendentemente, incluyó sus conclusiones en un libro que se volvió parte de la Biblia. Como para recalcar la ironía, por ese tiempo un grupo musical, Los Byrds, estrenaron un disco de gran éxito en ventas tomado directamente de Eclesiastés 3: «Hay un tiempo para todo». Verdaderamente, Eclesiastés era un li-

bro para todos los tiempos y yo comencé una investigación para comprender ese libro de tanta presciencia.

Cuando me recuperé de mi total asombro acerca del mensaje de Eclesiastés, ciertas preguntas molestas fueron surgiendo. Una me impresionó inmediatamente, mientras leía el Antiguo Testamento de principio a fin. ¿Cómo puede Eclesiastés coexistir con su vecino más cercano, el libro de Proverbios? No podríamos imaginar dos libros más diferentes. Léalos uno después del otro y se preguntará si el libro de Eclesiastés fue escrito como un tipo de refutación burlona.

El libro de Proverbios ha descifrado la vida: aprenda la sabiduría, practique la prudencia, siga las reglas, y vivirá una vida larga y próspera. Su tono de optimismo mundano me recuerda los aforismos de Benjamín Franklin, y por cierto hoy en día varias industrias producen cuadros al estilo estadounidense del siglo diecinueve con versículos de Proverbios bordados. Tales industrias, sin embargo, cuidadosamente evitan Eclesiastés, ya que este describe un mundo donde ninguno de los proverbios funciona. El tono de confianza y desenfadado —*Yo he descifrado la vida y usted solamente tiene que seguir este consejo sabio*— ha desaparecido, y ha sido reemplazado por resignación y cinismo. Las personas ahorrativas y honorables sufren y se mueren igual que todo el mundo. Las personas malvadas prosperan y engordan, a pesar de las atildadas fórmulas de Proverbios que proclaman lo contrario.

En la tierra suceden cosas absurdas, pues hay hombres justos a quienes les va como si fueran malvados, y hay malvados a quienes les va como si fueran justos. ¡Y yo digo que también esto es absurdo! (8:14).

Para echar un vistazo a la severa disparidad entre Proverbios y Eclesiastés, sencillamente compare el uso de la palabra *sabiduría*. Proverbios exalta y personifica la sabiduría, algunos dirían que con con-

notaciones intencionalmente mesiánicas. ¿El punto de vista del Maestro sobre la sabiduría?

Francamente, mientras más sabiduría, más problemas;

Mientras más se sabe, más se sufre (1:18).

La sabiduría tiene ciertas ventajas sobre el desatino, admite el Maestro, pero ¿y eso qué? Un mismo final les espera a todos (2:13-14). «En realidad, ¿quién sabe qué le conviene al hombre en esta breve y absurda vida suya, por donde pasa como una sombra? ¿Y quién puede decirle lo que sucederá en esta vida después de su muerte?» (6:12).

En el pasado esta clase de disparidad entre dos libros del Antiguo Testamento contiguos me molestaba y me decepcionaba. ¿No debía la Biblia mostrar más uniformidad? Al pasar el tiempo, sin embargo, llegué a apreciar la variedad como una de las mayores fortalezas del Antiguo Testamento. Como una sinfonía muy larga, pasa a través de estados de ánimo regocijantes y sombríos, cada uno de los cuales contribuye al impacto de la totalidad. Refleja lo que todos experimentamos, algunas veces las pruebas de Job y algunas veces la serenidad del Salmo 23, mientras vivimos en un mundo que algunas veces se despliega de acuerdo con los principios de Proverbios y otras se somete a las contradicciones discordantes de Eclesiastés.

La maldición de obtener lo que uno desea

Yo también trataba de comprender la identificación tradicional del Maestro con Salomón, el autor de muchos de esos proverbios. La mayoría de los eruditos bíblicos dudan que Salomón escribiera Eclesiastés (el libro mismo no nombra un autor, y varias pistas sugieren una fecha más tarde). Aun así, el libro fue escrito claramente bajo la sombra de Salomón (vea 1:1, 12, 16; 2:4-9; 7:26-29; 12:9). Si un dramaturgo hoy en día basara una obra en un presidente estadounidense

plagado por el escándalo que renunció a su posición bajo amenaza de destitución, la obra no necesita nombrar a Richard Nixon ya que el público lo sobreentenderá. En forma similar, el tono completo de Eclesiastés refleja el tono del tiempo del rey Salomón, cuando Israel alcanzó su apogeo como nación.

Y ahí está el problema. ¿Cómo puede la sombría desesperación de Eclesiastés provenir de la época de oro de Israel, cuando las cosas iban tan bien? Los días de esclavitud en Egipto hubieran podido producir un libro tan deprimente, pensé, pero no los gloriosos días de Salomón y sus sucesores reales. Mi lectura de la literatura moderna, en la cual a menudo veía connotaciones de Eclesiastés, cambió mis suposiciones.

Siempre me había parecido raro que la filosofía existencialista moderna de desesperación se hubiese originado en una de las ciudades más bellas de la tierra, París, durante un tiempo de expansión de riquezas y de oportunidades. Curiosamente, aprendí, la desesperación existencialista, ya bien sea en el Maestro o en Camus, tiende a brotar del terreno del exceso. ¿Por qué?

El libro de ensayos de Walter Percy, *The Message in the Bottle* [El mensaje en la botella], comienza con ejemplos de esta anomalía. Percy hace una serie de preguntas, incluyendo estas:

¿Por qué más personas cometen suicidio en San Francisco, la ciudad más bella de Estados Unidos, que en cualquier otra ciudad? [En Europa, la capital del suicidio es Salzburgo, Austria.]

¿Por qué Jean Paul Sartre, sentado en un café francés y escribiendo *Náusea* —que es acerca de lo absurdo de la existencia humana y la náusea de la vida en el siglo veinte— era el hombre más feliz de Francia al momento?

¿Por qué un hombre que viaja en un buen tren de pasajeros de Larchmont a Nueva York, cuyas necesidades y motivación están satisfechas, que tiene un buen hogar, una

esposa y una familia que lo aman, un buen empleo, que disfruta de «servicios culturales y recreativos» sin precedentes, a menudo se siente mal sin saber por qué?

Percy continúa explicando que la desesperación brota de circunstancias de abundancia en lugar de necesidad. Por cierto, no encontré alienación ni desesperación en la sombría obra de tres volúmenes *El archipiélago de Gulag*, de Solzhenitsyn; encontré ira, una pasión por la justicia, y una voluntad desafiante de sobrevivir. Como explica Viktor Frankl en *Man's Search for Meaning* [La búsqueda de significado por el hombre], las víctimas de los campos de concentración, incluyéndose a él, no se atrevían a sucumbir a la falta de significado, porque solamente una fe perdurable en el significado los mantenía vivos.

La desesperación existencialista no germinó en los pozos del infierno de Auschwitz ni en Siberia sino en los cafés de París, los cafés de Copenhague, los palacios lujosos de Beverly Hills. Después de un viaje a Europa Oriental durante la Guerra Fría, el novelista Philip Roth reportó: «En Occidente todo sucede y nada importa. Mientras que en el Este, nada sucede y todo importa».

Paradójicamente, entonces, un libro de desesperación como *Eclesiastés* es más probable que surja de una época dorada. Analice el contraste entre *Eclesiastés* y *Job*. Ambos cubren muchos de los mismos asuntos: la injusticia de la vida, por qué existe el sufrimiento, por qué las personas malvadas prosperan y las buenas sufren; pero ¡qué diferencia en el tono! *Eclesiastés* exuda lo absurdo y la inutilidad mientras que *Job* está lleno de traición, pasión y clamor por justicia. *Job* le levanta el puño a Dios, lo confronta, exige una respuesta. El Maestro encoge los hombros, susurra «¿Y qué?», y se toma otra copa de vino. Los dos definen el espectro de la desesperación, desde la angustia del sufrimiento no aliviado hasta el aburrimiento decadente del exceso.

El tono de *Eclesiastés* captura precisamente el estado de ánimo

de los países occidentales ricos. Wendell Berry recuerda la sociedad de su cómodo crecimiento en Estados Unidos como una en la cual

sabíamos y dábamos por supuesto: el matrimonio sin amor; el sexo sin disfrute; la bebida sin sociabilidad; el nacimiento, la celebración y la muerte sin una ceremonia adecuada; la fe sin dudas ni pruebas; la creencia sin las obras; los modales sin generosidad. ... Algunas emociones tan humanizantes como tener placer en cosas pequeñas e improductivas, regocijo, admiración, éxtasis las removieron como por una operación del cerebro.

O considere la escena en la Europa secular donde la gente conduce automóviles BMW y Volvo, come en restaurantes de lujo, visita tiendas sexuales y busca lo bueno de la vida. Aunque han abandonado las ambiciones coloniales, aún responden con compasión templada a la última crisis internacional de inundación o hambruna. Uno no los llamaría malos; sin embargo, no demuestran interés en Dios ni pasión por la moralidad. Tales personas indignaban a Job:

Pasan la vida con gran bienestar,
y en paz bajan al sepulcro.
A Dios increpan: «¡Déjanos tranquilos!
No queremos conocer tu voluntad.
¿Quién es el Todopoderoso, para que le sirvamos?
¿Qué ganamos con dirigirle nuestras oraciones?»

Eclesiastés, sin embargo, presenta una filosofía así como un modelo atractivo. De acuerdo con Jack Miles, «Eclesiastés ni maldice ni bendice a Dios sino solamente lo encuentra incomprensible y hace todo lo posible por cubrir todas las opciones, incluyendo la sabiduría y la justicia».

Una pista hacia el origen de la desesperación existencialista apa-

rece en una frase al comienzo de Eclesiastés, cuando el Maestro exclama: «¡Penosa tarea ha impuesto Dios al género humano para abrumarlo con ella!» (1:13). Luego continúa describiendo la carga en detalle biográfico. La carga del Maestro, a diferencia de la de Job, no tenía que ver con desgracias personales sino que, por el contrario, su carga era el exceso. Alcanzó gran sabiduría. Intentó programas sociales en gran escala. Acumuló más riquezas que nadie antes que él. Buscó toda clase de placer. Sin embargo en todos esos casos, concluyó al final que «todo era absurdo, un correr tras el viento, y que ningún provecho se saca en esta vida» (2:11). Todo lo que obtuvo por sus esfuerzos fue temor a la muerte y un mal caso de insomnio. ¿Para qué?

El Maestro realmente no esperaba resolver los acertijos de la vida, y su actitud de resignación contrasta fuertemente con la combatividad de Job. A diferencia de Job, como muchos de los salmistas, el Maestro aparentemente no tiene una relación apasionada con Dios. Ha caído en la idolatría: no la clase que implica estatuas paganas, sino la clase generalizada en tiempos modernos, como en Europa Occidental, donde una insignificante minoría asiste a la iglesia y las personas se dedican más bien a buscar «calidad de vida». O la idolatría en los Estados Unidos, donde, insistimos, tenemos el derecho garantizado de satisfacer nuestros placeres, y nadie nos va a detener. El Maestro estaría de acuerdo, con esta advertencia: usted nunca tendrá éxito, siempre deseará más. He aquí su conclusión:

Todo esto he visto durante mi absurda vida: hombres justos a quienes su justicia los destruye, y hombres malvados a quienes su maldad les alarga la vida.

No seas demasiado justo,
ni tampoco demasiado sabio.
¿Para qué destruirte a ti mismo?
No hay que pasarse de malo,
ni portarse como un necio.
¿Para qué morir antes de tiempo?

Conviene asirse bien de esto,
sin soltar de la mano aquello.

El consejo del Maestro —sea bueno pero no demasiado bueno, sabio pero no demasiado sabio— es un buen ejemplo de la búsqueda por un promedio dorado de comportamiento. Después de probar los extremos de ambos lados, el Maestro se acomoda a mitad del camino entre el hedonismo y el suicidio.

La teoría del topo de la KGB

«¿Cuál es el significado de la vida?», le preguntó el estudiante al rabino.

El rabino respondió: «Esa es una pregunta maravillosa, ¿por qué la quiere cambiar por una respuesta?»

Las contradicciones aparentes entre Eclesiastés y prácticamente todo lo demás en la Biblia finalmente me llevaron de regreso a la pregunta fastidiosa de cómo Eclesiastés llegó a ser parte de la Biblia. Para comprender el problema de Eclesiastés, analice los siguientes versículos. Están fuera de su contexto, pero cada uno expresa un punto de vista adoptado por el Maestro:

Contempla las obras de Dios:

¿Quién puede enderezar lo que él ha torcido? (7:13).

¡Anda, come tu pan con alegría! ¡Bebe tu vino con buen ánimo, que Dios ya se ha agradado de tus obras! (9:7).

Para alegrarse, el pan;

para gozar, el vino;

para disfrutarlo, el dinero (10:19).

Y todo lo que te venga a la mano, hazlo con todo empeño; porque en el sepulcro, adonde te diriges, no hay trabajo ni planes ni conocimiento ni sabiduría (9:10).

Cada una de estas declaraciones representan una etapa en el peregrinaje hacia atrás del Maestro mientras investiga el significado de la vida, y cada una contradice radicalmente otras partes de la Biblia. ¿Por qué dedicaría el Maestro páginas de detalles para expresar cada filosofía vana, mientras que incluye solamente unas pocas frases para presentar el punto de vista bíblico más común?

Los comentarios conservadores que he consultado utilizan alguna variación de lo que yo llamo el enfoque de «agente doble de la KGB» hacia Eclesiastés. En los últimos meses de la Guerra Fría, un importante oficial de la KGB desertó a los Estados Unidos. Apareció en las noticias nocturnas alabando las virtudes de la democracia estadounidense y le fue dado un lugar muy amplio en Virginia para vivir feliz el resto de su vida. Unos meses más tarde, sin embargo, corrió a la embajada soviética, se arrepintió de su desertión, y declaró que todas sus palabras de alabanza habían sido mentiras.

Muchos comentarios presentan a Eclesiastés como una trampa similar. El autor, un creyente genuino, que en la realidad no puede estar en las angustias de la desesperación, se pone el disfraz de una persona secular, uno «en esta vida» (frase que utiliza treinta veces). Lo hace solamente para mantener al lector interesado, mientras que demuestra la futilidad de todo en esta vida. Entonces al final deja caer la trampa y —*¡te atrapé!*— anuncia la verdad que siempre ha creído: «Teme, pues, a Dios y cumple sus mandamientos, porque esto es todo para el hombre» (12:13).

El apologista Francis Schaeffer perfeccionó un enfoque similar, que llamó «llevar a la gente al final lógico de sus presuposiciones». Como hipótesis adoptaba las suposiciones más materialistas: Dios no existe, no hay absolutos; y después demostraba que tal forma de pensar lleva a los extremos lógicos del suicidio y la anarquía. Muchas per-

sonas encontraron el enfoque de Schaeffer convincente. Algunos pueden razonar que los novelistas rusos Turgenev y Dostoievski utilizaron un enfoque similar en *Padres e hijos*, *Los hermanos Karamazov* y *Los poseídos*. Ambos autores extienden las presuposiciones del nihilismo (una palabra acuñada por Turgenev) a su conclusión lógica, y exponen la debilidad de la filosofía como regla moral para las sociedades o para individuos. «Si Dios no existe, todo es permitido», escribió Dostoievski.

Este método válido de la apologética, sin embargo, resulta poco satisfactorio cuando se aplica a Eclesiastés por una razón básica: en Eclesiastés las porciones «seculares» o absurdas son mucho más convincentes que los pocos rayos de luz. Al igual que Milton inconscientemente hizo a Satanás el verdadero héroe de *El paraíso perdido*, el Maestro hace de las porciones desesperantes de Eclesiastés las partes más irresistibles del libro. Las porciones más optimistas o «piadosas» parecen parches, esfuerzos poco disimulados del Maestro de convencerse de que hay esperanza. Para apreciar el valor del libro, tuve que buscar más profundamente, y socavar la filosofía rara del Maestro desde adentro.

La carga de los dioses

La única sabiduría que podemos esperar adquirir es la sabiduría de la humildad. La humildad no tiene límite.

—T. S. ELLIOT

El capítulo 3 de Eclesiastés proporciona, desde mi punto de vista, el corazón mismo del mensaje del Maestro. Comienza con el pasaje más famoso del libro, el poema celebrado en una canción en inglés que fue popular en la década del 1960 («Hay un tiempo para todo...»), y después repite la frase «He visto la tarea que Dios ha impuesto al gé-

nero humano». Luego viene una sección extraordinaria que prepara el camino para todo lo que sigue.

El Maestro desarrolla lo que los teólogos llamaban, antes de la preocupación por el lenguaje sexista, «antropología: la doctrina del hombre». Considera en qué se parece el hombre a los animales —todos tenemos el mismo destino— y en qué somos diferentes. Primeramente, dice, somos diferentes por soportar la carga de los dioses. Como dice Pascal, la grandeza del hombre comparada a la de los animales es que el hombre sabe que es un desdichado.

Los griegos expresaron esta «carga» en su mito de Prometeo, el que trajo a la humanidad el fuego, que simboliza el progresismo y las artes. El hacer eso también les trajo «honores más allá de lo merecido», y como castigo Zeus encadenó a Prometeo a una roca para que lo destripara un águila. Los humanos se extralimitaron de la misma manera, y al hacerlo se echaron encima el peso del sufrimiento y la culpabilidad.

En un paralelo sorprendente con la mitología griega, los cristianos creemos que Dios ha puesto esa carga sobre nosotros porque nos aferramos a ella. Recuerde el Jardín del Edén, antes de que no hubiera ni siquiera un indicio de desesperación existencial, cuando el trabajo y el placer eran totalmente satisfactorios. En ese tiempo de felicidad humana Adán y Eva buscaron «llegar a ser como Dios, conocedores del bien y del mal». Eligieron negar su condición de criaturas y trataron de alcanzar más de lo que Dios les había otorgado. Al desconfiar de Dios, se echaron la carga de los dioses sobre ellos mismos.

El siglo pasado patéticamente tomó parte de la carga de los dioses, y al hacerlo descubrió tanto sus exaltadas esperanzas como su aplastante desesperación. La mayoría de los problemas han surgido, irónicamente, por nuestro deseo de progresar, de mejorar, de hacer la vida mejor. Al finalizar el siglo diecinueve, parecía que la ciencia y la tecnología sanarían las enfermedades, eliminarían el dolor y nos permitirían a todos vivir como reyes. Pero el progreso que nos trajo máquinas lavaplatos y la vacuna contra la poliomielitis también nos

trajo las armas nucleares, el calentamiento global e innumerables cancerígenos.

El finado Bruno Bettelheim recalcó:

Nunca antes tantas personas han vivido tan bien; ya no temblamos atemorizados por las enfermedades y el hambre, por las maldades escondidas en la oscuridad, por el hechizo de las brujas. La carga del trabajo agotador nos ha sido quitada, y las maquinarias, y no el esfuerzo de nuestras manos, pronto nos proveerá de casi todo lo que necesitamos, y de mucho de lo que realmente no necesitamos. Hemos heredado libertades que el hombre se ha esforzado por conseguir desde hace siglos. Por todo esto y mucho más deberíamos estar viviendo un amanecer de gran promesa. Pero ahora que somos más libres para disfrutar la vida, estamos profundamente decepcionados de que la libertad y la comodidad, que buscamos con tan profundo deseo, no le da significado ni propósito a nuestra vida.

Nuestros mejores esfuerzos fracasan. Aprendemos a prolongar la vida, y sin embargo fracasamos en proporcionar significado a las personas que están conectadas permanentemente a las máquinas zumbantes, y por eso personas como Kevorkian surgen con soluciones alternativas. Llevamos antibióticos a países subdesarrollados, solamente para ver la mortalidad infantil bajar dramáticamente, la población crecer rápidamente, y el espectro de la hambruna aparecer. Invertimos cien mil millones de dólares en una guerra contra la pobreza y terminamos con más personas pobres que antes.

Los países más tecnológicamente avanzados también son los más conocidos por la desintegración de la familia, la drogadicción, el aborto, los crímenes violentos, las personas sin hogar y el suicidio. Como se lamentaba Malcolm Muggeridge,

El resultado es casi invariablemente lo opuesto de lo que se desea. Por ejemplo, expandir la educación pública ha resultado en mayor analfabetismo; medio siglo de agitación pacifista ha resultado en las dos guerras más feroces y destructivas de la historia; la política igualitaria ha creado una conciencia de clase más elevada ... y la libertad sexual ha dado lugar a una erotomanía en una escala nunca antes soñada.

—*Jesus Rediscovered* [Jesús redescubierto]

En forma similar, Eclesiastés hace sonar su condena en una era de prosperidad y progreso social sin precedentes. El soberano Israel podía sentir en sí mismo y en su nación el no poder sostener la carga. Aprendió la dura lección que Moisés había tratado de enseñar a los israelitas siglos atrás: cualquier cosa que los seres humanos toquen, llevará un defecto fatal. Los buenos tiempos representan el verdadero peligro; nuestros mejores esfuerzos nos llevan a la ruina. En resumen, los seres humanos no son dioses, y ese entendimiento llevó al Maestro a la desesperación. Roger Shattuck lo llama «el efecto de la esposa de Bath» del personaje de Chaucer: «Estamos descontentos con lo que tenemos, cualquier cosa que sea, porque es nuestro».

Eternidad en nuestros corazones

Encontré una vez un panorama bello a unos pocos kilómetros de Anchorage, Alaska, donde noté una serie de automóviles estacionados al costado de la carretera. Contra el cielo color gris pizarra, el agua de una ensenada del océano tenía un color verdoso, interrumpido por pequeñas cabrillas. Pronto me di cuenta que no eran cabrillas en lo absoluto, sino ballenas, ballenas blancas plateadas en una manada que se alimentaba a no más de diecisiete metros de la costa. Estuve de pie con los otros espectadores por cuarenta minutos, escuchando

el movimiento rítmico del mar, siguiendo las medialunas elegantes y fantasmales de las ballenas que salían a la superficie. La multitud estaba silenciosa, aun reverente. Durante ese momento, nada más importó, ni las reservaciones para cenar, ni el itinerario del viaje, ni la vida en casa. Nos vimos frente a frente con un panorama de serena belleza y gran majestad. Nos sentimos insignificantes. Aunque desconocidos, nos mantuvimos de pie en silencio hasta que las ballenas se retiraron. Entonces caminamos juntos por el terraplén y subimos a nuestros coches para continuar nuestras vidas ocupadas y ordenadas, que de repente parecieron menos urgentes.

El Maestro sin lugar a dudas comprendería la respuesta de la multitud hacia las ballenas, ya que insiste que, aunque no somos dioses, tampoco somos exclusivamente animales. Dios nos ha puesto «eternidad en el corazón» (Eclesiastés 3:11, RVR 1960). Una frase tan elegante se aplica a mucho de la experiencia humana. Seguramente indica un instinto religioso, un instinto que, para desconcierto de los antropólogos, encuentra expresión en toda sociedad humana que hasta ahora se ha estudiado. Nuestros corazones perciben la eternidad en otras maneras que no son religiosas. El Maestro no es un nihilista, y ve con deslumbrante claridad la belleza del mundo creado.

Yo detecto en Eclesiastés un sentido del «anhelo» o *Sehnsucht*, del cual C. S. Lewis escribió tan elocuentemente. «Gotas de gracia», llamó una vez Lewis a esos rumores de trascendencia que experimentaba cuando escuchaba música, leía los mitos griegos o visitaba una catedral. Todos sentimos ese anhelo algunas veces: en el sexo, en la belleza, en la música, en la naturaleza, en el amor.

¿De dónde vino nuestro sentido de belleza y placer? Esta me parece una gran pregunta (el equivalente filosófico, para los ateos, del problema del dolor para los cristianos). La respuesta del Maestro es clara: Un Dios bueno y amoroso naturalmente desearía que sus criaturas experimenten el deleite, el regocijo, y la satisfacción personal. G. K. Chesterton dice que el placer, o la eternidad en su corazón, fue la señal que finalmente lo dirigió hacia Dios.

Había venido a mi mente una impresión borrosa y enorme de que en cierta forma todo el bien era un remanente de una ruina primordial que había que mantener y guardar como sagrado. El hombre había salvado su bien como [Robinson] Crusoe había salvado sus bienes: los había salvado de un desastre. Todo esto que sentía y la edad no me daban aliento para sentirlo. Ni siquiera había pensado en la teología cristiana.

—*Orthodoxy* [Ortodoxia]

Un encuentro con la belleza o una experiencia de gran regocijo puede hacer que olvidemos nuestro verdadero estado mortal por un momento, pero no por mucho tiempo. Al niño que tomamos en nuestro regazo a la hora de comer le gritamos cerca de la hora de dormir; con la persona que hicimos el amor anoche nos peleamos hoy. Toda novia llega al altar creyendo en una nueva vida de felicidad, y cada padre de un recién nacido sale del hospital lleno de regocijo; y sin embargo, sabemos que la mitad de todos los matrimonios terminan en divorcio y quizás la tercera parte de todos los niños sufrirán abuso de manos de sus padres. Nunca podemos librarnos de la carga insoportable de los dioses.

Desde luego, una persona puede sentir la eternidad en el corazón y nunca regresar al Dios que la puso allí. Para los que continúan viviendo «en esta vida» el Maestro de Eclesiastés tiene un mensaje sencillo: usted seguramente fracasará en encontrar lo que lo satisface. «¿Es esto todo lo que hay?» preguntaba la cantante Peggy Lee en su propia versión de Eclesiastés de la década del 1960. Uno puede fracasar en el lado positivo buscando frenéticamente riquezas, éxito y lo mejor en cuestiones sexuales, o puede fracasar en el lado negativo abandonando lo que estaba haciendo, dándose por vencido o hundiéndose en un estupor de drogas. En su odisea, el Maestro cayó de ambos lados.

La declaración de decadencia de la persona más rica, más sabia y

más talentosa del mundo sirve como una alegoría perfecta de lo que puede pasar cuando perdemos de vista al Dador cuyas buenas dádivas disfrutamos. El placer representa un gran bien pero también un grave peligro. Si comenzamos a correr tras el placer como un fin en sí mismo, en el camino podemos perder de vista al Dador de buenas dádivas que disfrutamos como el impulso sexual, las papilas gustativas y la capacidad de apreciar la belleza. En ese caso, como Eclesiastés lo dice, una total devoción al placer nos llevará paradójicamente a un estado de total desesperación.

Eclesiastés insiste en que las piedras con que tropezamos son cosas buenas en sí mismas. «Dios hizo todo hermoso en su momento» (3:11). Sin embargo, asumiendo una carga que no debíamos cargar, convertimos la desnudez en pornografía, el vino en alcoholismo, la comida en glotonería y la diversidad humana en racismo y prejuicio. A medida que abusamos de las buenas dádivas de Dios desciende la desesperación; ya no parecen dádivas, y ya no parecen buenas.

Eclesiastés perdura como una gran obra literaria y un libro de gran verdad porque presenta ambos lados de la vida en este planeta: la promesa de placeres tan atractivos que podríamos dedicar nuestras vidas a buscarlos, y después el obsesionante entendimiento de que esos placeres finalmente no satisfacen. Este seductor mundo de Dios es demasiado grande para nosotros. Hechos para otro hogar, hechos para la eternidad, finalmente comprendemos que nada de este lado del Paraíso eterno calmará los susurros del descontento.

El Maestro completa su oración: «y puso en la mente humana el sentido del tiempo, aun cuando el hombre no alcanza a comprender la obra que Dios realiza de principio a fin». Ese es el significado de Eclesiastés en pocas palabras. La misma lección que Job aprendió en polvo y cenizas —que los humanos no podemos descifrar la vida por nosotros mismos— el Maestro la aprendió en una túnica y un palacio. Al final, el Maestro reconoce libremente que la vida no tiene sentido fuera de Dios y nunca tendrá sentido completamente porque no somos Dios. Como dijo Kierkegaard, «si la vida de un hombre no es

para pasarla dormitando en inactividad ni para desperdiciarla en un movimiento ajetreado, debe haber algo más alto que la atraiga».

En palabras del Maestro,

Así como no sabes por dónde va el viento ni cómo se forma el niño en el vientre de la madre, tampoco entiendes la obra de Dios, creador de todas las cosas (11:5).

A no ser que reconozcamos nuestras limitaciones y nos sometamos al mandato de Dios, a no ser que confiemos en el Dador de todas las buenas dádivas, terminaremos en un estado de desesperación. Eclesiastés nos llama a aceptar nuestra posición como criaturas bajo el dominio del Creador, algo que pocos de nosotros hacemos sin una batalla.

Una historia de dos reinos

Es chistoso que cuando uno es muy anciano, como yo, setenta y cinco años y cerca de la muerte, las cosas más raras ocurran. Uno muy a menudo se despierta como a las dos o tres de la mañana y está medio dentro y medio fuera de su cuerpo, una situación muy extraña. Uno puede ver su viejo cuerpo apaleado ahí entre las sábanas y es de igual probabilidad si uno toma posesión de él de nuevo y pasa a través de otro día o se larga a donde puede ver, como las luces en el cielo mientras está conduciendo, las luces de la Ciudad de Dios de Agustín. En ese tipo de limbo, entre estar dentro y estar fuera de su cuerpo, uno tiene la más extraordinaria confianza, una conciencia aguzada de que esta tierra nuestra con toda su insuficiencia es un lugar extraordinario y bello, que la experiencia de vivir en ella es una experiencia maravillosa y singular, que las relaciones con otros seres humanos, el amor humano, la procreación humana, el trabajo, todas esas cosas son maravillosas y estu-

pendas a pesar de todo lo que pueda decirse acerca de la dificultad de nuestras circunstancias; y finalmente, una convicción que sobrepasa toda creencia que como un participante en sus propósitos para su creación y que esos propósitos son amorosos y no malignos, y creativos y no destructivos, son universales y no particulares. En esa confianza hay un increíble consuelo y un increíble regocijo.

—MALCOLM MUGGERIDGE, *The End of Christendom*
[El fin del cristianismo]

No se predicán muchos sermones de Eclesiastés, ya que es uno de los libros más confusos de la Biblia. Muchos cristianos conservadores lo tratan con un disgusto cortés, como si se hubiera escabullido dentro del canon cuando nadie estaba mirando. Yo he llegado a ver Eclesiastés no como un error, no como una forma inventada de apologetica en reversa, sino como un recordatorio profundo de los límites de ser un humano. Eclesiastés expone las consecuencias inevitables de una vida sin Dios en su centro, y las trampas de las que nos previene ponen en peligro al creyente tanto como al pagano. El rey Salomón, la figura escondida detrás del libro, es el mejor ejemplo de todos.

Desde Génesis 12 en adelante, el Antiguo Testamento documenta cómo Dios cumplió su pacto con Abraham. Primero Dios apartó una tribu, los israelitas, y después a través de un proceso tortuoso hizo de ellos un gran pueblo. Después del Éxodo de Egipto, ganaron su propia tierra, la última de las promesas a ser cumplidas. En tiempos de Salomón, la nación unida tenía paz y prosperidad. El punto culminante llegó en un espectáculo asombroso como de encuentros cercanos del tercer tipo, descrito en 1 Reyes 8, cuando la gloria del Señor bajó para llenar el templo de Salomón. En los tiempos de Salomón todo estaba funcionando. Los judíos estaban llevando luz a los gentiles: un desfile de gobernantes extranjeros de Sabá y otros lugares iban a ver por sí mismos las maravillas de Israel y del Dios de

Israel. El reino de Salomón sobresale como un momento brillante de tranquilidad en la historia tormentosa de los judíos.

Nadie en la historia comenzó con mayores ventajas que el rey Salomón, con sus privilegios de nacimiento, su enorme talento natural, y un don sobrenatural de sabiduría. Sin embargo, ni siquiera Salomón con toda su sabiduría podía soportar la carga de los dioses. Sus excesos sexuales eran legendarios: setecientas esposas y trescientas concubinas. Primero de Reyes describe en gran detalle los siete años de la construcción del templo de Dios, después nota intencionalmente que el palacio de Salomón, dos veces más grande que el templo, tomó dos veces más tiempo de construcción. Fue Salomón el primero que colocó ídolos paganos en los lugares sagrados de Jerusalén, en un intento de aplacar a sus esposas exóticas. El gobernante sincero que prometía tanto terminó desafiando todas las reglas de Dios contra los excesos de un rey. El autor de tres mil proverbios los rompió con una falta de moderación que nunca ha sido igualada.

La nación se dividió en dos después de la muerte de Salomón y se deslizó hacia la ruina desde ese día en adelante. Como Moisés había pronosticado mucho antes, la mejor hora de Israel lo llevó a su decadencia precipitada y a su caída. Eclesiastés, reflejando el comienzo de esa decadencia, viene a nosotros como la lección más dura aprendida en las calles de Jerusalén. Es, en pocas palabras, un resumen profundo de la «ciudad del hombre» contra la «ciudad de Dios», el reino de este mundo contra el reino de los cielos.

¿Será posible que Dios permitió el total experimento trágico de la independencia nacional de Israel para demostrar algo acerca del reino visible, acerca de cualquier reino visible? Salomón con todas las ventajas de sabiduría, poder y riquezas, todas buenas dádivas de Dios, llevó su nación a la destrucción. ¿Le otorgó Dios a Salomón esas ventajas para matar las ilusiones y así preparar el camino para un nuevo reino? Los reinos de este mundo se construyen sobre la base de la inteligencia, la belleza, las riquezas y la fortaleza. Sin embargo, aun en lo mejor de ellos, lo mejor como lo de Salomón, tales atraccio-

nes humanas fracasan. ¿No ha demostrado la historia esta verdad una y otra vez, por los siglos de los siglos?

Un rey posterior, uno más grande que Salomón, decía él, estableció su gobierno en lugar de ello entre los débiles y los pobres y los oprimidos y los ritualmente impuros. Menospreció la gloria de Salomón comparándola con la de un lirio común. No ofreció recompensas más que la perspectiva de una cruz del verdugo. El reino de Salomón tiene éxito por la acumulación; el reino de Jesús tiene éxito por el sacrificio personal. «Usted debe perderse para encontrarse» era el proverbio más repetido de Jesús. El mundo aún no estaba listo para un reino como el de Jesús. Aun cuando regresó a la tierra después de la Resurrección los discípulos no captaron la diferencia: «Señor, ¿es ahora cuando vas a restablecer el reino a Israel?», preguntaron, todavía anhelando el reino visible de Salomón.

Los reyes de Israel que sucedieron a Salomón no aprendieron, los discípulos que siguieron a Jesús no aprendieron, ¿y qué de nosotros? Yo me puedo imaginar al Maestro de Eclesiastés de pie delante de un estante de revistas en un quiosco de periódicos moderno. «Mire todas estas revistas sobre físico culturismo. ¿Cree usted que la carne va a durar para siempre? ¿No piensa usted en la tumba? Mire las revistas sobre el mundo de los negocios: ¿Por qué cosa está usted luchando? ¿Cree de veras que encontrará satisfacción ahí? Y mire esas otras: «Yo traté el desatino al igual que la sabiduría, y ambos me llevaron al mismo lugar. A la tumba». En las palabras enigmáticas de Jesús, que pudieran presentarse como un resumen del mensaje de Eclesiastés, «¿de qué sirve ganar el mundo entero si se pierde la vida?»

Eclesiastés tiene un misterioso toque moderno porque no hemos aprendido sus lecciones más básicas. Nosotros también perseguimos el atractivo del reino visible.

Los escritores existencialistas populares en la década del 1960 resultaron ser proféticos en un sentido: ellos examinaron las ilusiones bajo las cuales vivimos y las revelaron como ilusiones. En un sentido los inquietos, los que sienten la falta de armonía del mundo, están

más cerca de Dios que los que están satisfechos con el mundo. En las palabras de Percy Walker, la enajenación humana es «primero y último la falta de hogar de un hombre que en realidad no está en su hogar». A diferencia del Maestro, la mayoría de los escritores modernos culpan a Dios, o a la ausencia de Dios, por la condición humana. Pocos en su lugar perciben la desesperación como un síntoma de nuestra humilde necesidad de Dios. Ellos no nos muestran el hogar para el cual fuimos creados.

El final del asunto

Los judíos tienen la costumbre de recordar Eclesiastés una vez al año, durante la fiesta de las Enramadas. Cuando yo vivía en Chicago, las familias de la costa norte erigían tiendas en los patios de sus casas, dentro de las cuales comían y reflexionaban sobre los relatos del Antiguo Testamento sobre sus antepasados en el desierto de Sinaí. En medio de la ceremonia, un líder se ponía de pie entre ellos y leía el libro completo de Eclesiastés en voz alta. Servía como una seria advertencia en contra de depender del éxito y la prosperidad.

Quizás todos deberíamos adoptar la costumbre judía de una lectura anual, especialmente nosotros los estadounidenses en nuestros condominios y comunidades privadas, rodeados de la generosidad del reino visible, confiados presumidamente del triunfo del capitalismo, con nuestra nación segura detrás de su protección de armas nucleares. J. I. Packer llama a Eclesiastés el «único libro en las Escrituras diseñado expresamente para volvernos realistas».

A los cristianos comprometidos, Eclesiastés también ofrece un correctivo. A veces podemos encontrar que la fe ha muerto, que las respuestas a las que nos aferramos ya no parecen ofrecer una solución a la vida. Podemos sentir depresión, desesperación, aburrimiento, apatía. O, en el extremo opuesto, nos podemos sentir tentados por una espiritualidad risueña que promete salud y prosperidad, o un

ascetismo espiritual que niega el valor de la comida, la bebida, el relajamiento y hacer el amor. Para contraatacar todas estas tendencias, Eclesiastés presenta la severa solución del realismo desilusionado. Abrazamos la eternidad en nuestros corazones pero soportamos la carga de los dioses sobre nuestros hombros.

Eclesiastés no es la revelación completa, desde luego. No dice nada del Pacto y no incluye historias de milagros de la intervención de Dios ni las promesas de la liberación final de Dios. El Maestro mantiene un campo de visión angosto, reducido a lo que ve a su alrededor. Aun así, el libro de Eclesiastés concluye con esta advertencia:

El fin de este asunto es que ya se ha escuchado todo. Teme, pues, a Dios y cumple sus mandamientos, porque esto es todo para el hombre. Pues Dios juzgará toda obra, buena o mala, aun la realizada en secreto.

Algunos ven el capítulo final como una forma de himno de invitación, como si el autor nos hubiera llevado disimuladamente hacia un llamamiento final. Algunos lo ven como una adición posterior, añadida por los escribas preocupados acerca del mensaje global de Eclesiastés. Yo tengo una visión diferente, de un anciano cansado, no diferente a Salomón, que ha buscado fervientemente la respuesta a los misterios de la vida. En la primera parte del capítulo 12, da una descripción brillante, al estilo de Shakespeare, de la ancianidad. Ahora, abrumado por sus errores y su mortandad, suspira y dice: Solamente una cosa vale la pena. De alguna manera, en medio de este mundo absurdo, acuérdate de tu Creador.

En las palabras del filósofo Ludwig Wittgenstein, «creer en Dios significa ver que los hechos de este mundo no son el final. Creer en Dios significa ver que la vida tiene un significado... Que este significado no está dentro de ella sino fuera». David y los otros salmistas se hicieron el hábito de recopilar todos los aspectos de sus vidas para presentárselos a Dios como un acto de adoración. El Maestro hizo lo

opuesto: pulverizó tan completamente tales cosas como el trabajo y el placer en sus partes constituyentes que encontró después prácticamente imposible volver a juntarlas. Peló las capas de la cebolla hasta que no quedaba nada. De ahí las advertencias —acuérdate de tu Creador, teme a Dios— para aquellos que todavía tenían tiempo de tenerlas en cuenta.

Los escritores existencialistas popularizaron la frase «salto de fe» como una forma de describir el salto que va más allá de nuestras suposiciones culturales a creer en la trascendencia. Los que tienen sensibilidad religiosa encontraron un pariente en Sören Kierkegaard, defensor de Abraham, Job, David, y todos los Caballeros de la Fe como ellos que creyeron a pesar de las circunstancias, a pesar de las dudas de lo contrario. Uno de los escritores existencialistas me llevó al matemático y filósofo del siglo diecisiete Blaise Pascal, que también batalló con problemas de falta de significado. Pascal concluyó que la fe algunas veces se parece a una apuesta. Dijo a sus amigos: «Si yo creo en Dios y la vida después de la muerte y usted no, y si no hay un Dios, ambos perdemos cuando nos morimos. Sin embargo, si hay un Dios, usted aún pierde y yo gano todo». Yo creo que el Maestro hubiera estado de acuerdo.

El clamor al final de *Eclesiastés* no es un triunfante «¿Ya ve? ¡Se lo dije!», sino más bien el último grito ahogado de una persona extraordinaria que pasó su vida corriendo tras todas las alternativas. Yo detecto en ese clamor el tono de *Nudo de víboras* de François Mauriac o el de *El poder y la gloria* de Graham Greene; en resumen, el tono cansado de desesperación que caracteriza nuestro último siglo. Si usted está atrapado en el mundo visible, e insiste en no ver nada más, la fría lógica lo llevará hacia la falta de significado y la desesperación. ¿Estamos nosotros, como sugirió Mark Twain, en un «peregrinaje laborioso y triste, ese vagar patético entre las eternidades»? De alguna manera, el Maestro aconseja al final, dé el gran salto de fe y crea que hay un Dios, y que esta vida algún día tendrá sentido: cuando la eternidad en nuestros corazones encuentre su sabático, cuando la carga

de los dioses descansen sobre nuestros hombros resucitados con una ligereza soportable.

No sé Quién —o Qué— levantó la interrogante. No sé cuándo. Ni siquiera recuerdo haberla contestado. Pero en algún momento le contesté Sí a Alguien —o Algo— y desde ese momento estuve seguro de que la existencia tenía significado y que, por lo tanto, mi vida, al entregarse, tenía una meta.

—DAG HAMMARSKJÖLD, *Markings* [Señales]

Los Profetas: Dios responde

La situación de una persona inmersa en las palabras de los profetas es la de estar expuesta a una incesante destrucción de la indiferencia, y uno necesita un cráneo de piedra para permanecer insensible a tales golpes.

—ABRAHAM HESCHEL

Si usted examina las Biblias de incluso los estudiantes más diligentes, puede encontrar una reveladora banda blanca en las orillas del papel como a la mitad, una línea de limpieza que indica que son pocas las veces que los dedos tocan los libros proféticos del Antiguo Testamento. Aunque esos diecisiete libros ocupan como la quinta parte del total de la Biblia, tienden a no ser leídos. ¿Por qué? Yo le hice esa pregunta a una clase de estudio bíblico, y un estudiante graduado resumió francamente los sentimientos de la clase: «Los profetas son extraños y confusos, y todos suenan igual». Al ponderar aquella respuesta, me di cuenta que él había percibido exactamente el mismo problema que me había mantenido alejado de los profetas por muchos años.

Extraños, sí. Obtuve mis primeras impresiones como niño en «conferencias sobre profecías» durante el verano. Grandes estandartes colgaban a través de la plataforma: sábanas blancas cosidas unas a otras y cubiertas con dibujos toscos de criaturas como de ciencia ficción. Los dibujos representaban principalmente visiones de Daniel y Apocalipsis, y los expositores con largos punteros explicaban el significado de varios dedos y cuernos y ojos. Eran un grupo extraño. Como observa Jack Miles, «los tres profetas principales, Isaías, Jere-

mías y Ezequiel, pueden considerarse respectivamente la expresión maniaca, depresiva o psicopática del mensaje profético. En cuanto a visiones serenas, sensatas o moderadas de profecías, en realidad, no hay ninguna».

¿Confusos? Desde luego que sí. Cada orador de la conferencia profética tenía una teoría privada acerca de cuántos meses nosotros los cristianos tendríamos que sufrir durante la tribulación, y en qué lugar de la tierra estaba creciendo el Anticristo mientras estábamos allí reunidos. Cuando el Mercado Común Europeo comenzó a formarse, la emoción realmente se calentó: ¡los diez dedos de los pies de la bestia de Daniel! Luego se calmaron un poco cuando el undécimo y el duodécimo fueron admitidos.

Más tarde, mientras leía sobre la historia de la Iglesia, descubrí que los cristianos le habían apostado a los caballos equivocados en la década del 1940 cuando Hitler, Stalin y Mussolini parecían competir por el papel del Anticristo; y en la década del 1840, cuando los creyentes se reunieron en cimas de montañas a esperar el regreso de Cristo; y en la década del 1400 y en la del 400 y aun en el primer siglo de nuestra era. Lumbreras como Jonathan Edwards, Martín Lutero e Isaac Newton hicieron declaraciones solemnes sobre el cumplimiento de profecías que ahora parecen insensatas.

Yo recuerdo a Salem Kirban identificando la invasión de las «abejas asesinas» africanas en los Estados Unidos como el cumplimiento de Apocalipsis 9, que presagiaba la señal de la quinta trompeta. También recuerdo en la década del 1980 haber escuchado a Hal Lindsey relacionar un escándalo sobre espías con una profecía bíblica. La filtración por Toshiba de cierto sistema en los astilleros de Leningrado, afirmaba, había hecho a los submarinos soviéticos indetectables por los Estados Unidos, lo que sin duda ponía al mundo más cerca de los últimos tiempos. No he sabido de Lindsey recientemente (su libro *La agonía del gran planeta tierra* fue el libro de mayor venta en la década del 1970, sin excepción), pero ahora mucha de su atención está enfocada en Irak en lugar de Rusia. Un amigo mío co-

mentó cínicamente que James Dobson se hizo tan popular porque se comprobó que Hal Lindsey estaba equivocado acerca del fin del mundo, y los cristianos de pronto se dieron cuenta que les quedaba suficiente tiempo para criar familias.

A fines del siglo pasado apareció una serie de libros que vinculaban ciertos acontecimientos clave con el año 2000, lo que hace eco de la histeria del año 1000. Los «expertos» en profecía advirtieron también acerca de vacas de piel rojiza que estaban siendo procreadas secretamente en Israel, acerca de sistemas de computación en Bélgica programados para controlar lo de «la marca de la bestia» y acerca de tropas de las Naciones Unidas que estaban llegando clandestinamente a bases militares estadounidenses.

Todos los pronosticadores de la historia han dado explicaciones impresionantes de por qué las profecías codificadas en la Biblia encontrarían cumplimiento en sus propios días, y hasta ahora todos se ha demostrado que estaban equivocados. ¿Nos debe sorprender eso? Los escribas judíos tuvieron varios siglos para estudiar las profecías del nacimiento y la vida de Jesús, pasajes que a los creyentes de hoy en día nos parecen extremadamente claros, y ni uno de ellos propuso predicciones exactas sobre la primera venida del Mesías. ¿Por qué debemos esperar que se hará mejor con la Segunda Venida? Confieso que tener tales pensamientos me volvían escéptico al pensar en leer los profetas. Si nadie se puede poner de acuerdo sobre su significado, ¿para qué leerlos?

«Todos suenan igual». Confieso que esta última queja representaba el mayor obstáculo para que yo leyera a los profetas. Me parecían aburridos. A través de las formas de predicación, poesía, política y literatura, todos daban variaciones del mismo mensaje de dos frases: «Se va a poner mal, muy mal. Después se pondrá mucho mejor». En resumen, cuando yo pensaba en los profetas, tenía la imagen de ancianos anticuados que apuntaban con el dedo al mundo, la misma imagen que ha inspirado innumerables caricaturas en revistas.

Libros totalmente modernos

Por esas razones mi Biblia también tenía una ancha banda blanca después de los libros poéticos, que señalaban las partes que no leía, hasta que un día por mi trabajo en *The Student Bible* [La Biblia del estudiante] realicé una lectura cuidadosa de esos libros. Mi trabajo me *requirió* entonces que estudiara a los profetas. Algo sorprendente ocurrió a medida que pasó el tiempo: experimenté un cambio brusco, tan brusco que ahora podría decir que los profetas son mi sección favorita de toda la Biblia.

A gran diferencia de mi estereotipo anterior de ancianos anticuados que apuntaban con el dedo, encontré que los profetas eran los escritores más «modernos» que uno pudiera imaginar. Capítulo tras capítulo tratan con los mismos problemas que cuelgan como una nube sobre nuestro siglo: el silencio de Dios, disparidad económica, injusticia, guerra, la aparente soberanía de la maldad, el sufrimiento no aliviado que aflige nuestro mundo. Estos, los mismos problemas que surgen periódicamente en Job, Salmos, Eclesiastés y aun Deuteronomio, los profetas los llevan a un enfoque claro, como si los estuvieran examinando bajo un microscopio. Como libros prototípicos del realismo del Antiguo Testamento, los profetas expresan elocuentemente las dudas, los dolores y las complejidades que todos sentimos, que yo siento. Llegué a verlos como testigos graves del dilema de ser humanos.

Isaías, normalmente un gigantesco pilar de la fe, se lamentó una vez diciendo: «Eres un Dios que se oculta». En otra ocasión clamó cerca de la desesperación: «¡Ojalá rasgaras los cielos, y descendieras!»

La mayoría de Habacuc se compone de fuertes quejas a Dios, que comienzan con palabras que resuenan en los escépticos modernos:

¿Hasta cuándo, SEÑOR, he de pedirte ayuda
sin que tú me escuches?

¿Hasta cuándo he de quejarme de la violencia
sin que tú nos salves?
¿Por qué me haces presenciar calamidades?
¿Por qué debo contemplar el sufrimiento?

Malaquías y Jeremías protestaron fuertemente el fracaso de la «teología del éxito». En su tiempo, los profetas de Dios ya no estaban, como Elías, destruyendo enemigos con fuego del cielo; ellos estaban desmoronándose en calabozos y cisternas, si no siendo cortados a la mitad. Jeremías, el que, por cierto, nos dejó la palabra *jeremiada*, llenó el libro más largo de la Biblia con un mensaje exprimido entre sollozos.

¡Ojalá mi cabeza fuera un manantial,
y mis ojos una fuente de lágrimas!
Se me parte el corazón en el pecho
y se me estremecen los huesos.
Hasta parezco un borracho,
alguien dominado por el vino.
¡Qué angustia, qué angustia!
¡Me retuerzo de dolor!
Mi corazón se agita. ¡Ay, corazón mío!
¡No puedo callarme!

¿Qué causó tal tormento existencialista? Más allá de su propio dolor y el de su pueblo, Jeremías agonizaba sobre la aparente falta de poder de Dios. Desafió a Dios directamente: «¿Por qué te encuentras confundido, como un guerrero impotente para salvar?» El filósofo agnóstico Voltaire no lo podría haber dicho mejor. ¿Cómo puede un Dios todopoderoso y todo amor tolerar un mundo tan desordenado?

Para los profetas, Dios parecía estar separándose más y más de su creación. ¿Por qué florecen las naciones impías?, se preguntaban. ¿Por qué tantos desastres naturales? ¿Por qué tanta pobreza y depra-

vacación en el mundo, y tan pocos milagros? ¿Dónde estás, Dios? ¿Por qué no nos hablas, como lo hacías antes? Muéstrate, rompe tu silencio. ¡Por el amor de Dios, *actúa*, de veras!

Dios habla

La característica más sorprendente de los profetas, y la razón por la cual estos diecisiete libros merecen un estudio detallado, es que Dios responde a las preguntas vigorizantes de los profetas. El Señor se enfurece y explota, y defiende la manera en que maneja el mundo. Bloquea las quejas de ellos con sus propias quejas.

Imagínese a un biógrafo que encuentra diecisiete largas cartas de Abraham Lincoln dirigidas a su esposa, a sus generales, y a su secretario de estado, en las que revela sus pensamientos más profundos durante los tiempos de crisis de la Guerra Civil. Algunas de las cartas cubrirían el mismo material, desde luego, pero utilizando diferentes palabras y diferente tono, dependiendo de cuándo las escribió y a quién. Los historiadores analizarían minuciosamente cada fragmento para extraer alguna idea de la forma de funcionar del presidente más grande de los Estados Unidos. ¿Por qué tomó esta decisión y no aquella, actuó aquí y no allá? Los profetas nos proporcionan una ventana como esa a la mente de Dios.

En un giro irónico, Dios señala a los profetas mismos —las mismas personas que estaban cuestionando si él estaba escondido— como prueba de que se ocupa de ellos. «Él no hace nada sin revelar sus planes a sus siervos los profetas». ¿Cómo puede una nación quejarse del silencio de Dios cuando tienen personas como Ezequiel, Jeremías Daniel e Isaías?

Los profetas estaban clamando por manifestaciones milagrosas del poder de Dios, como en los días de Moisés. Sin embargo ya se había llegado al veredicto: como documenta Deuteronomio, Israel había respondido a esas señales milagrosas con una obstinada rebelión.

¿Por qué repetir el pasado? Ahora, a través de los profetas, Dios utiliza en su lugar el poder de la palabra. Evidentemente Dios no considera que «simples palabras» sean un tipo de prueba inferior, ya que él eligió a los profetas para expresar la angustia que Dios mismo sentía. El pobre de Jeremías esperaba otra forma de expresión; la palabra de Dios, dijo él «en mi interior se vuelve un fuego ardiente que me cala hasta los huesos. He hecho todo lo posible por contenerla, pero ya no puedo más».

Puedo apenas comenzar a mencionar las respuestas específicas de Dios a las preguntas de los profetas. Él habla del valor de podar una planta (o nación) rebelde, señala con orgullo al remanente de seguidores fieles, relata las pruebas históricas de su amor, promete un Mesías libertador, y concluye siempre con una visión anticipada del futuro cuando todo lo que está mal en la tierra será corregido. Más allá de tales explicaciones racionales, un mensaje importante sobresale con gran fuerza: Dios quiere a su pueblo apasionadamente. Por encima de todo, los profetas repiten el constante estribillo del Antiguo Testamento: nosotros le *importamos* a Dios.

Por una parte, los profetas describen el poder majestuoso de un Dios que crea sistemas solares con una palabra y arroja imperios como astillas. Por otra parte, proclaman la participación íntima y personal de Dios con su pueblo elegido y con seres humanos individualmente. Abraham Heschel, uno de los mejores intérpretes judíos de los profetas, dice: «Dios está furioso en las palabras de los profetas. ... Es un pensamiento asombroso y no muy compatible con ningún intento racional de comprender a Dios, que al Creador del cielo y la tierra le deba importar cómo un individuo poco conocido se comporte con las viudas pobres y los huérfanos». Sin embargo, a Dios sí le importa, y los profetas corroboran esa preocupación.

Los Salmos le dan una oportunidad a poetas individuales de expresar sus pensamientos y sentimientos más profundos a Dios. En los profetas, Dios responde, utilizando el mismo estilo conmovido. El tono frío de la filosofía de Eclesiastés es reemplazado por un tono

apasionado cuando Dios expresa una relación íntima con su pueblo. En respuesta a eso, los profetas tratan a Dios con una familiaridad sorprendente, como si Dios estuviera sentado en una silla a su lado. Discúlpeme si esta analogía parece irreverente, pero cuando leo los profetas, no puedo evitar imaginarme a un consejero teniendo a Dios como cliente. El consejero comienza con una pregunta rutinaria, «Dígame bien cómo se siente», y entonces Dios toma la palabra.

¡Le diré cómo me siento! Me siento como un padre que se encuentra a una niña pequeña tirada en una zanja, a punto de morir. Llevo a la niña a casa y la hago mi hija. La limpio, le pago los estudios, la alimento. La adoro, la visto, le pongo joyas. Pero un día se fuga. Yo escucho informes de su vida de depravación. Es una drogadicta en algún lugar, cubierta de tatuajes, con el cuerpo perforado con joyas. Cuando se menciona mi nombre, me maldice. Me siento como si estuviera revolviendo un cuchillo en el estómago.

¡Le diré cómo me siento! Me siento como un hombre que se enamora de la mujer más bella y más sensible del mundo. La encuentro flaca y acabada, maltratada, pero me la llevo a casa para sanarla y hacer que recobre su belleza. Ella es la niña de mis ojos, y yo la colmo de regalos y de amor. A pesar de todo esto, me abandona. Suspira por mis mejores amigos, mis enemigos, por cualquiera. Se para en una avenida y paga para que tengan relaciones sexuales con ella; a diferencia de una prostituta común, ¡ni siquiera cobra por sus servicios! Me siento traicionado, abandonado, despreciado.

Dios utiliza esos ejemplos y muchos otros, todos dichos con un candor sorprendente, para expresar lo traicionado que se siente en cuanto al pacto con Israel y con el resto de la humanidad que ha sido quebrantado. ¿Cómo se siente Dios? Escuche sus palabras en Isaías 42:

Por mucho tiempo he guardado silencio
he estado callado y me he contenido.
Pero ahora voy a gritar como parturienta,
voy a resollar y jadear al mismo tiempo.

Una persona que lea los profetas no se encuentra una deidad im-
pasible y distante, sino una persona real, un Dios tan apasionado
como cualquier persona que usted haya conocido. Dios siente deleite,
frustración y enojo. Solloza y gime de dolor. Una y otra vez Dios
está escandalizado por el comportamiento de los seres humanos: idola-
tría, orgías sexuales, sacrificios de niños, comportamiento del cual
Dios dice: «Cosa que yo jamás les ordené ni mencioné, ni jamás me
pasó por la mente».

El mensaje principal de los profetas se reduce a esto: Dios ama a
los seres humanos. Antes de los profetas, uno tiene que buscar cuida-
dosamente en el Antiguo Testamento para encontrar unas pocas re-
ferencias escasas al deleite o al placer de Dios en la gente. Los profetas
proclaman de una manera fuerte y clara cómo se siente Dios: él nos
ama. Entre los dioses antiguos, solamente el Dios de Israel se rebajó a
admitir su amor por las defectuosas criaturas de dos piernas que ron-
dan por este planeta. Los gritos de dolor y enojo de Dios son los gri-
tos de un amante herido, angustiado porque no es correspondido.

En los profetas Dios anuncia el castigo con dolor y tristeza,
anuncio que brota de un corazón quebrantado. También le duele a
Dios, al igual que le duele a un padre humano castigar a un hijo.
«¿Qué más puedo hacer?», pregunta el Dios omnipotente (Jeremías
9). Como lo explica a través de Isaías, no tiene otra opción: si el mun-
do rehúsa aprender la justicia a través de la gracia, tiene que recurrir
al castigo.

Después de cada tragedia nacional —las invasiones de Asiria, Ba-
bilonia, Persia— Israel no tiene dónde ir excepto regresar a los brazos
del creativo amor de Dios. Cada vez, Dios promete comenzar de
nuevo: restaurar al remanente, escribir leyes en sus corazones, enviar

un Mesías libertador, darle aliento de vida a un montón de huesos secos. Cada vez, Dios promete nunca darse por vencido, siempre amar.

Ningún profeta expresa este mensaje más claramente que Oseas. En el mismo acto de declarar una serie de amenazas, Dios parece quebrantarse, y un grito de amor se le escapa:

¿Cómo podría yo entregarte, Efraín?

¿Cómo podría abandonarte, Israel? ...

Dentro de mí, el corazón me da vuelcos,
y se me conmueven las entrañas.

Como si las palabras no fueran suficientemente fuertes para expresar esas emociones, Dios le pide a Oseas actuar una parábola escandalosa. Solamente viviendo un drama así podrá Oseas comprender, y después decir a otros, algo de cómo Dios sintió el rechazo de Israel. Oseas se casa con una mujer llamada Gómer la cual le da tres hijos, y después abandona a Oseas por otro hombre. Ella se mete a prostituta, y Dios le da a Oseas esta orden desconcertante: «Ve y ama a esa mujer adúltera, que es amante de otro. Ámala como ama el SEÑOR a los israelitas, aunque se hayan vuelto a dioses ajenos». En el corazón de los profetas está un Dios que se rinde a propósito ante el poder salvaje e irresistible del amor.

Como dice Abraham Heschel, «aunque es impresionante el concepto de que Dios es demasiado sublime para ser afectado por los acontecimientos en este planeta insignificante, es el resultado de una línea de razonamiento acerca de Dios derivada de la abstracción»; y definitivamente no es una línea de razonamiento derivada de los profetas. A medida que los estudié y absorbí su intensidad apasionada, fui dándome cuenta de lo erróneas que habían sido mis primeras impresiones. Aquellos que tienen una obsesión por la profecía como predicción, que leen estos diecisiete libros principalmente para averiguar qué pasará en el nuevo milenio, pueden fácilmente perderse su mayor contribución.

¿Por qué leer a los profetas? Hay una razón convincente: para conocer a Dios. Los profetas son la revelación más fuerte de la personalidad de Dios en la Biblia.

Libros problemáticos

A pesar de mi nuevo entusiasmo por leer los profetas, sería negligente si no confesara que existen algunos problemas. Los profetas son libros difíciles. Más difíciles que cualquier otra parte de la Biblia. Las tres quejas que mi amigo presentó contra ellos —extraños, confusos y todos suenan igual— no desaparecen fácilmente.

Sobre ser extraños, finalmente llegué a apreciar a los profetas por esa misma cualidad. Me gustan las comedias de Monty Python y las tragedias de Flannery O'Connor, y cuando menciono mis películas favoritas algunas personas me ven como si yo hubiera hecho una metida de pata social. Como dijo una vez O'Connor en defensa de su ficción, «para los que no oyen bien uno grita, y para los que son casi ciegos uno dibuja figuras grandes y llamativas».

Los profetas ciertamente dibujaron figuras muy llamativas, y mientras más los estudiaba más me gustaban. El cortés Isaías se paseó por tres años desnudo y descalzo para hacer una declaración política (imágenes como la prensa reportaría tal protesta hoy en día); Jeremías se tambaleaba bajo un yugo para bueyes con el propósito de llamar la atención a su mensaje de juicio; Ezequiel estuvo acostado de lado durante meses, atado con cuerdas, mirando un modelo de barro de Jerusalén. De esas diversas formas, los profetas transmitieron algo que era demasiado fuerte para reducirlo a palabras. ¿Le parece extraño? Cuando un tornado se está moviendo directamente hacia el vecindario, uno no pronuncia discursos elegantes: uno salta y grita como un loco.

La otra queja, la de que «todos suenan igual», pronto quedó eliminada al igual que las otras. Piense en los tres libros proféticos más

largos: Isaías, Jeremías, y Ezequiel. Ahora me bastan unas pocas oraciones para identificar de cuál de los tres libros ha sido extraída una cita. Isaías escribe en una prosa elocuente y elevada; Jeremías solloza y sangra sobre toda la página; en cuanto a Ezequiel, la forma de escribir de nadie se podría confundir con la de este extraño individuo. (Los rabinos ortodoxos todavía le prohíben a cualquier persona de menos de treinta años leer los primeros tres capítulos de Ezequiel.)

La crítica de que todos son iguales, concluí, viene de alguien que no ha leído realmente a los profetas, ya que estos verdaderamente constituyen un grupo heterogéneo. Sí, los profetas declararon un mensaje similar, pero cada uno en su estilo característico. Abdías comprimió su profecía a una página mientras que el manuscrito completo de Isaías tenía más de siete metros de largo. Amós era un campesino; Isaías trabajó para un rey y murió a manos de otro rey; Daniel prosperó bajo dos imperios paganos diferentes; Jonás prefería ahogarse a profetizar; las visiones de Zacarías hacen que las de Ezequiel parezcan sosas.

Una crítica legítima que mi amigo hizo es que los profetas son confusos. Eso no hay que discutirlo. El estilo de su composición explica parte de la confusión. En muchos casos, los profetas no fueron escritos como libros. Más bien, consisten de discursos pronunciados a través de muchos años y más tarde recopilados, con pocas pistas sobre su contexto. Por lo tanto tienen abundantes repeticiones, cambios de estados de ánimo, e imágenes extrañas que de alguna manera significaban algo para el público al que fueron dirigidos. Aun Martín Lutero reconoció que «tienen una forma rara de expresarse, como personas que, en vez de proceder de una manera ordenada, divagan de una cosa a la otra, de tal manera que uno no puede entenderlos ni ver lo que están tratando de decir».

¿Debe uno pasar años leyendo comentarios detenidamente para poder comprender estos libros? ¿Hay alguna manera de que la persona promedio pase a través del laberinto? Yo he aprendido algunas cosas que me ayudan a ver más allá de lo arcano del mensaje

fundamental de los profetas. Las presento porque me han ayudado a sobrepasar barreras para leerlos, especialmente barreras que han permanecido a causa de la obsesión con la predicción que la Iglesia de mi niñez ha tenido.

Ahora y más tarde

Algunas veces actuamos como si los profetas hubiesen vivido principalmente para el beneficio de las personas que no habían nacido todavía, como nosotros. La misma palabra «profeta» ha llegado a significar uno que predice el futuro, como los que utilizan una bola de cristal. Yo desearía que pudiéramos eliminar la palabra «profeta» y reemplazarla con «vidente», que comunica mejor su papel: ver lo que nadie más puede ver, penetrar con visión de rayos X el presente y el futuro. Los profetas sencillamente ven mejor que nadie.

A medida que uno lee los profetas nota que el *ahora* era más importante para ellos que el *más tarde*. A grandes rasgos, yo divido la visión de los profetas en tres categorías:

1. *Ahora*: las profecías que se relacionan principalmente con los tiempos en que vivía el profeta (Asiria invadirá a Moab; la alianza de Israel con Egipto va a fracasar).
2. *Más tarde*: predicciones de acontecimientos futuros bien distantes de los tiempos del profeta pero que se cumplieron más tarde en la historia (por ejemplo, las muchas profecías mesiánicas que los autores del Nuevo Testamento aplican a Jesucristo).
3. *Mucho más tarde*: profecías que aún parecen estar en el futuro (lo cual puede incluir referencias a un tiempo de tribulación mundial y una futura conversión en masa de los judíos, aunque los eruditos difieren sobre el significado preciso de casi todas esas referencias).

Un aspecto muy confuso de los profetas es que no se preocupan en decirnos si los acontecimientos que predicen, tales como invasiones, terremotos, un Líder futuro, una nueva tierra, ocurrirán el siguiente día, mil años más tarde o tres mil años más tarde. De hecho, las predicciones para el futuro cercano y para el futuro lejano aparecen a menudo en el mismo párrafo, y se hace borrosa la diferencia. Lea Isaías 13, por ejemplo, y pensará que la derrota de Babilonia a manos de los persas traerá el fin del mundo. (Probablemente los profetas no sabían cuándo ocurriría; Jesús mismo afirmó que no conocía la agenda de Dios mientras vivía en la tierra.)

O considere Joel 2, que describe la devastación que causó un ejército de langostas. Casi todo el mundo da por sentado que Joel se refería de verdad a una plaga de insectos durante sus tiempos; el período que yo he llamado *ahora*. Pero el mismo capítulo habla de un tiempo cuando el Espíritu será derramado sobre todo el género humano, y los hijos y las hijas profetizarán. Claramente ese pasaje se refiere a un acontecimiento que ocurrió *más tarde*, inmediatamente después de Pentecostés, ya que el apóstol Pedro así lo dice en su sermón en Hechos 2. ¿Pero qué de este versículo en medio del mismo párrafo: «El sol se convertirá en tinieblas y la luna en sangre antes que llegue el día del SEÑOR, día grande y terrible»? Joel está utilizando un lenguaje metafórico, desde luego, pero continúa describiendo una reunión de todas las naciones para un juicio final (¿mucho más tarde?), y entonces regresa a una discusión de Tiro y Sidón, dos de los vecinos contemporáneos de Israel.

Para complicar el asunto, algunas veces los profetas describen un acontecimiento que aparentemente tiene dos cumplimientos diferentes, uno *ahora* y otro *más tarde*. La famosa profecía de Isaías «La joven concebirá y dará a luz un hijo, y lo llamará Emanuel» (7:14) cae en esta categoría. Los dos versículos siguientes dejan claro que la señal tuvo cumplimiento en los tiempos de Isaías (muchos eruditos piensan que era el hijo del mismo Isaías), y sin embargo Mateo vincula el cumplimiento final de la profecía a la virgen María.

Los eruditos bíblicos dan nombres a esta característica de los profetas: cumplimiento doble o triple, parte del total, doble asociación creativa. Naturalmente, tales ardidés complicados suscitan preguntas. ¿Cómo vamos a saber si el profeta está describiendo algo en sus propios tiempos (*ahora*) o algo que todavía no se ha cumplido (*más tarde o mucho más tarde*) o ambos? Las creaciones de los profetas nos traen a la mente una pintura primitiva americana que no da idea visual de perspectiva, y sus casas, montañas, árboles, animales y campesinos están todos comprimidos en la misma dimensión. Para interpretar la escena, el observador tiene que separar esos diferentes elementos y reconstruirlos de tal manera que tengan sentido visual.

Creo que esta estratagema profética, obviamente confusa, nos proporciona un vistazo de cómo Dios ve la historia. Como «videntes», los profetas tienen idea de la perspectiva de Dios, y para un Dios que vive fuera de los límites del tiempo, la secuencia es algo de menor importancia. El cordero, dice el apóstol Pedro, «a quién Dios escogió antes de la creación del mundo, se ha manifestado en estos últimos tiempos en beneficio de ustedes» (1 Pedro 1:20). Pablo añadió que Dios también escogió a sus seguidores «antes de la creación del mundo» (Efesios 1:4). En forma similar, la esperanza de la vida eterna nos la dieron «antes de la creación» (Tito 1:2). Mucho antes de la teoría de la relatividad del tiempo y el espacio de Einstein, los escritores del Nuevo Testamento establecieron en un sentido bien literal que ciertas verdades eran eternas. Dios, una realidad eterna, entra a nuestra historia limitada por el tiempo como un artista entraría a su propio cuadro, sugiere C. S. Lewis.

¿Debe sorprendernos que las incursiones en el tiempo de un ser eterno tengan connotaciones que repercuten en los tiempos de Isaías, en los de María, y también en los nuestros? La profecía del nacimiento de un niño durante el reinado del rey Acáz confirmó la habilidad de predecir de Isaías y, consecuentemente, fue evidencia de que otra profecía exaltada de Isaías sobre un «Consejero admirable, Dios fuerte, Padre eterno, Príncipe de paz» se cumpliría. Isaías no dio un

margen de tiempo para el cumplimiento final de sus profecías, ya que con toda probabilidad ni siquiera comprendía ese margen de tiempo.

Los profetas hebreos hablaron de un mundo descontrolado. Israel se estaba reduciendo, rodeada por todos lados de poderíos tiránicos, y Dios parecía estar silencioso, escondido, y hasta impotente. Los profetas se proyectan más adelante en el tiempo a un período en el que Dios romperá ese silencio. En ese día, nos dicen, Dios entrará fuertemente para recrear el cielo y la tierra. Se tragará a la muerte y enjugará toda lágrima. Ya no habrá pobreza, ni hambre, ni violencia. Un banquete se preparará para absolutamente todos. Entonces conoceremos a Dios cara a cara, y toda la tierra le servirá.

Casi todas las predicciones, sin embargo, tienen significado para los oyentes de entonces al igual que para nosotros miles de años más tarde. Los profetas hablaron de un cielo y una tierra recreados para demostrar que la historia estará determinada por el futuro —el futuro de Dios—, y no por la realidad presente de sufrimiento, caos y agitación política. Pero para creer en una visión tan excelsa, el público necesitaba una evidencia temporal: acontecimientos que se produjeran a tiempo, de acuerdo con la predicción, en su propio tiempo, en el *ahora*. De ahí las predicciones que encontraron cumplimiento durante la vida de los profetas.

Christopher J. H. Wright nos ofrece una analogía que ayuda a explicar por qué las generaciones posteriores fueron tan torpes en cuanto a reconocer el cumplimiento *más tarde* de las profecías (recuerde, ninguno de los escribas judíos comprendió las profecías acerca de Jesús de Nazaret). Imagínese a un hijo de cinco años, digamos en 1900, cuyo padre le promete que le regalará un caballo cuando cumpla veinte años. ¿Estaría ese niño desilusionado si en su lugar en 1915 hubiera recibido un Ford Modelo T?

Sería extraño que un hijo acusara a su padre de romper su promesa porque no le dio el caballo. Y todavía más extraño si, a pesar de haber recibido un regalo muy superior en el

automóvil, insistiera en que la promesa solamente quedaría cumplida si un caballo se materializara *también*, ya que esa era literalmente promesa. Es obvio que con el cambio de circunstancias, que no se conocía al momento en que se hizo la promesa, el padre había más que cumplido su promesa. Es más, lo había hecho de tal forma que había *sobrepasado* las palabras originales de la promesa que estaban necesariamente limitadas por el medio de transporte disponible en aquel tiempo. La promesa se hizo en términos que en aquel momento se entendían. La cumplieron a la luz de nuevos acontecimientos históricos.

—*Knowing Jesus Through the Old Testament*

[Conozcamos a Jesús a través del Antiguo Testamento]

Precisamente por esta razón, paradójicamente, la profecía funciona mejor en reversa. Un escritor del Nuevo Testamento como Mateo o Pablo podía mirar hacia atrás y demostrar que Jesús cumplía las condiciones del pacto judío y las predicciones de los profetas, aunque la mayoría de las personas en los tiempos de Jesús no logró entenderlo. Los contemporáneos de Jesús estaban esperando un nuevo rey David que gobernara en Jerusalén; Dios envió en su lugar a un Rey Siervo a gobernar todo el universo. El autor de Hebreos recalca que el cumplimiento sobrepasa la promesa:

Dios que muchas veces y de varias maneras habló a nuestros antepasados, en otras épocas por medio de los profetas, en estos días finales nos ha hablado por medio de su Hijo. A éste lo designó heredero de todo, y por medio de él hizo el universo. El Hijo es el resplandor de la gloria de Dios, la fiel imagen de lo que él es, y el que sostiene todas las cosas con su palabra poderosa.

Por esta misma razón, debemos acercarnos a un libro como

Apocalipsis con una humildad cautelosa. Juan escribió en términos aplicables a sus tiempos (caballería, Babilonia la prostituta, calles de oro) pero nadie sabe con seguridad cómo esas profecías tendrán cumplimiento. Podemos suponer con confianza, sin embargo, que Dios las cumplirá de tal manera que *sobrepasará* la promesa original.

Mi propia lectura cambió gradualmente a medida que comencé a ver cómo los mismos profetas enfatizaron un fluir en dirección opuesta, del *más tarde* hacia el *ahora*. Definieron los anhelos humanos —toda visión utópica tiene su origen en sus maravillosas palabras— y describieron un futuro glorioso para afectar el comportamiento en su *ahora*. Ofrecían una visión del mundo como Dios lo quiere para que las personas se aferraran de ella aun en tiempos de agitación y desesperación.

Anteriormente, yo había ido a los profetas en busca de pistas acerca del futuro, lo *más tarde* y lo *mucho más tarde*. ¿Terminará el mundo en un holocausto nuclear? ¿Anuncia el calentamiento global los postreros días? Más bien, su mensaje debe afectar principalmente mi *ahora*. ¿Confío en un Dios amoroso y poderoso aun en nuestro siglo caótico? ¿Me aferro a la visión de paz y justicia de Dios aun cuando a la Iglesia a menudo la identifican con la guerra y la opresión? ¿Creo que Dios reina, aunque se ve poca evidencia de eso en este mundo?

Instintivamente, deseamos volar al futuro. Los profetas nos señalan el presente, y sin embargo nos piden que vivamos a la luz del futuro que visualizan. ¿Podemos confiar en su visión y aceptarla como la verdadera realidad de la tierra, a pesar de toda la evidencia contraria? ¿Podemos vivir *ahora* dando por hecho que Dios es amoroso, gentil, misericordioso y todopoderoso? Los profetas nos recuerdan que así es Dios y que la historia misma lo corroborará algún día. El mundo como es ahora se convertirá en el mundo como Dios lo quiere.

Kathleen Norris, que vive en el campo en Dakota del Sur, habla del «campo del año próximo», un paisaje que los campesinos conocen

bien: *el año próximo vendrán las lluvias, el año próximo no caerá granizo, el año próximo el invierno se demorará unas cuantas semanas*. Sin embargo, continúa Norris, no conoce ni un solo campesino que utilice la idea del «año próximo» como una excusa para no salir y hacer el trabajo que se necesita hacer ahora. Y añade que quizás debemos utilizar la literatura profética de la misma manera, «no como una concesión para dar rienda suelta a una obsesión de otro mundo, sino como un mandamiento a prestar mayor atención al mundo que está a nuestro alrededor».

Los apocalípticos preguntaron sobre el reino de Dios, el futuro absoluto, a la luz de la situación presente del hombre y del mundo. Es por eso que estaban tan preocupados acerca de la fecha exacta de su llegada. Jesús toma la posición totalmente opuesta: pregunta sobre la situación presente del hombre y del mundo en vista del advenimiento inminente del reino futuro de Dios. Es por eso que no está preocupado por el tiempo ni por la manera de la llegada del reino de Dios.

—Hans Küng, *On being a Christian* [Sobre ser cristiano]

El punto de vista de Dios

La secuencia de tiempo mezclada —*ahora, más tarde, mucho más tarde*— implica lo que yo considero la mayor contribución de los profetas. Presentan el punto de vista de Dios. Dios les otorgó (y a través de ellos, también a nosotros) la extraordinaria capacidad de ver más allá de este mundo, dominado como está por grandes poderíos y extraordinarios tiranos, a otro nivel de la realidad. Alcanzamos un vistazo, solo un vistazo, de la historia desde el punto de vista de Dios. No en balde los profetas nos parecen raros: no tenemos la capacidad de ver el mundo desde la posición ventajosa de la eternidad.

Estudiar a los profetas es como mirar fijamente a uno de los estereogramas multidimensionales que están de moda en la costa occidental de los Estados Unidos. Al principio uno ve un diseño agradable de líneas y remolinos, pero si continúa mirando ese diseño fijamente por cuatro o cinco minutos, de repente emerge otra escena, la de una manada de ballenas, latente pero escondida en el laberinto de líneas originales. De hecho, resalta tan fuertemente que a uno le cuesta trabajo hacer que sus ojos reconstruyan el diseño original.

Yo detecto en los profetas al menos tres niveles de significado, algo así como una visión trifocal. Algunas veces los profetas describen acontecimientos en el mismo estilo que utilizaría un periódico: «Los filisteos están reuniendo sus tropas en el norte... Una enorme plaga de langostas se aproxima a nuestra frontera sur... Se rumora que Damasco se unirá a una conspiración contra Asiria». Algunas porciones de los profetas (por ejemplo Isaías 36-39) citan directamente de libros históricos y documentan los acontecimientos del día en prosa realista.

Sin embargo, los profetas raramente se detenían ahí. Al igual que los trovadores medievales que componían baladas para darle significado a los acontecimientos de cada día, los profetas interpretaban la visión periodística del mundo desde una perspectiva moral. Veían invasiones militares y plagas de langostas no simplemente como sucesos naturales, sino más bien como juicios de Dios. Tales desastres ocurrían inevitablemente cuando la gente explotaba a los pobres, pisoteaba a los débiles y le daba la espalda a Dios.

Este segundo nivel de visión no debe sorprendernos, ya que los profetas de hoy en día hacen lo mismo. Citando a los profetas a menudo en sus escritos, Martin Luther King señalaba las dimensiones morales del Movimiento de Derecho Civil; para él, vencer el racismo era una batalla espiritual, no solamente un asunto político. En ciudad tras ciudad a través del mundo, Billy Graham ha interpretado los trastornos de la civilización moderna como evidencias de una decadencia espiritual. Alexander Solzhenitsyn declaró que las tragedias de

Rusia del siglo veinte fueron una consecuencia de una sociedad que se olvidó de Dios. Aun los historiadores seculares hacen algo similar. Cuando estalla un disturbio racial, recuerdan las causas morales subyacentes: una historia de esclavitud, pobreza en los barrios, rompimiento de las familias.

Según Abraham Heschel, la sociedad antigua apreciaba tres cosas por encima de todo: la sabiduría, la salud y el poder. (¿Ha cambiado algo desde entonces?) Los profetas hebreos atacaban esos tres valores, porque cualquiera de ellos podía convertirse en ídolo. Ninguno proporcionaba la clase de base que necesita una sociedad; solamente la confianza en el Dios vivo puede hacer eso. Esta visión moral de la historia difiere notablemente de la visión periodística, que tiende a enfatizar la fama y el poder, muestras de la misma sabiduría, salud y poder que los profetas censuraban.

En tiempos de Isaías, por ejemplo, tiranos como Senaquerib y Sargón de Asiria dominaban los encabezados, y de veras parecía que la historia rotaba alrededor de ellos. Cuando los ejércitos de Asiria arrollaron a través de Judá, todos en el país se encogieron de miedo. Todos excepto Isaías. Con una visión moral cargada de presciencia, menospreciaba a los gobernantes asirios como elementos de poca importancia, herramientas temporales que Dios utilizaría y después echaría a un lado. Con una sátira cortante, Isaías pronunció una sentencia moral sobre todos los grandes gobernantes políticos. Isaías 14 debía ser grabado en la lápida de todos los tiranos de la historia, desde Senaquerib hasta Nabucodonosor, Hitler, Stalin y Pol Pot. Describe a gobernantes difuntos por largo tiempo que se levantan de la tumba para saludar a los nuevos: «¡También tú te has debilitado! ¡Ya eres uno más de los nuestros!», dicen, «¡Duermes entre gusanos, y te cubren las lombrices!» Finalmente, todos los tiranos encuentran el mismo destino: «¿Y éste es el que sacudía a la tierra y hacía temblar a los reinos?», preguntará la gente. Isaías le insistía a su pueblo que pusieran su fe en Dios solamente.

Los profetas como Isaías no tenían más valentía que las personas

ordinarias —sus argumentos ante Dios lo demuestran— pero sí tenían una visión especial, una intuición hacia el «Dios entre las sombras». Esa visión proyectó la historia en una luz diferente. ¿Quién está realmente gobernando el mundo?, preguntaban los profetas hebreos. ¿El rey Acab o Dios? ¿El imperio asirio o Dios? (O, podríamos añadir, ¿el Congreso de los Estados Unidos o Dios?) Sin más arma que la pura fuerza moral de la palabra hablada, se enfrentaron contra los poderes de sus tiempos. Una de las grandes vindicaciones de los profetas es que sus predicciones, que parecían absurdas al momento, resultaron ser ciertas. ¿Qué sabían los insignificantes hebreos de las complejidades del poderío político? Muchísimo, según resultó: Asiria cayó, al igual que Babilonia, la poderosa Babilonia, y finalmente Persia, Grecia, y por último también Roma.

Hoy en día, los arqueólogos en Irak tienen que excavar a través de capas de tierra para encontrar algunas ruinas de la cultura babilónica. Nabucodonosor es simplemente una pequeña nota en la historia. Sin embargo, las profecías de Jeremías y Daniel han sido preservadas y todavía millones de personas alrededor del mundo las estudian. Y si los mensajes acerca de Moab, Filisteia, Asiria y Babilonia resultaron ser ciertos en todo preciso detalle, ¿qué de su mensaje sobre el final de toda la historia?

Combate cósmico

Ocasionalmente los profetas añaden aun un tercer punto de vista a sus interpretaciones periodísticas y morales del mundo: abren una cortina y nos permiten darle un vistazo a la visión cósmica de la historia. Como John Milton en *El paraíso perdido*, o Goethe en *Fausto*, los profetas presentan a este mundo como un escenario en el cual hay personas actuando, si bien bajo la influencia de fuerzas desconocidas fuera del escenario. Job presenta el bosquejo más puro del Antiguo Testamento de este punto de vista cósmico, y los profetas, como «vi-

dentes» con poderes de visión no disponibles a otros, nos permiten dar vistazos adicionales.

Zacarías y Ezequiel tuvieron numerosas visiones de la historia detrás de la historia, y las documentaron en escenas que desde entonces han desconcertado a los eruditos. Daniel tuvo una lección acerca del punto de vista cósmico (capítulo 10) cuando un ángel le explicó que durante veintiún días «el príncipe de Persia» le había impedido contestarle la oración. Finalmente, después de un empate de tres semanas, llegaron los refuerzos, y Miguel, uno de los ángeles de primer rango, lo ayudó a atravesar la oposición. Como Job, Daniel jugó un papel decisivo en la guerra entre las fuerzas cósmicas del bien y del mal, aunque mucha de la acción tomó lugar más allá del alcance de su visión.

Apocalipsis, el único libro del Nuevo Testamento que se especializa en profecía, ofrece los más vívidos ejemplos del punto de vista cósmico. Analice Apocalipsis 12, que seguramente se puede clasificar como uno de los capítulos más extraños de la Biblia. Habla de una mujer encinta revestida del sol, un enorme dragón de color rojo encendido con siete cabezas cuya cola arrastró la tercera parte de las estrellas del cielo, una huida al desierto y una guerra en el cielo. Si usted rebusca en los comentarios, encontrará tantas interpretaciones de este capítulo como comentaristas, pero casi todos dicen que tiene algo que ver con la Encarnación, con la fuga de María y José a Egipto para escapar de Herodes, y el efecto amplificado del nacimiento de Jesús sobre todo el universo.

En cierto sentido, Apocalipsis 12 presenta el otro lado de la Navidad, y añade un nuevo grupo de imágenes holográficas a las escenas conocidas del establo y los pastores y la matanza de los inocentes. Lo que ocurrió en la tierra, según está documentado en Mateo y Lucas, representa ondas en la superficie; por debajo, alteraciones masivas sacudieron los cimientos del universo. Desde el punto de vista de Dios, y de Satanás, la Navidad significa mucho más que el nacimiento de

un niño; fue una invasión, un avance decisivo en la gran batalla por el universo.

¿Cuál es la verdadera imagen de la Navidad, el recuento en los Evangelios o el de Apocalipsis? ¿Se debe entender literalmente el enorme dragón rojo o «solamente» como una figura de dicción? La fraseología misma nos hace ver la respuesta. Como nos recuerdan C. S. Lewis y otros, las imágenes míticas sirven como portadoras poderosas de la verdad. Cuando Dios quería comunicarse con sus profetas, les daba acceso a un punto de vista cósmico rico en imágenes míticas.

¿Sería demasiado fuerte decir que el punto de vista cósmico es el que más se parece a la forma en que Dios mismo ve la historia? Permítame explicarlo. La mayoría de nosotros prefiere un punto de vista más literal, periodístico. Cuando encontramos imágenes cósmicas, como en Apocalipsis, inmediatamente tratamos de explicarlas, de transponerlas a nuestro propio vocabulario de la historia. Es por eso que los oradores en conferencias sobre profecía extienden sábanas sobre la plataforma y explican las visiones de Daniel en términos de Jerusalén, China y la Unión Europea, y quizás aun Saddam Hussein. Cuando se nos permite un vistazo al punto de vista cósmico, tenemos la tendencia a traducirlo hacia abajo.

Sin embargo, como los profetas nos dicen, las vicisitudes de la historia que tanto nos ocupan —alianzas militares, quién gana una elección, el auge y la decadencia de los reinos— son simplemente la plataforma sobre la cual la verdadera batalla está tomando lugar. Las preguntas significativas no son cuánto territorio controla Nabucodonosor (o Rusia o China), sino más bien: «¿Está avanzando el Reino de Dios? ¿Está permaneciendo fiel el pueblo de Dios? ¿Creemos que Dios reina?

Cuando nació un niño, el universo se estremeció. Cuando setenta y dos discípulos salieron en una misión de corto plazo (Lucas 10), Satanás cayó del cielo como un rayo. Lo que sucede aquí en la tierra afecta el futuro del cosmos. Desde el punto de vista de Dios, el futuro

ya está determinado, y los profetas explican ese estado futuro en brillantes detalles: espadas convertidas en arados, un cordero recostado junto a un león, un banquete. Eso es lo que Dios desea para esta tierra y eso es lo que Dios logrará en esta tierra. El final está establecido. Lo que resta es si viviremos creyéndolo.

¿Qué diferencia?

Richard Foster repite una antigua historia judía sobre un niño pequeño que se acerca a un profeta y le dice: «Profeta, ¿no ve usted? Usted ha estado profetizando durante quince años y las cosas siguen iguales. ¿Por qué continúa?» Y el profeta le respondió: «No sabes, niño, que no estoy profetizando para cambiar al mundo, sino para evitar que el mundo me cambie a mí».

No podemos comprender totalmente el punto de vista cósmico, y a veces nos encontramos anonadados por las aplastantes contradicciones de nuestro mundo. Como Job, como los salmistas, como Habacuc y Jeremías, cuestionamos la sabiduría de Dios o su poder o su amor. Limitados por el tiempo, vemos la historia segundo por segundo, minuto por minuto, hora por hora. La profetas nos llaman a ir más allá de los temores y la realidad desalentadora de la historia presente a la visión de toda la eternidad, a un tiempo en el que el reino de Dios llenará la tierra con luz y verdad. Eso es lo que Habacuc quiso decir con su famosa frase, «El justo vivirá por su fe». Nos aferramos a la creencia en la bondad de Dios aun en un mundo que se desmorona.

En pocas palabras, los profetas nos ofrecen esperanza. En *La casa de los muertos*, Dostoievski habla de un judío ortodoxo que mantenía fielmente sus obligaciones religiosas en medio de una prisión rusa. Cubría una mesa en la esquina de su celda, abría un libro, encendía velas, se abrochaba brazaletes de cuero en sus brazos y en su frente, y comenzaba a orar. Mientras leía del libro sagrado, de pronto se cu-

bría la cabeza con ambas manos y sollozaba. De repente, para asombro de cualquiera que lo estuviera observando por primera vez, interrumpía sus sollozos, se echaba a reír, y recitaba un himno de triunfo. Cuando le preguntaban porque hacía algo tan extraño, el judío contestaba que sus sollozos y sus lágrimas los provocaba la destrucción de Jerusalén. La ley requería que gimiera y se golpeará el pecho. Al momento de la mayor aflicción, sin embargo, debía recordar una profecía de que los judíos regresarían un día a Jerusalén, y esto lo llevaba a un estado de regocijo incontrolable. La esperanza ahuyentaba las otras emociones.

¿Qué cambio producen en nosotros las antiguas visiones proféticas en nosotros los que estamos atrapados en este mundo perdido? Despiertan en nosotros lo que esperamos que sea finalmente cierto. ¿Producirá un cambio en los negros en las zonas urbanas pobres de los Estados Unidos, o en los cristianos en prisiones musulmanas, el saber cómo se siente Dios en cuanto a su situación? ¿Les importaba a los esclavos en el sur de los Estados Unidos creer que Dios no estaba satisfecho con un mundo que incluía amos armados de látigos y sogas para lincharlos? ¿Produciría alguna diferencia en alguno de nosotros el saber que Dios es un Dios de justicia, paz y esperanza, no importa qué parezca este mundo?

Los profetas nos llaman a la visión de una realidad subyacente más profunda, a «regocijo más allá de las paredes del mundo, más conmovedor que el dolor» (frase de Tolkien). Al darnos un vistazo del futuro y del presente cósmico, hacen que nos sea posible creer en un Dios que después de todo es justo. La justicia es esencial para los profetas, ya que la reputación de Dios descansa en si puede finalmente traer justicia a este mundo. Como una campana que tañe desde otro mundo, los profetas proclaman que no importa cómo parezcan las cosas ahora, no hay futuro en la maldad, sino solamente en el bien.

Cuando uno vive, limitado por el tiempo, en un mundo como el nuestro, se necesita fe para creer en la visión de Dios de la historia

que nos presentan Isaías 25 y 65 y en Apocalipsis 21-22. La fe, según Hebreos 11, consiste en «la garantía de lo que se espera, la certeza de lo que no se ve». Los fieles descritos en ese gran capítulo no recibieron lo prometido durante su vida (versículo 13), y yo me identifico con esos hombres y mujeres porque tampoco veo que las espadas se estén derritiendo para hacer arados. La muerte, con todas sus horribles mutaciones de SIDA y cánceres producidos por el medio ambiente, aún está tragándose a la gente, no siendo tragada. El mal, no el bien, parece estar ganando.

En imágenes extrañas y complejas, los profetas presentan una visión del mundo totalmente diferente. Ofrecen esperanza, y algo más: un reto para nosotros a disfrutar el «mundo como Dios lo quiere» en esta vida, ahora mismo. En el establecimiento del reino de Dios, podemos participar en la gran batalla que un día anunciará un nuevo cielo y una nueva tierra.

Quizás nunca podamos descifrar los dedos de los pies y los cuernos de las bestias de Daniel, ni las complejidades de Apocalipsis 12. Pero si pudiésemos creer que nuestra batalla verdaderamente es contra poderes y autoridades, si pudiésemos creer que Dios probará que es confiable y corregirá todo lo que está mal, si pudiésemos demostrar la pasión de Dios por la justicia y la verdad en este mundo; entonces, creo, los profetas habrán cumplido su misión más urgente.

Confieso que, a pesar de las largas horas de estudio de los profetas, no tengo un entendimiento más claro de lo que sucederá el año próximo ni en el año 2025. Pero tengo una idea mucho más clara de lo que Dios desea lograr en mi vida ahora mismo. Y estoy ganando, gradualmente, confianza para creer en el presente lo que solo será totalmente entendible cuando se vea desde el futuro.

Ecós adelantados de una respuesta final

La tierra tiembla bajo el pie de Jesucristo. El hurón ha sido puesto en la madriguera.

—PAUL CLAUDEL

Recuerdo haber conducido a través de los campos de Georgia, mi estado natal, a finales de la década del 1960. Este era el Sur Profundo, como lo llaman algunos, donde la religión es tan omnipresente como la comida frita y el fútbol de la escuela secundaria, y de vez en cuando veía en un puente en la carretera o en un caballete de ferrocarril un anuncio de Dios pintado a mano por un fanático: «Jesús viene pronto, ¿está usted listo?», o «Prepárese para un encuentro con su Dios». Sin embargo, el espíritu de sabelotodo de la década se había infiltrado aun en la región bíblica. En una gran roca debajo de la imponente frase «Jesús es la respuesta» alguien había escrito «¿Y cuál es la pregunta?»

Ese diálogo al costado de la carretera se me quedó en la mente, y más tarde lo vi aparecer en placas y en pegatinas en parachoques. El que lo pintó en la roca quizás no tuvo otra intención que hacer un chiste irreverente, pero en realidad había identificado el punto crucial de la apologética cristiana. ¿Por qué seguir a Jesús a no ser que satisfaga algún anhelo interno que nada más puede satisfacer?

He aprendido a amar el Antiguo Testamento porque expresa tan intensamente mis anhelos internos. Encuentro en él un realismo sobre la naturaleza humana que está gravemente ausente en mucha propaganda cristiana de cara sonriente. Y sin embargo los escritores del Antiguo Testamento, especialmente los salmistas y los profetas,

ansiosamente señalan un tiempo futuro en el que Dios ha prometido ocuparse de esos anhelos, y contestar las preguntas de siempre. Esas preguntas angustiadas, prometen los escritores, encontrarán al menos una resolución parcial cuando llegue el Mesías.

Deuteronomio prefigura el fallo del pacto de Dios con su pueblo, y describe en espantoso detalle lo que sucederá cuando los hebreos den sus espaldas a Dios. Los tristes estribillos de los profetas al cántico del cisne de Moisés recalcan ese fallo. No solo falla la nación: todo individuo falla al no guardar el pacto. Los libros sapienciales, especialmente Eclesiastés, demuestran sin duda alguna la impotencia del conocimiento, la riqueza, y los genes para cambiar el carácter básico humano. Por tanto, el Antiguo Testamento termina con una brecha entre Dios y los seres humanos tan ancha como siempre.

Cuando escribí un libro acerca de Jesús (*El Jesús que nunca conocí*), me impresionó qué tan meticulosamente Jesús se relacionaba con el Antiguo Testamento. «No piensen que he venido a anular la ley o los profetas; no he venido a anularlos sino a darles cumplimiento», dijo él en el Sermón del Monte. Reprendió a los detractores judíos devotos: «Ustedes estudian con diligencia las Escrituras porque piensan que en ellas hallan la vida eterna. ¡Y son ellas las que dan testimonio en mi favor! Sin embargo, ustedes no quieren venir a mí para tener esa vida». Y en el camino a Emaús después de su resurrección dijo: «Cuando todavía estaba yo con ustedes, les decía que tenía que cumplirse todo lo que está escrito acerca de mí en la ley de Moisés, en los profetas y en los salmos». Adoptando una frase de H. Richard Niebuhr, Jesús es la piedra de Rosetta de la fe, cuya existencia explica todo lo que viene anteriormente.

El Antiguo Testamento cuenta una historia acerca de la Creación y la Caída, y después del meticuloso esfuerzo de Dios por formar una nación de los escombros del fracaso humano. El Nuevo Testamento mantiene intacto el argumento básico pero reinterpreta el propósito de la historia. Identifica a Jesús como la «simiente de la mujer» que fue prometida en el Jardín del Edén y luego lo vincula con

otros personajes centrales: el «Segundo Adán», el «Hijo de Abraham», el «Hijo de David».

En cierto sentido, toda la historia del Antiguo Testamento sirve como una preparación para Jesús, y los personajes de sus páginas contribuyen a formar una familia, una identidad y una raza en la que Jesús naciera. ¿Qué tenía Dios en mente con la historia larga y retorcida de los hebreos? La respuesta del Nuevo Testamento es clara: Jesús es lo que Dios tenía en mente. Él vino a reconciliar la humanidad con Dios extendiendo el Reino de Dios más allá de los límites de una raza al mundo entero.

«De la totalidad de las Escrituras hay dos partes: la ley y el evangelio», dijo Philip Melanchthon. «La ley indica la enfermedad, el evangelio el remedio», lo cual me lleva de regreso al mensaje garabateado en la roca en Georgia: ¿Qué es exactamente lo que Jesús remedia? ¿A cuáles preguntas Jesús nos responde? ¿Nos estamos aferrando a la fe por hábito, como un acento regional con el cual crecimos y que no podemos eliminar? ¿O Jesús verdaderamente nos proporciona la respuesta a alguna pregunta fundamental de nuestra existencia? De no ser así, mejor me convierto al judaísmo y leo exclusivamente el Antiguo Testamento.

Al pensar otra vez en el Antiguo Testamento, especialmente las partes que he discutido en este libro, tres preguntas continúan saliendo a la superficie de diferentes formas. Son las mismas tres preguntas que causan la mayoría de mis dudas. Regreso al Antiguo Testamento una y otra vez porque enfrenta directamente esas mismas preguntas. ¿Soy yo de importancia? ¿Le importa a Dios? ¿Por qué Dios no actúa? Estos son los momentos decisivos de mi fe. Si Jesús es la respuesta que busco, de alguna manera debe pronunciarse en cuanto a ellas.

¿Soy yo de importancia?

Estoy en fila para pagar en un supermercado y miro a mi alrededor.

Veo adolescentes con cabezas afeitadas y anillos en la nariz que huragan en las meriendas; un joven de apariencia próspera está comprando un bistec, unos pocos espárragos y una papa al horno; una anciana encorvada por la osteoporosis, magulla los duraznos y las fresas. ¿Conoce Dios a todas estas personas por sus nombres?, me pregunto. ¿De veras le importan a Dios?

Algunas veces cuando veo las escenas de protestas y contraprotestas sobre abortos en los noticiarios de la noche, trato de visualizar los nonatos víctimas de tanta ferocidad. He visto fetos en exposición en tarros de museos para ilustrar las etapas progresivas del desarrollo humano. A través del mundo, cada año se desechan como seis millones de esos pequeños fetos; los *asesinan*, según dicen los manifestantes. La imagen de Dios radica dentro de cada uno de ellos, dicen los teólogos. ¿Qué piensa Dios de seis millones de seres humanos que murieron sin haber estado jamás fuera del útero?, me pregunto. ¿Le importan a Dios?

Lo que conozco de astronomía también alimenta mi duda. Los científicos nos dicen que nuestro sol es una de quizás quinientas mil millones de estrellas en la Vía Láctea, una galaxia de tamaño mediano entre doscientas mil millones de galaxias, todas con innumerables estrellas. ¿Puede una persona en una mota de planeta en una mota de sistema solar en una mediocre galaxia importarle al Creador de ese universo?

«Cuando contemplo tus cielos», dijo un salmista observador de las estrellas que debe haber compartido mi punto de vista, «¿Qué es el hombre para que en él pienses?» Todo libro del Antiguo Testamento que he considerado le da vueltas a esta pregunta. En medio de su duro trabajo en Egipto, los esclavos hebreos casi no podían creer las promesas de Moisés de que Dios se preocupara por su grave situación. Los amigos de Job se burlaban de la idea absurda de que el insignificante Job le importaba al Señor del universo. El Maestro en Eclesiastés hubiera puesto la pregunta más cínicamente: ¿En realidad importa *alguna cosa* en esta vida? ¿No es absurdo todo en la vida?

Yo mismo tenía esas dudas hace varios años cuando llegó una carta en que se me invitaba a hablar en una conferencia cristiana en Nueva Inglaterra. La carta de invitación daba como tema para la conferencia un versículo de Isaías 49: «Grabada te llevo en las palmas de mis manos». Tuve que sonreír por la ironía de que llegara en ese momento. En mi estado mental, no me sentía muy capacitado para alentar a los santos de Nueva Inglaterra con la clase de versículo que a menudo bordan y cuelgan en las paredes como una placa de fe. Pensé en rechazar la invitación o preguntar si podía hablar de otro tema. Antes de hacer eso, sin embargo, abrí el libro de Isaías y leí el contexto de ese versículo.

Descubrí que Dios hizo esta emocionante declaración a personas que sufrían quizás el peor momento de todo el Antiguo Testamento. Israel estaba aniquilado, habían profanado la santa ciudad de Jerusalén. Los soldados babilonios no encontraron resistencia cuando entraron al santuario interno del templo; esta vez, Dios no rescató a su pueblo. Después de profanar el templo y asolar su ciudad capital, encadenaron a los hebreos y los enviaron a Babilonia (lo que hoy llamamos Irak).

El Salmo 137 expresa cómo se sentía ser uno del pueblo de Dios en aquel entonces:

Junto a los ríos de Babilonia nos sentábamos y llorábamos ...
Ah, Jerusalén, Jerusalén, si llegara yo a olvidarte,
¡que la mano derecha se me seque!
Si de ti no me acordara ...
¡que la lengua se me pegue al paladar! ...
Hija de Babilonia, que has de ser destruida,
¡dichoso el que te haga pagar por todo lo que nos has hecho!
¡Dichoso el que agarre a tus pequeños y los estrelle contra
las rocas!

De repente comprendí que a los hebreos de Babilonia que reci-

bieron el mensaje de Isaías 49 los atormentaba la misma pregunta que yo había estado formulando: *¿Le importamos a Dios?* ¿Es esto lo que significa ser el pueblo elegido: tener nuestra tierra destrozada, nuestras ciudades asoladas, nuestras mujeres y niños asesinados, nuestros hombres fuertes enviados al exilio? Preguntas similares las han hecho los anabaptistas, los hugonotes, los armenios, los pentecostales rusos, los cristianos palestinos, los sudaneses y otros creyentes que han sufrido a través de los siglos.

«El SEÑOR me ha abandonado; el Señor se ha olvidado de mí», se lamentaban los hebreos durante aquel tiempo de crisis (Isaías 49:14), y es a esas personas a las que Dios hace una promesa. «¿Puede una madre olvidar a su niño de pecho?», pregunta Dios retóricamente. «Aun cuando ella lo olvidara, ¡yo no te olvidaré! Grabada te llevo en las palmas de mis manos».

En ese momento sombrío, el punto más bajo del Antiguo Testamento, Dios da una serie de promesas en respuesta directa a las preguntas que atormentaban a los hebreos. Los eruditos bíblicos las llaman los Cánticos del Siervo, y aparecen insertados en Isaías 42-53. Son al mismo tiempo poemas preciosos y profecías esenciales, algunas de las profecías más explícitas que tenemos. Tomados en conjunto, los Cánticos del Siervo crean el marco idóneo para el Mesías, la respuesta de Dios a la pregunta de los hebreos.

De hecho, Dios arriesga su reputación. Contestará la queja amarga de los hebreos con un acto de osadía, imaginación y valentía que ninguno de ellos podría haber soñado, un acontecimiento que probará los límites de la credibilidad humana y la humillación divina. Dios está de acuerdo en unirse a ellos en el planeta Tierra, «a insertarse en las páginas de la historia», en las palabras de Jacques Ellul. Los misteriosos Cánticos del Siervo de Isaías predicen claramente la Encarnación (como indica el Nuevo Testamento al menos diez veces).

Los judíos, criados en las volcánicas imágenes del Sinaí, con una reverencia de Dios tan profunda que no pronunciaban ni a escribían

su nombre, esperaban por siempre en temor, no solamente esperanza, la llegada del Mesías. «Pero ¿quién podrá soportar el día de su venida?», gritaba el profeta Malaquías alarmado. «Será como fuego de fundidor». Si el Señor Todopoderoso visitaba en persona una Tierra corrupta, ¿podría sobrevivir alguno de sus habitantes? ¿Sobreviviría la Tierra misma?

Sin embargo, como hace ver muy claro Isaías, el Dios que visita la Tierra no viene en un violento torbellino, ni en un fuego devorador. «La virgen concebirá y dará a luz un hijo, y lo llamarán Emanuel, que significa “Dios con nosotros”». En lugar de eso llega en la forma más pequeña, menos amenazante que se pueda imaginar: como un óvulo, y después un feto, y crece célula por célula dentro de una virgen campesina. Aquel huevo se divide y redivide hasta que un feto toma forma, y finalmente un bebé sale de dentro de María para unirse a los insignificantes seres humanos en su mota de planeta.

El Mesías reina, seguramente, pero reina con una vara de amor. ¿Quién puede resistir el día de su venida? Cualquiera lo puede resistir; a todos los que se le acercan los recibe con amor y alegría.

Por cierto, la fiesta que celebramos como Navidad conmemora la respuesta de Dios a la pregunta de los hebreos: *¿Tenemos importancia?* Aquí en la tierra, durante treinta y tres años, Dios experimentó en la carne lo que es ser uno de nosotros. En las historias que contó y las personas cuyas vidas tocó, Jesús contestó de una vez y por todas esa perturbadora pregunta.

Jesús dijo que Dios es como un pastor que deja noventa y nueve ovejas dentro de la cerca para buscar frenéticamente a una extraviada; como un padre que no puede dejar de pensar en su hijo rebelde e ingrato aunque tiene otro que es respetuoso y obediente; como un anfitrión rico que abre las puertas del salón del banquete a una colección de indigentes y vagabundos. Dios ama a la gente no como una raza o una especie, sino más bien tal como usted y yo la amamos: uno a uno. Nosotros le *importamos* a Dios. En un momento poco común en que abrió las cortinas entre el mundo visible y el invisible, Jesús

dijo que los ángeles se regocijan cuando un pecador se arrepiente. Un hecho solitario en esta mota de planeta repercute a través del cosmos.

En sus contactos sociales Jesús se desvivía por abrazar a los que nadie quería y a los indignos, a las personas que le importan poco al resto de la sociedad pero le importan infinitamente a Dios. A personas con lepra que estaban en cuarentena fuera de los muros de la ciudad Jesús las tocó, mientras sus discípulos retrocedían en señal de disgusto. A una señora mestiza que había tenido ya cinco esposos y era sin dudas la comidilla del pueblo, Jesús tomó como su primera misionera. Otra mujer, demasiado llena de vergüenza por su condición embarazosa para acercarse a Jesús, tocó su manto, con la esperanza de que él no lo notara. Él sí lo notó. Ella aprendió, como muchos otros «don nadie» que uno no puede escapar fácilmente de la mirada de Jesús. Le importamos demasiado.

El novelista Reynolds Price dijo que hay una frase que la humanidad añora escuchar: «El Creador de todas las cosas me ama y me quiere». Esa es la frase que Jesús proclamó con dulce voz de trueno. El Creador de todas las cosas es el creador de todos los seres humanos, una especie rara que él, insondablemente, consideraba merecedora de atención y amor individual. Ese amor lo demostró en persona, en las retorcidas colinas de Palestina, y finalmente en una cruz.

Lo que los profetas hablaron, Jesús lo vivió. «Grabada te llevo en la palma de mis manos», dijo Dios en los tiempos de Isaías. Cuando él visitó la tierra en la forma de Siervo, demostró que la mano de Dios no es demasiado grande para la persona más pequeña en el mundo. Es una mano grabada con nuestros nombres individuales y grabada también con heridas, el costo que pagó Dios por amarnos tanto.

Mis dudas, confieso, parecen más una discapacidad que una enfermedad: nunca se eliminan completamente. Ahora, sin embargo, cuando me encuentro revolcándome en lástima de mí mismo, abrumado por el dolor de la soledad cósmica que se expresa tan bien en li-

bros como Job y Eclesiastés, regreso a los recuentos en los Evangelios de las historias y los hechos de Jesús. Si concluyo que mi existencia «en esta vida» no le importa a Dios, contradigo una de las razones principales por las que Dios vino a la tierra. A la pregunta *¿Soy yo de importancia?* Jesús es la respuesta.

¿Le importa a Dios?

En *The Soul of the Night* [El alma de la noche], el astrónomo Chet Raymo cuenta esta historia:

Ayer en Boston Common vi a un hombre joven en un monopatín chocar con una niña. El patinador iba a toda velocidad por la avenida y se estrelló contra la niña con toda fuerza. Vi que esto ocurrió desde una distancia considerable. Ocurrió sin sonido alguno. Ocurrió en total silencio. El grito de la niña aterrorizada mientras intentaba evitar el monopatín y el grito de la madre de la niña al momento del impacto fueron amortiguados por el nublado día de noviembre. El cuerpo de la niña sencillamente se levantó por el aire y, lentamente, como en un sueño, flotó sobre la avenida, rebotó dos veces como una pelota de goma, y quedó inmóvil.

Todo esto sucedió en un completo silencio. Era como si yo estuviera observando la tragedia a través de un telescopio. Era como si la tragedia estuviera ocurriendo en otro planeta. He visto estrellas explotar en el espacio, algo desconocido, espantoso, a años luz de distancia, captado en el frío cristal del telescopio, en total silencio. Fue así mismo.

Raymo añade una frase adicional: «¿Cómo vamos a comprender el silencio del universo?» La pregunta persigue el resto del libro, y él

regresa a ella a menudo cuando habla de la pérdida de su fe infantil. Para Chet Raymo, al igual que para muchos otros, el silencio de Dios ante el sufrimiento en la tierra crea una pregunta sin respuesta.

El hecho de que soy cristiano hace que la pregunta de Raymo me sea más difícil, no más fácil. Para una persona que ve el universo como un producto del caos y la casualidad, ¿qué debe uno esperar excepto silencio? Sin embargo, ¿cómo podemos explicar el silencio los que vemos el universo como el producto del amor creativo de Dios? ¿Cómo podemos creer que a Dios sí le importa?

Mucho de mi carrera como escritor ha girado alrededor del problema del dolor. Los títulos que escogí para mis libros —*Dónde está Dios cuando se sufre, ¿Desilusionado con Dios?*— me traicionan. Como Chet Raymo, regreso una y otra vez a las mismas preguntas, como si estuviera tocando una herida que nunca sana completamente. Escucho de lectores de mis libros, y sus angustiosas historias dan caras humanas a mis dudas.

Mencioné en otro libro una semana angustiosa cuando dos personas llamaron para hablar de sus experiencias de desilusión con Dios. Uno de ellos, un pastor de jóvenes en Colorado, acababa de enterarse de que su esposa y su niña recién nacida estaban muriendo de sida. La madre había recibido una transfusión de sangre contaminada inmediatamente antes de la fecha del parto. «¿Cómo puedo hablarle a mi grupo de jóvenes acerca de un Dios amoroso?», me preguntó. «¿Cómo puedo decirles que a Dios le importa?»

Esa misma semana escuché también de un ciego que llamaba desde un teléfono público. Varios meses antes, había invitado a su casa a un drogadicto en rehabilitación como un acto de misericordia. Se acababa de enterar que el drogadicto en rehabilitación había estado molestando sexualmente a su esposa, bajo su propio techo. «Es como si Dios me estuviera castigando por tratar de servirle», dijo. Como era ciego, comenzó a imaginarse lo que había estado sucediendo. ¿Había el drogadicto forzado a su esposa, o cooperó ella de buena

gana? En ese momento se quedó sin monedas y la llamada telefónica se cortó. Silencio.

He aprendido a ni siquiera tratar de contestar la pregunta «¿por qué?» ¿Por qué le tocó a la esposa del pastor de jóvenes la botella de sangre contaminada? ¿Por qué le pega un tornado a una ciudad en Oklahoma y no a otra? ¿Por qué le pegó un monopatín a la hija de esa señora en Boston Common? Yo no sé, y, francamente, después de mucho estudio he concluido que la Biblia no nos da la respuesta. En su discurso a Job, cuando Dios tiene una maravillosa oportunidad de aclararnos esos asuntos de causalidad, Dios esquivo el asunto completamente.

Una pregunta, sin embargo, ya no me atormenta como una vez lo hizo. La pregunta *¿Le importa a Dios?* acecha detrás de la conmovedora historia de Chet Raymo acerca del universo silencioso. También acecha detrás de mucho del Antiguo Testamento. Job concluyó a regañadientes que, no, a Dios no podía importarle nada acerca de él o acerca de otras personas que sufrían. «Qué ligero el susurro que escuchamos de él», suspiró Job. Los salmistas clamaban por alguna señal de que Dios escuchaba sus oraciones, alguna evidencia de que él no los había abandonado.

Yo sé de solamente una forma de responder a la pregunta *¿Le importa a Dios?* y para mí ha resultado decisiva: Jesús es la respuesta. Jesús nunca trató de dar una respuesta filosófica al problema del dolor, y sin embargo dio una respuesta existencialista. Aunque no puedo aprender de él por qué algo malo en particular ocurre, puedo aprender cómo se siente Dios acerca de ello. Jesús le da un rostro a Dios, y ese rostro está cubierto de lágrimas.

Cada vez que leo a través de toda la Biblia, una enorme diferencia entre el Antiguo y el Nuevo Testamento sale a la luz. En el Antiguo Testamento puedo encontrar muchas expresiones de duda y desilusión. Libros enteros como Jeremías, Habacuc y Job, se enfocan en ese problema. Como he dicho, casi la mitad de los salmos tiene un tono oscuro, melancólico. En sorprendente contraste, las epístolas del Nuevo Testamento contienen muy poco de esta clase de angus-

tía. El problema del dolor seguramente no ha desaparecido: Santiago 1, Romanos 5 y 8, todo el libro de 1 Pedro y mucho de Apocalipsis tratan la materia en detalle. Sin embargo, en ninguna parte encuentro la penetrante pregunta *¿Le importa a Dios?* No veo nada parecido a la acusación del Salmo 77: «¿Se habrá olvidado Dios de sus bondades?»

La razón del cambio, yo creo, es que Jesús contestó esa pregunta para los testigos que escribieron las Epístolas. En Jesús, Dios presenta un rostro. Cualquiera que se pregunta cómo Dios se siente acerca del sufrimiento en este planeta gimiente solamente necesita ver ese rostro. Santiago, Pedro y Juan habían seguido a Jesús el tiempo suficiente para que sus expresiones faciales estuvieran grabadas permanentemente en sus mentes. Escuchando a Jesús responder a una mujer que padecía de hemorragias, a un centurión afligido, al hijo muerto de una viuda, a un niño epiléptico, a un anciano ciego, aprendieron cómo Dios se sentía en cuanto al sufrimiento. De ninguna manera resolvió Jesús el «problema del dolor»; solamente sanó a unos pocos en un pequeño rincón del planeta; pero sí proporcionó una respuesta a la pregunta *¿Le importa a Dios?*

Tres veces que sepamos, el sufrimiento llevó a Jesús a llorar. Lloró cuando Lázaro murió, lo cual me da una buena idea de cómo Dios se debe sentir acerca de mis familiares y amigos que mueren.

En otro momento, Jesús se entristeció cuando miró hacia Jerusalén y se dio cuenta de lo que le esperaba a esa ciudad legendaria. «¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que se te envían! ¡Cuántas veces quise reunir a tus hijos, como reúne la gallina a sus pollitos debajo de sus alas, pero no quisiste!», suspiró en una ocasión (Mateo 23:37), utilizando una imagen que debe haber tomado del campo de Galilea. Después que el fuego consume un granero, un campesino puede encontrar en el piso del granero, con las alas extendidas, el cuerpo de gallinas quemadas. El campesino mueve el cuerpo con el pie, y salen corriendo los pollitos. La madre los protegió del fuego sacrificando su propia vida. Eso es lo que Jesús anhelaba: tomar el castigo que su pueblo merecía.

Finalmente, Hebreos nos dice (5:7) que Jesús «ofreció oraciones y súplicas con fuerte clamor y lágrimas al que podía salvarlo de la muerte». Desde luego, no lo salvó de la muerte. En Getsemaní y en el Calvario vemos la increíble escena que Martín Lutero ha descrito como «Dios en lucha con Dios». Es demasiado sugerir que Jesús mismo formuló las preguntas que me atormentan, que atormentan a la mayoría de nosotros en uno u otro momento. *¿Soy yo de importancia? ¿Le importa a Dios?* Qué otro puede ser el significado de esta cita del Salmo 22: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?»

Cuando Jesucristo se enfrentó al dolor, respondió como cualquiera lo hubiera hecho. En el jardín no oró: «Ah, Señor, te agradezco que me hayas elegido para sufrir por ti; ¡Me regocijo en ese privilegio!» No, Jesús experimentó pesar, temor, abandono y algo muy cercano a la desesperación: «Si es posible, no me hagas beber este trago amargo». Siempre atento a los detalles corporales, Lucas añade: «Como estaba angustiado, se puso a orar con más fervor, y su sudor era como gotas de sangre que caían a tierra».

Quizás no obtengamos de Jesús la respuesta que queremos al problema del dolor. En su lugar obtenemos la confirmación misteriosa de que Dios sufre con nosotros. No estamos solos. Jesús en persona genera confianza en Dios. A causa de Jesús, puedo confiar que Dios verdaderamente comprende mi condición. Puedo confiar que yo soy de importancia a Dios, y que a Dios le importa todo, independientemente de lo que parezcan las cosas. Cuando comienzo a dudar, miro de nuevo el rostro de Jesús, y veo allí el amor compasivo de un Dios que conoce muy bien el dolor.

¿Por qué Dios no actúa?

Durante ciertos momentos en la historia de los israelitas la pregunta *¿Por qué Dios no actúa?* nunca se les hubiera ocurrido. Analice la multitud a la que Moisés habló en el libro de Deuteronomio, por ejemplo.

Criados en el desierto de Sinaí, teniendo fresca en su memoria la provisión milagrosa de alimento y agua, y la evidencia visible de la presencia de Dios suspendida en una nube delante de ellos, probablemente no se les ocurrió tal pregunta. Si lo hicieron, Moisés y los pocos ancianos que quedaban les hubieran recordado rápidamente las diez plagas, la división del Mar Rojo y la derrota del poderoso ejército de Egipto.

Sin embargo, vaya unos cuantos años hacia atrás y encontrará toda una casta de escépticos, incluyendo al mismo Moisés. Por cuatro siglos —para ponerlo en perspectiva, piense en todo lo que ha sucedido en la historia mundial desde los días de la reina Isabel de Inglaterra, antes de que los peregrinos zarparan hacia América— habían clamado a Dios acerca de las terribles condiciones en Egipto. El «pueblo elegido» de Dios era de la más baja clase entre las naciones, simples esclavos que el faraón explotaba a su antojo. ¿Cuántas veces los hebreos habían clamado «¿Por qué no actúas, Dios?» antes de que Moisés por fin entrara en la escena para impugnar sus dudas?

El profeta Elías se enfrentó a una multitud similar de escépticos y calló todas sus preguntas con una manifestación pirotécnica en el monte Carmelo. Sin embargo, más tarde él también se encogía de miedo en una cueva, y se preguntaba por qué Dios no acababa de matar al rey Acab y a su cruel esposa, Jezabel. Otros profetas, entre ellos los estimados Isaías y Jeremías, deben haber visto con envidia a Elías, que tuvo al menos unos minutos de gloria indiscutible. La Biblia no documenta ningún milagro de estos «profetas de la palabra», y muchos pagaron con el martirio sus esfuerzos.

Malaquías es la última voz del Antiguo Testamento, y su libro sirve como un buen preludio a los siguientes cuatrocientos años de silencio bíblico. Desde el punto de vista de los israelitas, esos cuatro siglos pudieran ser llamados «la era de bajas expectativas». Habían regresado a la tierra después del cautiverio babilónico, pero ese territorio continuaba siendo una provincia apartada bajo el dominio de Persia (o Grecia o Roma; los ejércitos imperiales se turnaban para

marchar a través de Israel). El templo reconstruido era una penosa imitación de la maravilla arquitectónica de Salomón. El futuro grandioso de triunfo y paz mundial descrito por los profetas parecía un distante sueño imposible.

Un malestar general cundió entre los judíos, una desilusión con Dios de tipo inferior que se mostraba en sus quejas y también en sus acciones. La gente se decía: «Es inútil servir a Dios. ¿Qué ganamos cumpliendo con sus requisitos...?» La pregunta final estuvo preocupando a los judíos por siglos después que Malaquías y los otros profetas desaparecieron de la escena. No veían milagros, ni intervenciones espectaculares, y no habían escuchado nuevos mensajes del Señor. ¿Se había olvidado Dios de ser misericordioso? ¿Se había tapado los oídos a sus gemidos? El Antiguo Testamento termina con una nota de desilusión, anhelos no cumplidos, y remota esperanza.

Jack Miles señala que la organización de la Biblia hebrea expresa este anhelo aun más intensamente. La Biblia que los cristianos usan va del Pentateuco a través de los libros de Historia y Poesía hasta los Profetas, y termina con Malaquías. Los judíos utilizan un orden diferente en el Tanak. Después del Pentateuco (o Tora) sitúan a los Profetas (incluyendo libros de «historia» como Josué, Jueces, Samuel, y Reyes), y después una colección llamada «Las Escrituras».

La última sección comienza con Salmos, y continúa con Proverbios, Job, Cantar de los Cantares, Rut, Lamentaciones, Eclesiastés, Ester, Daniel, Esdras, Nehemías y las Crónicas. Miles nota que ese orden enfatiza un sentido creciente del silencio o el abandono de Dios. De hecho, después del largo discurso al final de Job, Dios nunca habla de nuevo. Las Crónicas repiten algunos de los discursos que Dios había dado anteriormente, los que normalmente cita palabra por palabra de otros libros. Cantar de los Cantares y Ester ni siquiera mencionan a Dios. Otros libros hacen referencia a Dios e incluyen oraciones a él. Pero después de Job, Dios no vuelve a hablar. Los años de espera, los milenios de espera, descienden. Si el hambre es el mejor

cocinero, como dijo Lutero, llegamos a Jesús, al final del Antiguo Testamento, en un estado famélico.

Tengo un amigo judío que algunas veces dirige giras a Israel. Aprendió rápidamente que el mayor dinero en esos grupos de gira viene de los cristianos evangélicos en peregrinaje a «la Tierra Santa». Estudiar los detalles de la vida de Jesús iba a contrapelo con él, ya que sus padres siempre habían prohibido mencionar el nombre de Jesús. Sin embargo, a medida que lo hizo, y a medida que comenzó a conocer a turistas cristianos que sabían más de la historia judía que él, una convergencia asombrosa lo dejó impresionado.

Aprendió que los grupos de cristianos conservadores creían que la historia mundial se estaba moviendo hacia una culminación en la cual Israel jugaría un papel crucial. Siempre hablaban de «la segunda venida» de Jesús, y citaban profecías que él había aprendido en la escuela hebrea. A medida que los escuchaba, se comprendió que él y ellos estaban esperando la misma cosa: un Mesías, un Príncipe de Paz, que restaurara la justicia y la paz en un planeta extremadamente fracturado. Los cristianos esperaban la segunda venida del Mesías; como judío, él todavía estaba esperando la primera venida. «No sería sorprendente», me dijo una vez, «si descubriéramos que todos estábamos esperando a la misma persona».

A la pregunta *¿Por qué Dios no actúa?* los judíos y los cristianos tienen la misma respuesta, con una diferencia fundamental. Los judíos creen que Dios actuará, enviando al Mesías. Los cristianos creen que Dios ya ha actuado, enviando al Mesías, y actuará una vez más, enviándolo de nuevo, esta vez en poder y gloria, no en debilidad y humildad.

Asuntos sin terminar

Una noche en 1988 inmediatamente antes de Navidad, yo estaba sentado en el complejo londinense de teatros llamado Barbican Center,

y escuchaba una interpretación conmovedora de *El Mesías* de Händel. Tras aterrizar esa mañana, compré boletos para una función esa misma noche, y trataba de mantenerme despierto paseando por el centro de Londres y deteniéndome a tomar café cada varias horas. No podía imaginarme lo que recibí esa noche. Algo acerca de este concierto —mi falta de descanso, el exceso de cafeína, el escenario de Londres, la interpretación misma— me transportó mucho, mucho más cerca de los tiempos de Händel. El concierto se volvió, de manera inesperada, no solamente una presentación sino como una epifanía, como una asombrosa revelación de la historia cristiana completa. En una forma que nunca antes había experimentado, me sentí capaz de ver más allá de la música el alma de la pieza.

Más que ningún otro lugar en el mundo, Londres valora el teatro, y estos intérpretes no estaban simplemente cantando, estaban actuando el drama de las palabras de *El Mesías*. Mientras me recostaba en el asiento acolchonado y escuchaba los recitados conocidos de *El Mesías*, Parte 1, me fue fácil comprender cómo llegaron a asociar el oratorio con la temporada de Adviento (aunque Händel lo escribió para Semana Santa). Händel comienza con una serie de profecías rítmicas de Isaías sobre un Rey que vendría y traería paz y consuelo a un mundo perturbado y violento. La música aumenta, y sube de un solo tenor («Consuela a mi pueblo...») a un coro completo que celebra alegremente el día cuando «la gloria del Señor será revelada».

Cualquier oyente, por poco conocimiento de la música que tenga, puede sentir un ominoso cambio al comienzo de la Parte 2. Händel transmite el ánimo ensombrecido con acordes opacos de la orquesta en una clave menor. La Parte 2 describe la respuesta del mundo al Mesías, y la historia es más trágica de lo que se puede contar. Händel se basa principalmente en las palabras de Isaías 52-53, ese recuento extraordinariamente vívido escrito siglos antes del nacimiento de Jesús.

Todo sonido cesa por un momento, y después de esa pausa dramática la contralto, sin acompañamiento, da las inquietantes noti-

cias: «Fue des-pre-cia-do... re-cha-za-do». Pronuncia cada sílaba con gran esfuerzo, como si los hechos de la historia fuesen demasiado dolorosos para que se reciten. Los violines repiten melancólicamente cada frase musical.

En el Calvario, la historia colgó suspendida. Las prometedoras esperanzas que rodeaban al libertador de Israel que por tan largo tiempo habían esperado desaparecieron en la oscuridad esa noche fatídica. Colgado como un espantapájaros entre dos ladrones, el Mesías provocó en el peor caso burla, en el mejor caso lástima. «Todos los que lo ven lo ridiculizan», dice el tenor, que después añade, en el momento más patético del oratorio de Händel, «Miren, y vean si hay algún dolor como su dolor».

¡Sin embargo no todo está perdido! Unos pocos compases más tarde ese tenor, el mismo que gritó con desesperación total, introduce el primer rayo de esperanza en *El Mesías*, Parte 2: «Pero tú no dejas-te su alma en el infierno». Casi inmediatamente el coro completo levanta un grito de júbilo, ya que la derrota en el Calvario fue solo una derrota *aparente*. El cadáver del espantapájaros no siguió siendo cadáver. ¡Él era el Rey de Gloria!

«¡Aleluya!», el coro grita al final, y desde ahí la música se eleva a lo que es indiscutiblemente la porción más famosa de *El Mesías* de Händel, y uno de los pasajes de música más jubilosos jamás compuestos. Händel mismo dijo que cuando escribió el Coro Aleluya, «vi todo el cielo delante de mí, y al Gran Dios mismo». «Rey de Reyes... Señor de Señores... reina por siempre y por siempre»: Händel le da a cada frase el desarrollo esplendoroso que merece. Cuando el rey Jorge I escuchó el Coro Aleluya en el estreno en Londres en 1742, él, se puso de pie asombrado, y el público ha honrado ese tributo respetuoso desde entonces.

Algunos escépticos sugieren que el rey Jorge se puso de pie no tanto por respeto pensando equivocadamente que *El Mesías* de Händel había llegado a su conclusión con el Coro Aleluya. Aún hoy en día los novicios en el público cometen el mismo error. ¿Quién los

puede culpar? Después de dos horas de función, la música parece llegar a un punto culminante en el coro eufórico. ¿Qué más se necesita?

Yo nunca había realmente considerado la pregunta hasta esa noche en el Barbican Center. Pero cuando le eché un vistazo a los pocos párrafos del libreto que faltaban, con los ojos todavía ardiendo por la falta de sueño, me di cuenta de lo que faltaba de *El Mesías*, Partes 1 y 2. Mi amigo judío que organiza giras a Israel tiene razón en un aspecto importante: Jesús de Nazaret no vino a cumplir las predicciones excelsas de los profetas. «Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz a los que gozan de su buena voluntad», dijeron los ángeles que anunciaron el nacimiento de Jesús. ¿Se ha llenado la tierra de paz y buena voluntad desde el nacimiento de Jesús? Una visita a su tierra natal rápidamente lo desengañará de esa idea.

Cuando mi esposa y yo volamos a Inglaterra esa mañana, la ruta nos llevó sobre el casquete de hielo polar, que aun en la noche podía verse brillando 10.000 metros debajo de nosotros durante la estación del sol de medianoche. Yo sabía que debajo del hielo, submarinos de ataque nucleares merodeaban, cada uno capaz de matar cien millones de personas. Al aterrizar en Londres escuchamos la noticia de que un tren había chocado, y cincuenta y un pasajeros habían muerto; los periódicos estaban llenos de fotos de la catástrofe. Durante esa semana, un terrorista explotó una bomba en el vuelo 103 de Pan American sobre Lockerbie, Escocia, y muriendo doscientos setenta personas. ¿Es este el mundo que Dios tenía en mente en la Creación? ¿Es el mundo que Jesús tenía en mente en la Encarnación?

Por razones como estas, *El Mesías* de Händel no podía terminar con el Coro Aleluya. El Mesías ha venido en gloria (Parte 1); el Mesías ha muerto y ha sido resucitado (Parte 2). ¿Por qué, entonces, permanece el mundo en tan mal estado? La Parte 3 trata de dar una contestación. Más allá de las imágenes de Belén y el Calvario, la música trata de alcanzar una imagen más mesiánica: Jesús el Señor Soberano. La Encarnación no anunció el fin de la historia, sino el principio del fin.

Falta mucho trabajo antes de que la creación sea restaurada al propósito original de Dios.

En un rasgo brillante, la Parte 3 de *El Mesías* abre con una cita de Job, esa trágica figura que se aferró obstinadamente a la fe en medio de circunstancias que exigían triste desesperación. «Yo sé que mi Redentor vive, y al fin se levantará sobre el polvo», canta la soprano. Abrumado por su tragedia personal, con escasa evidencia de un Dios soberano, Job todavía pudo creer, y nosotros también debemos creer, insinúa Händel.

De esa apertura desafiante, *El Mesías*, Parte 3, cambia a las reflexiones del apóstol Pablo sobre la muerte de Cristo y después se mueve rápidamente a sus elevadas palabras sobre una resurrección final («Se tocará la trompeta, y los muertos resucitarán...»). La muerte de Cristo y su resurrección corporal representaba al mismo tiempo una derrota decisiva del mal y un «resonar por adelantado» de lo que le ocurrirá algún día a todos los que estamos en él. Dios ha actuado una vez, uniéndose a nosotros en este planeta gimiente. Dios actuará de nuevo. Regresará en poder y gloria para restaurarlo a su diseño original.

Así como la tragedia del Viernes Santo se transformó en el triunfo del Domingo de Resurrección, un día toda guerra, toda violencia, toda injusticia, toda tristeza igualmente será transformada. Entonces y solo entonces podremos decir: «¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde, oh sepulcro, tu victoria?» Solamente entonces se resolverán las preguntas urgentes del Antiguo Testamento. ¿Somos de importancia? ¿Le importa a Dios? Debemos vivir en fe, conscientes de que esas preguntas no tendrán una respuesta final hasta ese día decisivo en que Dios actuará, de una manera espectacular, en la Segunda Venida de Jesús.

Los escritores del Antiguo Testamento miraron hacia atrás, al Dios del pacto que tantas veces había expresado su amor por su pueblo; y también hacia delante, al tiempo en que Dios enviaría un liberador. Nosotros, que llegamos más tarde, también tenemos una

doble visión. Miramos hacia atrás a la primera venida de Jesús, y vemos pruebas inconfundibles de que las personas le importan individualmente al Dios del Universo, y pruebas de que a Dios le importa todo. Continuamos mirando hacia delante, sin embargo, a la obra incompleta del Creador, a las promesas aún no cumplidas de los profetas.

La obra maestra de Händel termina con una sola escena congelada en el tiempo. Para enfatizar este punto acerca del Cristo de la eternidad, los libretistas pudieron haber elegido la escena de Apocalipsis 1, donde Jesús aparece con un rostro resplandeciente como el sol y ojos como llama de fuego. Sin embargo, el texto concluye con la escena de Apocalipsis 4-5, quizás la imagen más vívida en un libro de imágenes vívidas. Ese pasaje predice la consumación de toda la historia.

Veinticuatro gobernantes impresionantes están reunidos, junto con cuatro seres vivientes que representan lo más poderoso entre pájaros, animales domésticos, bestias salvajes y humanos; lo mejor en toda la creación. Esas criaturas y gobernadores se postraban respetuosamente ante un trono iluminado con relámpagos y rodeado por un arco iris. Un ángel pregunta quién es digno de romper un sello que abrirá el rollo de la historia. En otras palabras, ¿quién es digno de llevar la historia a su conclusión apropiada? Ni las criaturas ni los veinticuatro gobernadores son dignos. El autor comprende bien el significado de ese momento: «Y lloraba yo mucho porque no se había encontrado a nadie que fuera digno de abrir el rollo ni de examinar su contenido».

Además de esas criaturas, impotentes para la gran labor, una criatura más está de pie ante el trono resplandeciente. Aunque su apariencia ofrece muy poco para entusiasmarlos, es sin embargo la única esperanza que le queda a la historia. «Entonces vi ... a un Cordero que estaba de pie y parecía haber sido sacrificado....» ¡Un cordero! Un cordero indefenso; y para colmo, uno que había sido sacrificado. Sin embargo Juan en el Apocalipsis y Händel en *El Mesías*

resumen toda la historia en esta única imagen misteriosa. El gran Dios que se volvió un bebé, que se volvió un cordero, que se volvió un sacrificio —el Dios que soportó nuestras heridas y murió nuestra muerte— es el único digno. Ahí es donde nos deja Händel, con el gran coro «Digno es el Cordero», seguido por exultantes gritos de «amén».

Los «amén» del Coro de Westminster todavía estaban resonando a través del enorme auditorio mientras yo miraba alrededor y me hacía otra pregunta: ¿Qué porcentaje de estos sofisticados londinenses, que ahora aplauden tan fuertemente, comprende su significado? ¿Qué porcentaje lo cree? Probablemente asintiesen a las Partes 1 y 2 de *El Mesías*: en esta tierra que fue una vez cristiana, pocos pueden negar abiertamente los hechos históricos del nacimiento y la crucifixión de Jesús.

La Parte 3, sin embargo, es el tropiezo. Estábamos sentados en un auditorio moderno de ladrillo y roble al final del siglo veinte en una cultura materialista distanciada por años luz de las imágenes de corderos sacrificados. Pero Händel comprendió que la historia y la civilización no son lo que parecen. Los auditorios, las culturas, las civilizaciones todas se levantan y se caen. La historia ha comprobado sin duda alguna que nada hecho por la mano del hombre perdurará. Necesitamos algo más grande que la historia, algo fuera de la historia. Necesitamos un Cordero inmolado antes de la fundación del mundo.

Confieso que creer en un mundo invisible, un mundo más allá de este, no me es fácil. Como muchas personas modernas, a veces me pregunto si la realidad termina con el mundo material a nuestro alrededor, si la vida termina en la muerte, si la historia termina con aniquilación o agotamiento solar. Pero esa noche yo no tenía tales dudas.

El desfase a causa del largo viaje y el cansancio me habían producido algo parecido a sentirme fuera de mi cuerpo, y en aquel momento el grandioso tapete tejido por la música de Händel parecía mucho más real que mi mundo cotidiano. Sentí que había vislumbrado la

grandiosa extensión de la historia cósmica. Todo se centraba en el Mesías que vino en una misión de rescate, que murió en esa misión, y que forjó de esa muerte la salvación del mundo. Salí con la creencia renovada de que él, y nosotros, verdaderamente reinaremos por siempre y por siempre. En ese día las preguntas que tanto plagaron a los escritores del Antiguo Testamento, y todavía nos plagan a muchos de nosotros, parecerán recuerdos distantes de un tipo de preguntas que un niño pudiera formular.

SOBRE EL AUTOR

Philip Yancey obtuvo títulos superiores en comunicación e inglés de la Escuela de Graduados de la Universidad de Wheaton y de la Universidad de Chicago. Más de seiscientos de sus artículos han sido publicados en ochenta publicaciones diferentes, incluyendo *Selecciones del Reader's Digest*, *Publisher's Weekly*, *National Wildlife*, *Saturday Evening Post*, *Christian Century*, y *The Reformed Journal*. Escribe artículos y una columna mensual para *Christianity Today*, donde también es editor. También es codirector de la junta editorial de *Books and Culture*, una publicación reciente de *Christianity Today, Inc.*

Entre sus muchos libros están: *¿Dónde está Dios cuando se sufre?*, *Desilusionado con Dios*, *El Jesús que nunca conocí* y *Gracia divina vs condena humana*. Sus libros han Ganado siete premios de medallas de oro de la Asociación de Editores Cristianos Evangélicos y han vendido más de cinco millones de ejemplares. Los gerentes de las librerías cristianas de habla inglesa seleccionaron *El Jesús que nunca conocí* como el Libro del Año en 1996, seguido en 1988 por *Gracia divina vs gracia humana* que también recibió el premio al Libro del Año.